ALFREDO DE BRAGANZA

LOS CRÍMENES SAGRADOS

UN THRILLER DE DAVID RIBAS

LOS CRÍMENES SAGRADOS

ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Los crímenes sagrados*
Copyright © 2023 Alfredo de Braganza
Todos los derechos reservados.

Maquetación: Autopublicamos.com

Este libro digital está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/

Redes sociales del autor:

Obtén una copia digital GRATIS de mi novela *El secuestro* y mantente informado sobre mis futuras publicaciones. Suscríbete en este enlace: https://alfredodebraganza.com/novelagratis/

A Dino y Ariam, con cariño.
Para Noa y Aryeh.

«Porque los lugares tenebrosos de la tierra están llenos de habitaciones de violencia».
Salmos 74:20

«En la era de Hierro (*Kali—yuga*), solo la fuerza bruta va a decir lo que es correcto y lo que es incorrecto».
Srimad Bhagavatam 12.2.2

PREFACIO

La levantaron del catre y la hicieron salir de la celda donde se encontraba. La mujer iba vestida completamente de negro, desde la cabeza a los pies descalzos, con lo que llamaban *chador*, prenda promovida por el Gobierno iraní como señal de identidad nacional y religiosa frente a la occidentalización, conforme al código de vestimenta islámico.

Los dos guardias le sujetaron con firmeza los brazos y la obligaron a caminar deprisa por el pasillo. Ni siquiera la miraron a la cara; ella no levantaba la mirada del suelo. Diligentes, serios, autómatas. Así se comportaban los guardias revolucionarios islámicos de Irán.

No mostró resistencia. Se dejó llevar, cabizbaja. Con un hombre a cada lado, medio llevándola en volandas, salieron al patio exterior.

El día anterior había comparecido ante un mulá en una sala de justicia, donde escuchó la acusación contra ella y su sentencia.

Había sido arrestada en la calle durante una manifestación contra el Gobierno. Su inminente ejecución pública tenía como objetivo asustar e intimidar a la gente para que no protestara, que las mujeres no llevaran la cabeza descubierta y acabara de una vez aquella «revolución de jóvenes iraníes», como la denominaba en sus titulares la prensa digital extranjera.

A pesar del frío y del dolor que le causaba caminar, no profirió queja alguna. Al llegar a la furgoneta que esperaba al final del patio, la esposaron y la hicieron subir a empujones.

Los dos guardias tomaron asiento junto a ella. El vehículo era de color negro metálico y tenía los cristales oscuros.

La furgoneta arrancó con brusquedad.

Ninguno de los hombres le mantenía la mirada, como si el contacto con ella pudiera ensuciarlos, contaminarles el alma. Ella cerró los ojos e intentó mantener la serenidad, el control de sí misma.

Durante un rato, los escuchó hablar con el conductor sobre temas mundanos y deportes. Al cabo de unos minutos llegó a sus oídos el ruido del tráfico de la ciudad de Shiraz. No volvió la cabeza. No intentó mirar por la ventana.

Avanzaron por el tráfico de la ciudad. Pasaron por el lugar donde se habían realizado las protestas el día anterior. Hasta los medios de comunicación extranjeros se hicieron eco de aquellas mujeres manifestándose, rasgando y quemando sus velos en público, como símbolo de desafío contra el Gobierno.

No tardaron en recibir la respuesta: violencia y represión. A ella la inmovilizaron en el suelo, a golpes, justo cuando se proponía a lanzar una de las muchas botellas de vidrio que los manifestantes utilizaban como armas arrojadizas.

La furgoneta se detuvo. Los guardianes la miraron. Intentaron encontrar en su cara una reacción durante sus últimos minutos de vida. Pero no vieron nada reflejado en aquel rostro que permanecía agachado, con la vista perdida en el suelo.

La agarraron con fuerza de los brazos y la levantaron del asiento. Desde el exterior, otra persona abrió de golpe la puerta corredera del vehículo.

La habían llevado al mismo lugar desde donde había lanzado el día anterior un cóctel molotov contra un coche de policías. El Gobierno iraní tenía por costumbre imponer el castigo en el lugar donde se había cometido el crimen.

En la distancia se escuchaba el tronar de las voces del público que se había congregado para ver *in situ* la ejecución. Había una mezcla en aquellos rostros de odio y placer.

De pie estaba el mismo clérigo que había dedicado muy poco tiempo a ver su causa el día anterior. Él, al igual que los guardias revolucionarios islámicos, era la encarnación del mal que había destrozado el bello país que era Irán antes de la revolución de 1979, cuando se instauró la teocracia islamista con represión, esclavitud y fanatismo.

Los gritos iban en aumento. Los guardias la llevaban a rastras, con premura, mientras varios hombres uniformados, armados y de mirada penetrante, los guiaban por delante.

Entonces, ella levantó la mirada y vio la grúa como el cuello de un gigantesco dinosaurio, instalada en la plataforma de un camión. De nuevo, resignada, agachó la cabeza. Su rostro no era del todo visible al público.

El verdugo, un hombre alto y fornido, con pasamontañas y vestido con uniforme de combate, trajo una mesa que colocó debajo de la grúa, justo donde colgaba una soga con un nudo corredizo.

Los guardias la alzaron hasta colocarla sobre la mesa. Por un instante, se sorprendieron de que la mujer no opusiera resistencia con comportamientos histéricos, gritos y sollozos que lo único que conseguirían sería retrasar la ejecución y crear un ambiente aún más mórbido para el público.

Desde donde estaba, ella miró de soslayo alrededor. Sintió desprecio por aquella gente que había acudido a presenciar su ejecución y gritaban el placer que les producía aquel espectáculo, promoviendo aquellas prácticas medievales.

El mulá, con su turbante limpio, gafas de cristales delgados, cara

cetrina, nariz alargada y ganchuda, se acercó. Profirió la sentencia que el día anterior había dictado. La mujer giró la cabeza hacia abajo en su dirección y le escupió. El clérigo siguió hablando aún con más convicción y sin haber perdido la excitación en el tono agudo de su voz.

El verdugo se aproximó y se agachó a su lado. Le ató los pies con una brida de plástico. Se irguió y se subió a la mesa.

A espaldas del público, sujetó la cuerda que colgaba de la grúa y le ajustó la soga alrededor del cuello. En su rostro se dibujó una sonrisa, oculta por el pasamontañas. Entonces, el público guardó silencio. Cuando hubo terminado, bajó de la mesa de un salto.

La voz del mulá rompió el silencio y el público lo acompañó al unísono en aquella soflama islamista.

El verdugo sacó de su bolsillo un grueso mando a distancia. Esperó la señal del clérigo. Cuanto este le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, lo accionó.

Se escucharon los motores del pesado vehículo al poner en marcha el brazo de la grúa de pluma, que se elevó con más velocidad de la habitual. La víctima quedó suspendida en el aire a bastantes metros del suelo.

Toda aquella gente desconocía su verdadero nombre y a qué se dedicaba. Los testigos dirían que tuvo una muerte dolorosa, forcejeando muy por encima de la calle.

Su nombre era Laura García, jefa de operaciones de la organización española de inteligencia y espionaje Cervantes.

PARTE UNO

LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

1

La caza del tigre había representado en la India británica un acontecimiento social. Pero, en la actualidad, los participantes del safari que se había iniciado al amanecer en la Reserva de Tigres Similipal, en el estado de Orissa, al este del país, solo disparaban con cámaras de fotos.

En total, eran doce los participantes del safari, montados cada uno en un elefante con un cornaca local, un porteador que iba por delante a pie siguiendo una ruta por la selva previamente asignada por la organización.

Los paquidermos estaban envueltos en un caparazón con ornamentos y banderolas. David Ribas sentía las sacudidas del enorme animal en el que estaba sentado sobre una barquilla. Sus balanceos al caminar resultaban agotadores.

Se había unido a un grupo de entusiastas de la fotografía, miembros de un elitista club de Bombay, que habían viajado hasta el santuario animal con el fin de captar exclusivas imágenes de especies exóticas. El objetivo de los participantes era utilizarlas para sensibilizar sobre las amenazas a la vida salvaje e inspirar la conservación. Lo que se recaudara con la exposición de estas fotos se destinaría a organizaciones benéficas.

Haciéndose pasar por un corresponsal español llamado José González, que trabajaba para un medio de comunicación dedicado a los viajes, a David le permitieron participar como observador en aquel safari con la condición de escribir una crónica halagadora.

David le había dicho al experto cornaca que manejaba su elefante que se mantuviera cerca todo el tiempo del conocido fotógrafo y millonario Sikandar Rao. Necesitaba obtener de él una información para encontrar a un asesino en serie.

Cuando se separaron del grupo y el indio se dio cuenta de que el periodista extranjero se mantenía a escasos metros de él, aprovechó para presumir de sus conocimientos sobre los problemas de conservación de las especies icónicas en la India. Le gustaba hablar.

El joven Sikandar Rao, concretamente, buscaba captar imágenes del llamado tigre negro, del que decían que solo quedan menos de diez ejemplares. Era hijo de un millonario empresario indio descendiente de un maharajá bengalí.

Tenía el cabello negro abundante, fino, echado hacia atrás. Su rostro le daba cierto parecido a una joven estrella del cine indio de Bombay, Bollywood, como popularmente se lo conoce.

Se movía siempre con escolta armada debido a recientes intentos de secuestro. Aquel grupo de seguridad iba en *jeeps*, guardando las distancias, detrás de ellos, pero sin dejar de estar atentos a cualquier eventual peligro.

Iba vestido como si fuera a ser inmortalizado para un exclusivo catálogo de moda de lujo. Su ropa de caza era de marca británica, como la que se podría encontrar en los armarios de la aristocracia inglesa, beis y a cuadros. No faltaba el chaleco e incluso unas llamativas y estrafalarias botas de cuero cuyo uso nada tenía que ver con el safari.

Como sus antepasados maharajás, famosos por su extravagancia y frivolidad, él era excéntrico de principio a fin.

Por el contrario, David iba en pantalón vaquero y camiseta de manga corta. A su espalda llevaba una mochila. En su interior, una botella de agua y una pistola.

—No sé si lo sabes, José —dijo Sikandar desde lo alto de su elefante, a escasos metros de distancia del otro—. Pero nos encontramos en el único lugar donde habita el mítico tigre negro.

David fingió interés e hizo como que anotaba algo en una libreta.

—Llámame Pepe —respondió—. Todos mis amigos lo hacen.

El indio se sintió orgulloso de aquel gesto. Cambió las lentes en el objetivo de la cámara digital que llevaba colgando del cuello y dijo alzando la voz, con una sonrisa de oreja a oreja:

—Me alegro de que me consideres tu amigo, Pepe.

Mientras su elefante caminaba muy cerca del de David, fue explicando, con su fuerte acento inglés británico, que evidenciaba la elitista educación que recibió en Cambridge, que la particular tonalidad negra en aquellos peculiares tigres correspondía a una mutación genética llamada seudomelanismo. Se trataba de una variante de la pigmentación que provocaba un mayor crecimiento de sus rayas negras, que incluso llegaban a fusionarse con otras más anchas. El resultado: el pelaje del espécimen parecía totalmente oscuro y por eso eran conocidos como «tigres negros».

—Un grupo de investigadores que estudió a los felinos que habitan en este parque sugirió que la presencia de seudomelanismo en la zona se debe a que los tigres son endogámicos, es decir, que se reproducen entre individuos con ascendencia común, y rara vez entran en contacto con otros fuera de la región.

David vio a dos hombres que iban por delante con palos. Caminaban aguzando el oído y pendientes de cualquier signo de un animal salvaje o de cualquier otro que pudiera ser de interés para ser

captado por una cámara y así llamar la atención del fotógrafo, apostado sobre el elefante.

—¿Y si nos bajamos y nos abrimos camino en la maleza a golpe de machete? —preguntó.

—Tranquilo, Pepe —rio—. Solo hay peligro para los porteadores, no para los fotógrafos. Es normal que haya víctimas. Diría que es el precio que hay que pagar.

—Vaya… No es muy reconfortante saber el valor que tiene el ser humano.

—¡Pero, hombre! —continuó riéndose a mandíbula batiente—. ¿Tan inhumano me consideras? Era una broma. Según tengo entendido, solo hay siete u ocho ejemplares de tigres negros. Las probabilidades de que veamos uno son muy pocas. Con fotografiar algún tipo de ave rara me conformo.

—Pero en el hotel he leído en el folleto de esta reserva que hay casi cien tigres Bisoi.

—Sí, pero en esta zona de la reserva no. Los tigres Bisoi suelen ir a beber agua muy temprano por la mañana. Luego iremos al lago, donde suelen aparecer.

—Estupendo.

—Por cierto, no sé si sabes que, en la década de los treinta, un antiguo rey de tu país vino aquí a una cacería con mi abuelo, el marajá de entonces, dueño de esta selva antes de perderla tras la independencia en 1947. Se llamaba Alfonso XIII, si no me equivoco.

—La verdad, muy curiosa y reveladora esa información —comentó David, haciéndole creer que tomaba nota en su libreta.

—Te voy a comentar una cosa —añadió Sikandar, muy animado—. Mucho se habla de los miles de tigres que se mataron durante la época de la India británica. Fueron envenenados, atrapados en cepos y trampas y aniquilados hasta casi la extinción. De acuerdo, pero ¿qué hicimos nosotros, los indios, tras la independencia? El Gobierno del primer ministro Pandit Nehru, que era ferviente prosoviético, dentro de su política de redistribución de la tierra, expropió la mayoría de sus posesiones a los marajás para entregárselas al pueblo. ¿Por qué? Porque la política de reforma agraria que predicaba tenía un objetivo: fomentar la ganadería y crear nuevos regadíos de cultivo. Y ahí empezó el desastre para los tigres.

Sikandar continuó describiendo cómo el Gobierno socialista de Nehru dio poca importancia a la desaparición de unos tigres que habían sido el capricho de ingleses y marajás frente a las cifras de crecimiento de la riqueza nacional, para presentárselas a su amiga, la Unión Soviética. Los tigres eran entonces solo alimañas que había que exterminar, dijo el fotógrafo.

Primero fueron los bosques. Se talaron los árboles para hacer leña

y carbón vegetal. Después se aró la tierra de manera intensiva. Por último, el ganado diezmó los pastizales, con lo que las grandes manadas de ciervos indios —barasingas, chitales, sambars y nilgais— fueron mermando al tiempo que una población hambrienta crecía exponencialmente y los perseguía.

Mientras hablaba, David pretendía escribir en su cuaderno la información que él iba dando. Satisfecho de que su conversación fuera útil al corresponsal extranjero, Sikandar continuó con mayor entusiasmo.

—En menos de veinte años, el área donde vivían los tigres había quedado diezmada. Y ¿qué hicieron los tigres? Al carecer de fauna salvaje de la que alimentarse, empezaron a cazar ganado doméstico. Y ¿qué hicieron los hombres para frenar estos ataques a sus animales? Yo te lo diré, Pepe. Seguro que esta historia les gustará a tus lectores españoles.

—No me cabe duda.

—Que se encontró la solución en la estricnina. Pronto las tribus locales entendieron que, poniendo unos gramos de veneno en el hígado de una vaca muerta, era sencillísimo acabar con ellos. Miles de tigres de todo sexo y edad murieron indiscriminadamente.

La conversación se cortó cuando, de repente, el cornaca de Sikandar, tras haber sido reclamada su atención por los porteadores a pie, optó por aumentar la marcha de su elefante en dirección a una zona llena de bambús. La barquilla del fotógrafo parecía un barco en medio del oleaje.

Esta situación le produjo risa a Sikandar, quien, desde unos metros más adelante, gritó mientras levantaba la mano:

—¡Pepe, seguro que los porteadores han visto algo! Estate atento.

David ordenó a su cornaca que acelerara la marcha del elefante.

El animal avanzó levantando una nube de polvo en torno a su cuerpo. Los balanceos de la barquilla se hicieron más pronunciados. David tuvo que agarrarse con fuerza para evitar caerse. A lo lejos, en la espesura, algo llamó su atención: un grupo de personas vestidas con uniformes de camuflaje y armados con ametralladoras se movía entre la maleza.

David sentía su corazón latir con más fuerza porque presentía que una emboscada se cerraba sobre ellos.

Mientras, por delante, Sikandar se reía ajeno al trágico final que lo esperaba.

2

El cuerpo de Laura García fue descolgado de la grúa. El verdugo recibió una llamada y enfrente del mulá comenzó a mover las manos al aire con aspavientos mientras escuchaba la orden. Incrédulo por la noticia que había recibido, informó al clérigo que no podían trasladar de inmediato el cadáver a la morgue.

—Lo podemos dejar aquí colgado —sugirió el líder musulmán.

—Pero necesitamos la grúa para llevarla a Quri Park —argumentó el verdugo.

El clérigo resoplaba; parecía que iba a sacar el móvil de su bolsillo y pedir explicaciones a algunos altos funcionarios ante aquel suceso de última hora. Sin embargo, el conductor de la furgoneta dio unos pasos hacia adelante e intervino.

—Sugiero que dejemos el cadáver debidamente cubierto en el sótano del edificio —dijo señalando el bloque de cemento que se alzaba a pocos metros de distancia—. No es la primera vez que lo hacemos.

Todos se giraron hacia la edificación que tenían justo detrás, las oficinas de los *pasdaran*, los guardias revolucionarios islámicos.

—Buena idea —dijo el verdugo—. Dentro de unas horas, cuando acabe nuestro trabajo en Quri Park, lo recogemos y lo llevamos a la morgue.

El clérigo no ocultaba su malestar. Hizo ademán de protestar, pero dio su consentimiento. Llamó a otro soldado, situado a pocos metros, para que ayudara a trasladar el cuerpo al interior del edificio.

La gente ya se había dispersado cuando lo instalaron en el sótano. El grupo policial encargado de mantener el orden ya se había marchado, así como otros uniformados guardias.

Al cabo de unos minutos, el cadáver de Laura yacía tumbado con los ojos cerrados. En el sótano se encontraban el verdugo y dos soldados más de la guardia revolucionaria. Uno de ellos le tendió un estuche, lo abrió y sacó una jeringuilla. Después de quitar la diminuta capucha, inyectó el contenido en la vena de un brazo de Laura.

Enseguida, ella abrió los ojos.

—*Ma nishmá* —saludó con un «¿qué tal?» y una sonrisa.

Todos la replicaron.

El hombre la ayudó a sentarse y a quitarse el *chandor*. Luego, le

desabrochó el arnés que tenía ceñido al cuerpo en forma de chaleco kevlar con un aro de hierro alrededor del cuello, que había servido de sostén al ser ahorcada.

Laura rio.

—¿Has visto como mi plan ha funcionado, Lior?

—No te muevas todavía —contestó él; sacó otra jeringa del estuche, le remangó el brazo contrario y la inyectó en una vena—. Esto te dará energía.

—Bien, no tenemos mucho tiempo —dijo Laura estirando la espalda y aspirando con fuerza.

—Despacio, respira despacio —advirtió Lior; le dio un beso en la frente—. Lo has hecho muy bien.

—Cuando accionaste la grúa, no pensé que se levantaría con tanta fuerza.

Él la beso en la nuca, donde tenía varias marcas rojizas.

—Me rompió el corazón verte colgada y moviendo las piernas de aquel modo.

Laura sonreía.

—Dejemos las muestras de cariño para más tarde.

En el otro lado de la sala, dos hombres estudiaban un mapa digital en una tableta.

—Eh, pareja —intervino uno—. ¿Podéis dejar los momentos románticos para después?

Todos se arremolinaron a su alrededor. Mientras hablaba, señalaba con un lápiz digital la ruta en el interior del edificio que debían tomar.

Laura terminó de abrocharse el pantalón y de vestirse como un soldado iraní.

Lior entregó a cada uno un *pen drive*. Los habían destinado a varias oficinas para conectar las unidades de almacenamientos a los ordenadores principales y copiar toda información retenida.

—¿Listos? —preguntó Lior.

Los tres asintieron. Abrieron la puerta y desaparecieron en la oscuridad del pasillo.

3

David Ribas trabajaba para Hassena, la jefa del crimen organizado de Bombay. Fue ella quien le dio una nueva vida en la India, lo entrenó y le ofreció un propósito.

Desde hacía más de una década, luchaba en la India contra el tráfico humano y de órganos, las mafias extranjeras que operaban en el país, las bandas criminales rivales y el terrorismo. Era un sicario, un asesino profesional.

Hacía unos días, los padres de una joven desaparecida en Calcuta acudieron Bombay para pedir ayuda a Hassena *madame*, como se dirigían a ella con respeto.

La joven había desaparecido junto a su amiga. Las dos fueron captadas por un señor que parecía de Oriente Medio, que las convenció para subirse en un vehículo. Este hombre las vio sentadas en una cafetería y les prometió que ganarían miles de euros si posaban para él. Según les dijo, quería hacer un calendario de fotos y buscaba rostros típicos de mujeres indias.

El único testigo era el camarero de la cafetería, que lo escuchó todo, pero, tras la insistencia de los padres en poner una denuncia y en abrir un caso de investigación, la policía lo amenazó y el hombre acabó dejando su trabajo y marchándose a su pueblo.

La policía no había hecho nada. En un principio, quisieron dar a entender a los padres que las jóvenes se habían marchado por propia voluntad con sus amantes, fugándose así de la comunidad hindú en la que vivían para emular las tramas de las películas musicales de Bollywood. Más tarde, los funcionarios argumentaron que tenían demasiados casos y poco personal.

Sin embargo, los padres de la joven desaparecida le mostraron a Hassena un retrato hecho al carbón del supuesto secuestrador, según la descripción que hizo el testigo, y un folleto de una exposición fotográfica que utilizaba como portada el rostro de su hija. Aquella instantánea habría sido hecha antes de su desaparición.

No había sido un caso aislado. Aunque aquellas dos jóvenes tenían dieciocho años recién cumplidos, aparentaban menos en las fotografías que le mostraron. Recientemente, el patrón había sido el mismo. Aquel hombre era aficionado a la fotografía. De hecho, varios testigos lo habían visto ofreciendo dinero a los padres de niños

pequeños que vivían en las calles de Calcuta para que fueran con él a tomar fotografías, pero nunca los trajo de vuelta.

Muchos padres no se atrevieron a denunciarlo a la policía, ya que se sentían aterrados por las fuerzas del orden. Los amenazaban a diario en las calles, pidiendo sobornos para dejarlos levantar chabolas e, incluso, parte del dinero que ganaban en trabajos temporales.

Hassena le encomendó este trabajo a David Ribas. En el safari había encontrado a la persona de la que obtendría respuestas.

EL CORNACA de David mantuvo el ritmo del elefante hasta entrar bajo la cobertura de los árboles. Se hundieron en el corazón de la jungla, donde la luz quedaba tamizada por una vegetación espesa.

De pronto, vieron por delante de ellos cómo el elefante donde iba subido Sikandar Rao se hundía con todo su peso en un lodazal, emitiendo un sonido que hizo alzar el vuelo a una bandada de pájaros y que resonó sobre las copas.

Los dos porteadores corrieron a ayudar, pero una serie de disparos salió de algún lugar de la selva. Cayeron fulminados al suelo.

El animal levantó la trompa y los pasajeros no pudieron sujetarse a la barquilla. El cuerpo de Sikandar fue amortiguado por un espeso arbusto de grandes hojas.

Consciente de los acontecimientos, David vio cómo el cornaca ya había conseguido recuperar su posición, como si ya estuviera acostumbrado a ese tipo de caídas, y sacó una navaja antes de abalanzarse contra Sikandar. Sacó su pistola. Un tiro en la cabeza fue suficiente.

Sikandar, desde el suelo, miraba a David petrificado, sin saber qué hacer.

—Pero ¿qué significa esto?

En el preciso momento que David le ordenaba a su cornaca que hiciera bajar al elefante, este recibió un disparo. La bala llegó de algún punto entre el denso follaje de la selva. Saltó al suelo.

—Agáchate —le ordenó a Sikandar—. Confía en mí y saldrás con vida.

El elefante se marchó con el paso acelerado arrasando con la vegetación que encontraba por su camino. El otro paquidermo, atrapado en el fango, salió tras un violento impulso y siguió la misma ruta.

El repentino silencio le permitió oír a David unos ruidos entre la vegetación. Hizo un gesto a Sikandar para que se mantuviera pegado a su espalda. Se agachó para responder al eventual ataque.

Vestidos con ropa de camuflaje, aparecieron dos personas armadas con fusiles de asalto.

Un disparo, dos y tres. Los abatió. Enseguida apareció un tercero,

que recibió dos balas en el pecho, que lo tumbaron sin que pudiera reaccionar.

—Vámonos de aquí —le apremió.

Sikandar, con la palidez de un espectro, lo miraba fijamente sin moverse, sorprendido por cómo habían cambiado los acontecimientos en tan poco tiempo.

En ese momento, una lluvia de balas dio en los troncos de alrededor haciendo surgir una lluvia de fibras de corteza.

Un hombre corrió hacia ellos con el fusil por delante.

David se giró, apuntó y disparó. Lo alcanzó en pleno rostro.

—Tenemos que salir de esta selva, ¿me entiendes?

Al contemplar su expresión vacía, comprendió que no. Estaba en *shock*. Pero David, cuyo instinto de supervivencia estaba más desarrollado, lo cogió del brazo y tiró de él.

Jadeando, se abrieron paso codo con codo por el bosque de bambúes. David escuchó algo a sus espaldas. Un elefante.

Los perseguían en uno de los animales del cortejo, desgarrando la maleza a su paso. Los había localizado y estaban a punto de darles caza.

David se giró y realizó un disparo, pero solo consiguió atraer la atención del asesino, que levantó su fusil y descargó una lluvia de balas.

Se oyó un ruido tremendo, como si un pesado árbol hubiera caído. El elefante se había quedado hundido en el fango. El hombre saltó desde el lomo del paquidermo al suelo, donde aterrizó rodando. Se puso de pie con vigor y rabia.

David hizo un ademán a Sikandar para que se quedara donde estaba y tomó la iniciativa. Se lanzó a enfrentarse de cara contra su adversario. Aquella era una actitud que pilló de sorpresa al asesino, que no tuvo tiempo de reaccionar al ver a David corriendo en su dirección; recibió dos disparos en el pecho antes de que pudiera levantar su arma.

Gritos y llamadas ascendía por todas partes.

—Ya vienen los refuerzos —anunció David volviendo sobre sus pasos.

Un grupo de hombres armados salió de la espesa selva. Obligaron a David a soltar la pistola y a tenderse en el suelo con las manos sobre la cabeza.

4

Varun Grover iba a entrar de golpe en el despacho de Julián Fernández, director del Cervantes, pero se contuvo en el último instante y llamó a la puerta antes. Ya había sido amonestado en muchas ocasiones por entrar sin llamar.

De origen indio, era un experto en informática. De hecho, en el pasado había sido uno de los cibercriminales más perseguidos del mundo. Por sus capacidades y conocimientos, ahora un trabajador fijo en la organización de inteligencia y lucha contra el terrorismo Cervantes.

Escuchó la voz de su jefe desde el otro lado y entró.

—Tienes que ver esto —anunció Varun mostrándole la pantalla de su iPad. Hablaba en español con el característico acento nasal de los nativos de Asia del sur.

Julián se levantó de su silla y le indicó con el brazo extendido que tomara asiento en uno de los sofás situados en un lateral de la habitación. Él se sentó a su lado.

—Hace un tiempo supimos que el doctor Faraz Kahani hacía cosas raras con cadáveres en Irán. Ahora ya sabemos que le encanta hablar con los muertos… y escucharlos.

Julián se quitó las gafas y resopló.

—¿Qué sandez es esa, Varun?

Colocó el iPad plegado sobre la superficie de la mesa de café y cliqueó en Inicio.

—Mira —respondió señalándole las imágenes en la pantalla.

La cámara montada sobre un trípode grababa a un hombre vestido con un mono estándar blanco de forense. Llevaba guantes y protectores sobre los zapatos.

En un lateral, el cuerpo de una mujer permanecía tendido sobre una camilla, desnudo y cubierto por una sábana blanca. El doctor Faraz leyó frente a la cámara el informe de la difunta. Hablaba en parsi. Una traducción simultánea al español aparecía a pie de imagen.

—Extremidades fracturadas —dijo en voz alta para que fuera captado por la grabación; que fueran audibles constituía un aspecto vital—. Parte del cráneo dañado. Pulmones y garganta no parecen presentar daños, parecen estar intactos.

El doctor Faraz dio la vuelta a la camilla y se aproximó al cadáver

de la mujer. Se quitó los guantes y miró fijamente al operario detrás de la cámara digital.

—¿Todo listo?

—Sigo grabando.

Tomó la mano de la mujer.

—Voy a proceder a resucitar el cadáver 342959 —anunció mirando a la cámara. Y cerró los ojos.

La grabación quedó en silencio y nadie se movía. Julián se giró, volvió a quitarse las gafas e, incapaz de creerse lo que acababa de ver y oír, preguntó frunciendo el entrecejo:

—Varun ¿qué se supone que es esto? ¿Una broma?

El indio sonrió, despreocupado.

—No, no —respondió pasando el dedo por el cursor—. Se mantiene de este modo durante quince minutos. Espera que pase este trozo. —Y apretó la tecla de avance rápido.

El profesor Faraz abrió los ojos.

La cámara hizo *zoom* hacia el rostro de la mujer, que movía los parpados. El cadáver inhaló de súbito. La garganta tembló levemente. Un desagradable sonido ronco escapó de su pecho. Era como un crujido de huesos y cartílagos. Una vez que el pecho se hinchó de aire, todo movimiento se detuvo.

—Soy el doctor Faraz Kahani —dijo, dirigiéndose a la mujer—. ¿Puedes decirme tu nombre?

Tras unos breves segundos de tensión, ella logró pronunciar unas palabras:

—Jamileh Farahani.

Había sido un murmullo distante, monótono. El doctor le agarró la mano con fuerza.

—Cuéntame, ¿qué te ha ocurrido? —En la voz había una desafiante nota de triunfo.

Ella inhaló e hizo una pausa.

—Déjame ir, por favor.

—Dime qué te pasó y te dejaré ir —la apremió.

—Un vehículo.

—¿De quién fue la culpa?

Silencio. El doctor Faraz esperó unos segundos, observó que los músculos se desgarraban. Si soltaba la mano, la perdería.

—Por favor, déjeme ir.

—Respóndeme, ¿de quién fue la culpa?

—El conductor no respetó el semáforo en rojo.

La voz se fue desvaneciendo. El doctor Faraz soltó su mano y se apartó con la mirada fija en la mujer. Se volvió hacia la cámara.

—Prueba concluida con éxito —farfulló al fin.

La cámara se apagó.

Cuando Varun cerró el iPad, pudo pervivir la incredulidad en el rostro de su jefe. Julián se recostó el sofá, se quitó las gafas y preguntó:

—¿Me puedes dar una explicación a todo esto?

—Los muertos hablan con él.

Julián soltó una carcajada.

—Esto es una versión cutre de *El exorcista*.

—Este hombre lleva tiempo haciendo magia negra con muertos.

Julián lo miraba con expresión de divertida indulgencia.

—Venga, hombre. No sé quién es ese doctor Faraz. Y puede que haga magia negra y exorcismo, pero lo que me has enseñado es mentira.

—¿Sabes quién es el hermano de este doctor? Si te lo digo, ya pensarás menos que es una estafa y un montaje. Admitirás que la resurrección es real.

—Todo esto es una abominación, Varun. Lo que me has enseñado no puede ser real. Está fuera de todo posible raciocinio.

—Si no lo fuera, ¿crees que habría perdido mi tiempo en dártelo a conocer? Sabes que, si detecto algo importante, lo verifico con mis fuentes.

—Pero no lo has investigado en profundidad. Has verificado de dónde te ha llegado y le das veracidad. En eso te doy la razón, pero no has abierto el paraguas.

—¿Qué quieres decir?

—El fuera de campo, Varun.

—¿El qué?

—Lo que no se ve y lo que se oye sin ver la causa originaria del sonido, los sonidos acusmáticos. Averigua el equipo técnico que se ha utilizado para la grabación; entonces sabremos a ciencia cierta qué es todo este teatro. Dime, ¿quién es su hermano? ¿El ministro del Interior iraní? ¿Algún mulá importante?

—El director del VEVAK. —Cuando vio la expresión de asombro en la cara de Julián, añadió—: Masoud Kahani, más conocido por su apodo, el Inspector.

Él lo observó con seriedad y preocupación. El inspector era un viejo zorro astuto, bien conocido en el círculo de agencias de inteligencia como un sujeto que vivía para subyugar a disidentes del régimen, colaboradores y espías extranjeros con un contundente instrumento: el miedo.

—Si el difunto pudiera hablar de cualquier secreto, no haría falta alguna someter a un prisionero a torturas. Si resucitan el cuerpo de este modo, sería más sencillo obtener información que por medios físicos. Esto significaría ir contra toda ética y moral. Es un acto contra las leyes de la naturaleza. —Julián guardó silencio un instante—.

Pero…

—En la India.

—En la India, ¿qué?

—Me ibas a preguntar cómo ese doctor Faraz, hace lo que hace.

—Más bien te iba a preguntar quién es realmente, su trayectoria y cómo pudo aprender a hacer lo que hace.

Varun comenzó a explicar el pasado de la familia Kahani.

Mientras Masoud llegó a alcanzar un puesto muy relevante en la policía, ganándose el apodo por sus métodos de interrogatorio, y más tarde fue ascendido al VEVAK, su hermano pequeño siguió un camino profesional bien distinto.

Faraz estudió medicina y desde muy temprano quedó fascinado por lo esotérico y las ciencias ocultas. Descubrió su habilidad durante un largo tiempo en la India. Al volver a Irán tuvo un comportamiento errático, que acabó con una crisis nerviosa. Estuvo un tiempo alejado del trabajo y se sometió a terapias con un psicólogo.

Esto marcó el inicio del deterioro que lo condujo a un colapso nervioso. A pesar de que las personas que lo rodeaban pensaron que el estrés había sido determinante, Faraz fue admitido en un psiquiátrico.

—Fue su hermano quien lo sacó del psiquiátrico. Desde su puesto en la VEVAK, le ofreció trabajar para él. Ambos hermanos han creado un departamento secreto dedicado a la investigación de este fenómeno. Quieren crear una especie de departamento forense.

—Todo es mentira.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que me has oído decir —señaló el iPad—. Es un montaje. No es verdad. Ese hombre, el doctor Faraz Kahani, es un impostor, un desquiciado, está enfermo. Debe tener alguna enfermedad psicológica. Lo que hemos visto es un medio de manipulación para que el gobierno teocrático de Irán le siga financiando sus experimentos de magia negra o como denomine a estas actividades.

—Si lo que dices es verdad, entonces está siendo encubierto por la VEVAK.

—Eso es lo más peligroso, que en esa organización apoyen a locos como ese doctor. Quiero que averigües más cosas de él. Métete en sus dispositivos electrónicos. Bucea, jaquea, seguro que conserva apuntes sobre sus experimentos. Estoy convencido de que detrás hay cosas más siniestras y escabrosas.

—Por eso se encuentra actualmente en Calcuta, para perfeccionar sus conocimientos.

Julián miró al techo y suspiró, resignado.

—¿Cuánto tiempo lleva allí?

—Tres semanas, pero viaja muy a menudo. Siempre a Calcuta.

—Manda un mensaje a Laura, que viaje a la India. Comparte con

ella toda la información que tengas del doctor Faraz Kahani, dónde se aloja, etcétera, y que averigüe todo lo que pueda sobre sus actividades lo antes posible.

—¿Involucramos a David Ribas? —preguntó Varun alzando las cejas.

Julián lo miró con fijeza.

—De momento no hay necesidad —respondió, mirando su reloj—. Por cierto, ¿dónde se encuentra ahora mismo Laura?

5

Los hombres armados iban vestidos de uniforme azul oscuro. Pertenecían al servicio de protección personal de Sikandar Rao.

Él reunió las suficientes fuerzas para intervenir en favor de David Ribas y explicar a sus hombres que a aquella persona le debía la vida.

Volvieron al hotel *boutique* del safari donde estaban alojados. Era un lugar espectacular lleno de lujo. Sus huéspedes eran extranjeros con muy alto poder adquisitivo. Los precios en dólares americanos eran altísimos. Solo unos pocos indios podían permitirse alojarse allí.

Según las primeras informaciones que obtuvieron del jefe del servicio de seguridad privada, los atacantes pertenecían a un comando naxalista y habrían intentado perpetrar una matanza en el safari para llamar la atención de los medios de comunicación y conseguir que se escucharan sus reivindicaciones.

De ideología maoísta, la insurgencia naxalita era considerada como el terrorismo interno de la India en la actualidad. Nutrida con la intimidación, la extorsión y la violencia, tenía declarada la guerra contra el gobierno central por considerarlo un Estado burgués, semifeudal y clasista. Según ellos, tenían el objetivo de lanzar al campesinado al liderazgo de la nación y alcanzar una revolución democrática de tipo socialista.

Operaban siguiendo el concepto clásico de la guerra de guerrillas. Solían frecuentar territorios escarpados, de abundante y muy densa vegetación selvática, lo que dificultaba las incursiones de las fuerzas de seguridad indias a gran escala, y les permitía mejor movilidad, atacar y esconderse.

Se encontraban sentados en el salón de la *suite* de Sikandar, que había necesitado tomar un analgésico para los dolores que sentía en la cadera y en las piernas y un tranquilizante para calmar los nervios. Un médico estaba de camino para atenderlo, aun no teniendo daños físicos. Llevaba puesta una bata de algodón grueso con el emblema de su familia real bordado en color oro. David se mantenía relajado, de pie, con las manos en los bolsillos.

—Por la actuación tan profesional que has tenido ahí fuera, doy por sentado que no eres corresponsal de ninguna revista de viajes.

—No, no lo soy.

—Y tu nombre tampoco es José ni tus amigos te llaman Pepe.

—No.

Sikandar lo miró y balanceó la cabeza sin decir nada. Levantó las palmas de las manos.

—Lo comprendo. No voy a preguntarte quién eres, pero sí qué quieres. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Necesitas dinero?

David meneó la cabeza. Tomó asiento en un uno de los sofás tapizados en chenilla.

—He tenido noticias de niños desaparecidos en Calcuta.

—Nada nuevo en la India, por desgracia —comentó Sikandar levantando las cejas, sorprendido por el comentario.

—Sí, pero ¿y si te dijera que es un extranjero quien los está haciendo desaparecer?

—Y ¿por qué crees que yo puedo tener información al respecto? Ni soy un depravado ni un asesino y mi círculo de amistades, que yo sepa, tampoco. Al menos que alguien me haya mantenido engañado todo este tiempo y sea, en realidad, un asesino en serie.

—Al que busco le gusta la fotografía. Según tengo entendido, algunas de sus fotos tomadas en las calles de Calcuta fueron exhibidas en una de las exposiciones que la fundación de tu familia patrocinó y organizó en el hotel Oberoi de Calcuta.

—Lo siento, pero me sería imposible identificar de memoria a todos los participantes cuyas obras fueron seleccionadas.

David sacó de su bolsillo un retrato dibujado al carbón.

—A este no —añadió, mostrándole el dibujo. Sikandar lo cogió y observó con atención—. Lo ha hecho un artista callejero siguiendo la descripción que le dio un testigo. Como puedes ver, tiene rasgos de Oriente Medio.

—Iraní —dijo tendiéndole de vuelta el papel.

David se inclinó para prestar más atención.

—¿Cómo dices?

—Ese hombre es iraní —enfatizó señalando el papel con el índice —. Lo reconozco. Ya sé quién es. Se presentó en la inauguración como doctor Faraz. Su trabajo en blanco y negro es impresionante. Por eso los miembros del jurado eligieron varias de sus fotografías. Una imagen suya de una joven con rasgos bengalíes muy pronunciados fue la portada del folleto publicitario.

—Esa joven desapareció. Sus padres acudieron a la policía, pero no les hicieron caso alguno. Por eso estoy aquí.

Sikandar abrió los ojos de forma exagerada para dar énfasis a sus palabras.

—Si la policía no les hizo caso, acudieron a cierta organización a la que tú perteneces.

—Así es. Mi finalidad es encontrarlo para evitar más desapariciones de inocentes.

—Vi su trabajo expuesto. Me llamó mucho la atención la magnífica composición que tomó de la catedral de San Pablo y de otros edificios emblemáticos de Calcuta, como el monumento en memoria de la reina Victoria, y, sobre todo, sus imágenes del templo de Kali en Dakshineswar, a las afueras de la ciudad.

—Este hombre es como un monstruo salido de un cuento —murmuró David después de un instante de reflexión—. Tiene cultura, es inteligente y, por tanto, calculador.

—Dime qué puedo hacer.

—Necesito saber dónde se aloja en Calcuta.

Sikandar cogió su teléfono móvil y comenzó a teclear un texto.

—Enseguida lo averiguo y tendrás la dirección —dijo mandando el mensaje—. Supongo que estarás alertado de esas personas nunca están solas. Suelen pertenecer a grupos oscuros o a redes de tráfico humano muy peligrosos. No te puedes acercar haciendo preguntas. Son desconfiados, y tendrás suerte si no te matan antes de que hayas averiguado algo sobre él.

—Gracias por la advertencia, pero no me preocupa. Mi larga experiencia me ha enseñado a evaluar y analizar situaciones peligrosas.

—No seré yo quien lo niegue —dijo.

6

Laura despertó sobresaltada. Enseguida se dio cuenta de que se encontraba en el piso franco. Oyó que la puerta del dormitorio se cerraba. Su cerebro se despejó. Alguien caminaba hacia la cocina; oía las pisadas al otro lado de la puerta. «Lior», murmuró, hundiendo de nuevo la cara sobre la almohada y suspirando hondo.

El reloj de su teléfono móvil anunciaba las cuatro de la mañana. Se levantó desnuda de la cama. Sacudió la cabeza, se puso una fina bata y salió de la habitación.

Lior salía de la cocina con una bandeja llena de comida.

—*Boker toz* —dijo ella para darle los buenos días.

—Buenos días, princesa —replicó él en español—. Vamos a coger energías.

Laura hizo como que boxeaba contra su estómago mientras él ponía caras al tiempo que balanceaba la bandeja de un lado a otro, como un péndulo.

—Tú y tus energías —rio ella.

Él dejó la bandeja sobre la mesa de café y tomaron asiento en el raído sofá.

Laura echó un vistazo a los mensajes recibidos en su móvil. Varun le informaba de su viaje a la India. Los detalles se los daría cuando aterrizara.

Lior puso un portátil sobre la mesa y ambos leyeron las noticias sobre Irán. Hablaban de los disturbios ocurridos en Teherán a raíz de la detención de dos jóvenes estudiantes universitarias por negarse a llevar el velo.

Lior hizo un chasquido de repulsa con la boca.

—A veces me pregunto cuántos sacrificios más tendrán que soportar los iraníes.

—Aún falta mucho tiempo para que se impongan en el gobierno los moderados y haya cambios en este país —dijo Laura—. Cuando el régimen vea que la derrota es segura, enviarán al SAVAK para hacer limpieza. Todo parece bien planificado.

Lior asintió con la cabeza.

—Ingeniería social bien calculada. Así lo veo yo.

—Demasiadas protestas espontáneas en distintas ciudades durante momentos que son propicios a ciertos intereses del régimen. Durante

días se hacen alusiones a la libertad, a las insurrecciones, dejan esparcir boletines de noticias en la prensa extranjera sobre la juventud iraní y los cambios emergentes, hablan del despertar de la sociedad oprimida durante décadas, sobre ideas contrarrevolucionarias…

—Y luego, como una montaña rusa, como si estuvieran preparando al pueblo para una nueva época, para un nuevo giro, pero bajo la misma autocracia, vuelven a parecer de nuevo las botas del régimen sobre la gente ya amoldada para aceptar la supuesta «nueva normalidad», que no es más que la misma pero vestida de distinto modo.

—La ingenuidad de las masas —puntualizó Laura.

—No se puede negar que hay un movimiento disidente en las calles y reclamaciones de unas elecciones democráticas. Pero debemos ser cautos. Hay grupos pidiendo dinero a Estados Unidos para hacer la revolución, y son lobos vestidos de cordero. Si recibieran ayuda económica del exterior, se harían dependientes.

—Como pasó en Afganistán e Irak —contestó con aplomo—. Donde esos sedientos luchadores por la democracia y abanderados de la libertad acabaron siendo enemigos implacables.

—Por eso es tan importante nuestro trabajo de campo, Laura. Te puedo asegurar que la comunidad de inteligencia occidental vive en la fantasía más absoluta con respecto a los grupos disidentes prooccidentales iraníes. Se creen que por leer *Diplomacia*, de Henry Kissinger, ya comprenden la política internacional.

Ella sonrió.

Mientras comían y sorbían café, estudiaron en una tableta un mapa callejero de Shiraz.

—Solo me preocupa que el objetivo cambie de itinerario.

—Si lo hace, lo cambiaré yo también —le aseguró Laura—. Lo que es innegable es que su destino está en mis manos y tarde o temprano acabaré con él. Creo que alguien dijo «ataca a tu enemigo cuando no esté preparado, aparece cuando no te esperan».

Él se giró y la observó.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañemos?

—No hay nada que el mejor equipo Kidon del servicio secreto israelí pueda hacer que yo sola no logre.

—Laura…

—¡Lior! —masculló ella; echó a andar hacia el cuarto de baño.

Él se levantó de un salto.

—Escúchame…

Ella se paró en seco, puso las manos en las caderas, levantó la cabeza hacia el techo y resopló.

—Lo siento, pero ya he tomado una decisión.

Él la sujetó del brazo y la hizo girar para mirarla a la cara.

—No digas que lo sientes. Si tuvieras que escoger entre tu trabajo y lo nuestro…

—¿Lo nuestro? —lo interrumpió Laura—. Lo nuestro se acaba después de que termine esta operación. Tú lo sabes. No podemos tener una relación estable.

Lior le puso una mano sobre un hombro, con la otra mano le acarició el pelo; su rostro contraído reflejaba una tensión desacostumbrada en él.

Laura era una mujer muy atractiva, no solo por su atlético físico, sino por su personalidad independiente y el modo en el que se enfrentaba al peligro. Aquella mujer era algo inusual para el israelí.

Quedó prendado de ella cuando la conoció por primera vez y aún seguía destilando esa aura que le atraía en aquel momento. Debía admitir que después de unas horas no volverían a verse hasta quién sabía cuándo. No podían saber si trabajarían de nuevo juntos en una futura operación.

Como miembro del servicio secreto israelí, él volvería a su país y ella, al suyo. Habían conseguido el objetivo de la misión en la que había colaborado la organización Cervantes. Con lo obtenido en el edificio de Ios *pasdaran*, Israel poseía una información valiosísima que podía utilizar en contra de Irán. Pero, ahora, Laura estaba obstinada en eliminar al clérigo iraní que la había sentenciado a muerte en la sala de justicia, en un piso de la cárcel donde la encerraron.

Como estaba planeado, se había hecho arrestar con el propósito de penetrar en el edificio de los guardias revolucionarios islámicos. Pero no podía dejar vivo al mulá y que continuara juzgando y sentenciando a muerte a más mujeres y hombres inocentes. Debía apagar para siempre aquel tono agudo de voz que el clérigo desprendía con excitación al ver las ejecuciones para las que él mismo dictaba sentencia.

—Laura, quería decir que, si tuvieras que elegir entre tu trabajo y yo, sé que escogerías tu trabajo. Eres tan adicta a la adrenalina como yo. Eso tenemos en común.

—Razón de más para que te vea y colabore con vosotros ocasionalmente. No hablemos más de este asunto, por favor.

Lior meneó la cabeza.

—¿Por qué?

Laura arrugó la frente.

—Lior, como instructora, enseño a mis alumnos que el momento óptimo para emprender una huida es el momento mismo en el que se puede producir una captura. Hemos terminado la misión conjunta, a mí me queda dar una última puntilla. Es el momento de replegar velas y largarnos de aquí cuanto antes.

Él la agarró por las caderas y la zarandeó con suavidad.

—¿Eso les enseñas a tus alumnos? —preguntó sonriendo.

—También les enseño que ese momento óptimo es el de máximo peligro.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Lior sin perder la sonrisa.

—Porque se encuentran bajo una tensión que no son capaces de dominar y pueden actuar sin pensar.

—Vente a Israel conmigo. Repoblaremos la Tierra Santa bíblica.

Laura echó la cabeza hacia atrás y rio con ganas.

—Tú eres tonto —sentenció.

Se desprendió de sus manos y se fue al baño. Se desnudó con la puerta abierta, dejando caer muy despacio la bata en el suelo, y se metió en la ducha.

Lior la siguió.

7

Aquella mañana, el Saipa Tiba del mulá Tabrizi había vuelto a la vida. Fabricado por la firma iraní Saipa Group, el Tiba, «gacela» en persa, era considerado uno de los vehículos *low-cost* más populares. El mismo expresidente de Irán, Mahmoud Ahmadinejad, condujo antes que nadie este modelo, al que consideró un triunfo épico de la industria iraní. Sin embargo, no estaba exento de problemas mecánicos.

El mulá Tabrizi, como era conocido en el vecindario, dejó el motor en ralentí mientras devolvía la batería que un vecino le había prestado.

Toda la comunidad lo trataba con sumo respeto. Nadie podía tener la absoluta certeza de no encontrarse nunca en el otro lado de una celda con aquel clérigo dictando sentencia.

Entre los vecinos lo conocían como el Verdugo. Era un experto en ahorcar, azotar y cortar dedos a los criminales, en ejecutar a los violadores e, incluso, en organizar lapidaciones de mujeres adúlteras. Al mulá de Tabrizi le fascinaba el mal.

Como todos estaban enterados sobre cuál era su trabajo, nadie se atrevía a ofenderlo, maldecirlo o, incluso, gastar bromas.

El clérigo tomó asiento frente al volante e inició la marcha. Al salir del barrio evitó la zona de baches dañada por las pasadas lluvias y que aún no habían sido reparados; condujo despacio para no estropear la suspensión. Luego, se detuvo antes de llegar a la intersección. En aquellos momentos pasaban muchos vehículos en dirección al centro de la ciudad.

Siempre encontraba engorrosa la maniobra. Salir del barrio donde vivía e internarse en la carretera principal que llevaba al centro urbano era una tarea que cada vez le resultaba más difícil. Vio que un camión daba un bocinazo y aminoraba la marcha para dejarlo pasar. El clérigo vio su oportunidad, aceleró con brusquedad y se incorporó al tráfico. Resopló aliviado. Estaba contento. «Un día más», murmuró.

Enfiló por Chamran Boulevard. Oyó un estridente bocinazo del camión que hacía unos minutos le había cedido el paso. Pero él tenía otro camión delante. No podía acelerar ni adelantar. Otro bocinazo. El clérigo resopló, resignado. Pronto llegó el desvío. Giró a la derecha y cambió de carretera.

Desembocó en una calle céntrica poco transitada. Era su secreto, su atajo personal: no había comercios ni cajeros automáticos que pudieran tener cámaras apuntando a la calle ni vehículos aparcados en doble fila cargando y descargando mercancías en tiendas y supermercados y creando atascos.

Miró por el espejo retrovisor y vio a un motorista. Una vez más, quedó convencido de que aquella era la mejor forma para viajar por la ciudad. Rápida, segura y cómoda cuando el tráfico era denso.

Al cabo de un instante, el motorista apareció reflejado en el espejo lateral. Daba la impresión de que fuera a adelantarlo. El clérigo redujo la velocidad para que la moto tuviera más posibilidades de maniobra.

Entonces vio que el conductor se desabrochaba la chaqueta de cuero negra mientras mantenía recto el manillar con una mano.

Circulaba rozando casi el vehículo. Llegaron a una intersección y el clérigo decidió frenar. Ante aquel despropósito, quería mostrarle su rostro y que viera que llevaba un turbante en la cabeza que indicaba su condición religiosa.

La moto se situó justo al lado de su ventana. El conductor se quitó el casco. La cara sonriente del motorista le heló la sangre.

No podía ser. Había muerto el día anterior. La vio colgada de la grúa. La mujer puso un brazo extendido sobre el techo del vehículo. Un sudor frío le bañó el pecho, las ingles. Asustado, decidió acelerar.

Así lo hizo. Apretó el acelerador y se alejó. Miró por el espejo retrovisor y vio a la mujer sentada sobre la moto poniéndose de vuelta el casco, sin reanudar la persecución. Por un instante, se sintió aliviado. La mujer alzó el brazo, parecía que lo saludaba desde la distancia. El clérigo, lleno de temor, pensó en lo absurdo de todo aquello.

Sobre el techo del vehículo había una bomba adherida a la carrocería por un potente imán. La mujer aceleró en dirección opuesta.

El clérigo volvió su atención al frente, horrorizado por lo que había visto. Se preguntaba cómo era posible que aquella mujer estuviera viva. No podía ser.

Laura García continuó avanzando velozmente cuando la explosión se escuchó por detrás. Miró hacia un lateral y vio el humo que se alzaba en el aire. Hizo una maniobra y aceleró por un camino paralelo a la carretera principal.

Era el momento de huir del país.

8

Lior se quedó unas horas más en el piso franco a la espera de tener noticias de Laura. Entonces, como habían planeado al despedirse, se marcharían del país por rutas distintas.

Cometía una imprudencia, era consciente de ello, pero, a su edad, rondando los cincuenta años, se había enamorado de la española. Se había prometido volver a verla.

«Iré a España para verte, estar un tiempo contigo y veremos de qué modo podemos formalizar nuestra relación», le dijo a Laura aquella mañana temprano. Ante su insistencia, ella claudicó; aunque, en verdad, ella no quería hacer la despedida más dolorosa para él.

El resto de su equipo del servicio secreto israelí había conseguido salir del país a salvo. Llegaron al noreste de Turquía cruzando a pie los desfiladeros y las montañas y burlando las patrullas de vigilancia. Una vez en Ankara, obtuvieron nueva documentación. Para mayor seguridad y evitar la mínima posibilidad de seguimiento, viajaron a Atenas y desde allí volaron de vuelta a Israel con la información almacenada en los *pen drives*.

Lior había limpiado por completo el apartamento. También había eliminado toda información de la memoria de los dispositivos electrónicos. Incluso había destruido el día anterior la tableta y el portátil que había utilizado durante ese tiempo en Irán y los trozos los había tirado en distintos contenedores de basura.

Solo tenía sobre la mesa el material con el que justificar su presencia en Irán; un par de libros, papeles y un ordenador portátil lleno de fotografías y documentos que apoyaban su identidad ficticia: Oliver Miller, un arqueólogo aficionado de origen australiano y enamorado de la historia persa que se encontraba haciendo investigación de campo para un nuevo ensayo financiado por el departamento de Estudios Orientales de la Universidad de Canberra. Incluso tenía dos ensayos publicados a ese nombre que acentuaban su tapadera y una breve biografía elaborada por la sección de identidades del servicio secreto israelí.

El móvil que utilizaba para su identidad falsa emitió un sonido. Había recibido un mensaje. Se levantó de un salto del sofá y cogió el aparato.

Leyó en la pantalla: «*Aní meta aleja*». Él sonrió. «Estoy loca por ti».

Todo había ido según lo planeado. Ella ya se encontraba en la ruta para salir del país y acabaría de romper el aparato móvil desde donde le había escrito. Todo lazo de comunicación entre ellos había sido eliminado.

Ahora era el momento en el que él emprendería su marcha. A diferencia de sus compañeros de equipo operativo, Lior se iría cogiendo un vuelo como un extranjero más.

Sostenía aún el móvil en la mano cuando, de repente, escuchó pesadas pisadas al otro lado de la puerta principal, en el descansillo. Su instinto de supervivencia se activó. No perdió un instante. Corrió hacia el baño, cerró con pestillo, abrió la carcasa del teléfono móvil y, cuando extraía una de las dos tarjetas SIM instaladas, la puerta se vino abajo.

9

Cuando sacaron a Lior a la fuerza del cuarto de baño, encontraron la tarjeta SIM flotando en el interior del retrete. Aquel acto de querer destruir una prueba que lo podría acusar de ser un agente extranjero era una evidencia más.

Lo llevaron escoltado fuera del edificio. Durante todo el tiempo habló en inglés con acento australiano para quejarse del avasallamiento al que estaba siendo sometido.

—¡Llamen a mi embajada! —gritó—. Soy un conocido autor y empresario. Están cometiendo una equivocación.

No paraba de hablar, argumentando su inocencia, cuando, en el momento menos oportuno, golpeó a uno y a otro y echó a correr por la calle.

—¡Lo queremos vivo! —gritó un oficial superior al ver que uno de sus hombres sacaba el arma.

Lior estaba nervioso. Se paró en una esquina. Respiró hondo. Volvió la mirada hacia atrás. No vio a sus perseguidores. Se acercó a un paso de peatones. Frente al semáforo en rojo, un conductor estaba aprovechando el momento para mirar su teléfono móvil. Lior abrió la puerta y lo sacó a la fuerza, tirándolo sobre el asfalto. Tomó asiento y arrancó con rapidez.

Miró por el espejo retrovisor. Le sorprendió no ver que lo perseguían. Analizó la situación. Ahora tendría que salir de la ciudad e ir al siguiente piso franco, donde obtendría nueva documentación e identidad.

Era hora punta y las carreteras estarían repletas. Debía evitar el centro urbano para no quedar atrapado en el tráfico.

Lo primero que debía hacer era cambiar de vehículo. Sabía que tenía quince minutos antes de que los policías supieran que conducía un coche robado.

Por las prisas y la excitación, no se dio cuenta de que una furgoneta común y corriente, que se anunciaba en los laterales como servicio técnico de fontanería, se le acercaba por detrás.

Lior conocía muy bien la ciudad de Shiraz. Enfiló hacia la plaza Ehsan Square, donde había bifurcaciones que la conectaban con carreteras hacia Shahrak Golestan y Sadra al norte y Farhang Shahr al sur. De ahí iría a la parada de autobús número 14 de Farhang Shahr,

donde abandonaría el coche.

Conducía muy nervioso. Se estaba limitando a seguir de forma autómata un plan memorizado, a seguir un mapa mental, sin darse cuenta de que aquel comportamiento le estaba causando una falta de atención.

Sus instructores del servicio de inteligencia israelí se hubieran enfadado mucho por el modo en que estaba manejando la situación. Tanto tiempo invertido con los mejores expertos en Krav Maga y horas aprendiendo a observar, reaccionar y planificar y no era consciente de que en pocos minutos estaba echando por tierra todo aquel esfuerzo.

Enfrente tenía un estrecho tramo de carretera recto. A pocos metros de distancia, un camión con remolque, que fue reduciendo la velocidad hasta detenerse. En vez de sentirse alarmado y esquivarlo adelantándolo o, incluso, girar el volante para dar la vuelta y tomar otra opción de escape, fue directo al matadero.

Lior frenó detrás del remolque e hizo sonar el claxon una vez, dos veces. Nada. Puso la marcha hacia atrás para poder separarse y adelantar al camión, aunque esto supondría meterse en dirección contraria. Sin embargo, la furgoneta que lo había estado siguiendo todo aquel tiempo lo embistió por detrás.

Lior se vio impulsado hacia atrás, contra el reposacabezas, y luego hacia adelante, contra el volante. No saltó ningún *airbag*. El corazón le latía veloz. Alzó la vista y el miedo se adueñó de él. Vio las metralletas y las pistolas de los hombres que se acercaban.

Una figura musculosa con el rostro encapuchado lo sacó a rastras, lo arrojó al asfalto y le puso una bota sobre el rostro mientras otro hombre le sujetaba los brazos a la espalda y le ponía unas ligaduras de plástico tan apretadas que le herían la piel. Luego, lo alzaron en volandas, lo arrojaron de modo brusco al interior de la furgoneta y cerraron con violencia la puerta corrediza.

10

Laura García llegó a Teherán en autobús, donde cogió otro hasta la antigua capital del Imperio persa, Qazvín.

Tras una larga espera en la estación, en la que estuvo leyendo un libro sobre cómo aquella ciudad había sido un importante centro cultural a lo largo de la historia, cogió de nuevo otro autobús hacia una población a orillas del mar Caspio llamada Ramsar.

Una vez allí, un contacto la recogió. Eran un joven iraní callado y formal. La llevó en una vieja moto BSA a lo largo de treinta penosos kilómetros por las afueras de la ciudad. Llegaron a un pequeño pueblo antes del anochecer.

El padre del joven los esperaba con la cena lista. Le dijo a Laura que había matado y asado un cordero en su honor. Eran buenos musulmanes chiitas. Deseaban que el país que amaban estuviera fuera de las manos de los clérigos islamistas que tanto daño estaban causando.

Sentados sobre la alfombra que cubría el suelo de tierra de la habitación principal de la casa, degustaron la comida mientras el hombre no dejaba de comentar a Laura la situación política y social del país. Ella habló poco y se limitó a escuchar.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, la acompañaron a un punto de recogida de viajeros a las afueras del pueblo. Nadie tenía que verlos acompañados de una mujer; por eso se movieron por la oscuridad.

El hijo se adelantó. Desde la distancia, se quedó atento a la llegada de cualquier vehículo.

Ya estaba amaneciendo cuando pasó un camión. Se escondieron fuera del camino. Luego pasó un carro tirado por una mula. Al cabo de un rato se aproximó el vehículo que estaban esperando. Se despidieron de Laura.

Ella se situó en el borde de la carretera con el brazo levantado. Se subió en un *savari,* un coche compartido, junto con tres mujeres en dirección a Ramsar Water Park.

Una vez allí, caminó hasta llegar a cierto lugar turístico cercano a la costa llamado Hamidi Motor Boats. Un empleado del alquiler de motos de agua la esperaba. La llevó a alta mar, donde una embarcación de pescadores la recogió.

A las pocas horas de navegar por el Caspio sin alejarse demasiado de la costa para no llamar la atención de la vigilancia marítima, otra embarcación, con tripulación azerí, la condujo a la República de Azerbaiyán.

Pasó una noche en un cómodo hotel en Bakú, tiempo que aprovechó para comprar muda y ropa nueva. Al día siguiente cogió un vuelo a Qatar, donde hizo escala con destino a Calcuta.

PARTE DOS

EL DOLOR: UN INEVITABLE SUFRIMIENTO

11

Varun entró en el despacho de Julián Fernández.

—Tienes razón —admitió.

El director del Cervantes estaba con las manos sobre el teclado. Terminó de escribir con rapidez, apartó la mirada de la pantalla del ordenador y le hizo una señal para que tomara asiento. Achicó los ojos tras la montura de sus gafas y preguntó:

—¿En qué tengo razón?

—Utiliza a un cámara que ha sido técnico especialista en películas iraníes. Ha sido, incluso, responsable de montar y manejar el equipo de grabación para documentales sobre operaciones quirúrgicas.

—Debe tener un estómago de acero. Imagínate si la hipótesis fuera verdad y ese sujeto resucitara a los muertos. ¿Podrías imaginarte cómo reaccionaría la gente en Irán? Pedirían que los decapitaran una vez fallecidos para imposibilitar la resucitación. La opinión pública musulmana se les echaría encima.

—Los técnicos que emplea son veteranos en efectos especiales y de sonido y son concienzudos, precisos y con muchos recursos.

Varun hizo una pausa. Sacó una fotografía tomada durante la puesta en escena de un rodaje en un quirófano.

—Este es el operador de cámara —señaló. En la imagen se veía a un hombre alto y delgado, con camisa blanca hasta los tobillos, pelo ralo y gafas de montura gruesa—. La precisión y la fluidez del montaje son cruciales para el éxito de cualquier producto audiovisual. La cámara se emplea no solo para capturar acontecimientos, sino también para instigarlos. Por eso digo que tenías razón cuando me pediste estudiar el fuera de campo. El uso de la iluminación es muy importante, con luces que se ubican encima de la cámara o en su trípode, reemplazando el rebote sobre un panel de poliestireno. Una vez que investigué al cámara, enseguida pude averiguar que todo lo que vimos en las imágenes era una representación nauseabunda de ficción, pero tan bien montada como *El exorcista* o *Poltergeist*.

Julián dejó la fotografía sobre la mesa y se puso de pie. Inspiró hondo. Caminó hasta el extremo de la habitación, regresó con aspecto reflexivo y volvió a tomar asiento frente a él.

—Cuéntame todo lo que has averiguado.

Varun comenzó a explayarse. No necesitaba leer notas. Todo lo que

había averiguado lo tenía almacenado en la cabeza.

—El doctor Faraz tiene una obsesión por la hechicería, el ocultismo…

Julián levantó la mano, interrumpiéndolo.

—¿Ocultismo? Dado que es el hermano de un alto cargo en Irán, me lleva a pensar en el nazismo. De hecho, Himmler era, con toda seguridad, el más fanático creyente en las ciencias ocultas y profesaba una fe ciega en las supuestas fuerzas desconocidas que rodean el planeta, las doctrinas esotéricas e influencias mágicas sobre el comportamiento humano.

—No solo eso, sino que, si seguimos con ese análisis, podemos encontrar ya por entonces una relación con la India.

—¿Cuál?

—Que asociaron a Adolf Hitler como un avatar del dios hindú Visnú, el protector cuando el mundo se halle amenazado por el mal, el caos y las fuerzas destructivas.

Julián se estiró en el asiento y movió la cabeza de un lado a otro.

—No, no. Nos estamos desviando bastante. Los sesgos cognitivos nos están creando una cortina de humo. Retomemos la biografía del doctor Faraz.

—Ha escrito ensayos que han sido traducidos y publicados en la República Checa, Rusia, Polonia, Hungría y otros tantos países sobre magia póstuma, magia negra, magia astrológica y teorías sobre el retorno de los muertos que salen de sus sepulturas y afligen a los vivos.

Varun siguió exponiendo todo lo que había leído y estudiado sobre el doctor Faraz. El iraní daba por probado que algunos muertos se habían comido las ropas en las que habían estado envueltos e, incluso, habían devorado sus propias carnes. Había realizado experimentos con cerca de cincuenta personas procedentes de distintos lugares de Irán, personas que habían sido detenidas y más tarde habían desaparecido.

Mencionaba en sus libros cómo la magia, tan antigua como el hombre, intentaba poseer autoridad sobre los sentimientos de los demás, aprovechando esos poderes para obtener efectos extraordinarios. El doctor Faraz la consideraba como una urgencia para obligar a lo desconocido a compartir información precisa sobre hechos que sucederían en el futuro.

En una aldea del interior de Irán, para impedir que los muertos se comieran, ponían debajo del mentón del cadáver una cantidad de tierra. Pero en una ocasión, la persona despertó en el interior de la tumba y durante la noche se oyeron gritos. A la mañana siguiente, cuando lo desenterró el equipo del doctor, vieron que se había devorado la carne de los brazos. Esto dio pie a más experimentos con personas inocentes.

Julián se frotó la mejilla.

—¿En una aldea? No entiendo.

—Mataban a ganaderos, agricultores, incluso disidentes, universitarios… Se los llevaban a zonas rurales, en las montañas, para experimentar con sus cuerpos.

Varun continuó su exposición sobre las fechorías del doctor Faraz. No solo hacía pruebas con vivos, a los que dormía con distintos tipos de anestesia, y con cadáveres en las morgues, sino que desenterraba cuerpos en los cementerios y estudiaba cómo se habían conservado. También cómo quedaban sus cuerpos al ser consumidas sus propias carnes y al devorarlos las ratas y otros animales, el método de embalsamientos y el tipo y material de caja utilizada como ataúd, además de la profundidad del agujero al ser enterrado y el tipo de tierra de alrededor, así como la temperatura.

Julián meneó la cabeza.

—Todo esto es fruto de una fantasía excesivamente agitada de una fuerte superstición —comentó—. Existen muchos ejemplos probados de personas a las que se han creído muertas y han vuelto a la vida por maniobras de reanimación.

—La reanimación cardiopulmonar. Menciona en sus apuntes que la clave de la reanimación a una víctima de un paro cardiaco fue el enfriamiento de su cuerpo en un momento muy oportuno.

—¿Quieres decir que el objetivo de sus experimentos era averiguar cómo conseguir un punto de retorno tras producirse la muerte clínica? En otras palabras, ¿que sería posible volver de la muerte tal y como hoy la entendemos?

—Sí.

—No, no, Varun. Lo sobrenatural me repugna. No soy médico, pero algo de conocimiento tengo. Quizá se refiera a reanimar un cuerpo. El concepto básico para reanimar es cuanto antes mejor. Y diez minutos puede ser el periodo máximo. Hay dos tipos de muerte, la cardiaca y la cerebral. La reanimación busca que el corazón, el motor del cuerpo, se reactive. Es lo que se puede reanimar. La otra muerte, la encefálica, si se produce por una lesión específica, se puede intentar tratar a nivel cerebral, pero si hay una lesión irreversible en el cerebro, no se puede reanimar. Así de sencillo. No llego a entender qué pretende ese hombre con tanto experimento, cuál es su propósito, a dónde quiere llegar. —Echó de nuevo un largo suspiro y añadió—: Nos volvemos a desviar. Vamos a hacer nuestros análisis más sencillos, racionales y explícitos posibles; de lo contrario, nuestros sesgos mentales nos juegan una mala pasada. Dime, ¿qué conexión has encontrado entre los dos hermanos con la India?

—Sus antepasados son parsis de origen indio.

Varun comenzó a contar cómo, entre finales del siglo XIX y

principios del XX, muchos parsis adinerados comenzaron a viajar a Irán desde Bombay y otros lugares para revivir la fe y las tradiciones zoroastrianas entre la estancada comunidad creyente que había por entonces allí.

Los parsis en la India descienden de los persas que emigraron al subcontinente a mediados del siglo VII para escapar a la persecución religiosa de los musulmanes.

—Mientras algunos se quedaron, muchos de ellos viven en Bombay, otros decidieron volver a la tierra de sus antepasados, como es el caso de los padres de los hermanos Kahani.

Continuó con su exposición asegurando que Faraz Kahani era un adorador del fuego, y precisamente este tema era considerado como uno de los problemas más serios que habían tenido las comunidades zoroastrianas en zonas de mayoría islámica, donde habían sido acusadas de idólatras por ese motivo.

En realidad, el fuego en la práctica religiosa zoroastriana solía ser un símbolo de la luz que representaba los principios esenciales de su religión: la luz que disipa las tinieblas de la ignorancia, la representación simbólica de la justicia y el orden ritual, el fuego cósmico de la creación y el fuego destructor que pondría fin a todo lo creado para restaurar un orden perfecto.

Irán era considerada la patria originaria del zoroastrismo, pero la islamización del país, que comenzó con la conquista árabe en 651, sumada a la fuerte represión y discriminación que los nuevos gobernantes impusieron a las comunidades zoroastrianas, dio lugar a un éxodo hacia la costa occidental de la India, una zona más tolerante. Allí se asentaron muchos creyentes, que, por su origen persa, reciben hoy el nombre de parsis.

Luego de estas explicaciones quedaron los dos en silencio.

—Lo más razonable es concluir que ese hombre es un loco que anda asesinando a personas inocentes y destrozando cadáveres para realizar experimentos esotéricos y extraños —repuso Julián tras la larga pausa—. Pero ¿qué motivo principal tiene el doctor Faraz para viajar a la India?

—Antes has hablado sobre el tiempo de resucitación.

—Yo he hablado de reanimación, Varun, que son técnicas para salvar vidas. La resucitación tiene connotaciones diferentes, como teológicas o filosóficas. ¿Ves? Es a lo que me refería con los sesgos mentales.

Él asintió con la cabeza, hizo una mueca y, de inmediato, continuó con un gesto desdeñoso de la mano.

—Has dicho antes que, para reanimar un cuerpo, diez minutos puede ser el periodo máximo.

—Sí.

—Tampoco soy médico, pero por lo que he leído en los escritos del doctor Faraz, y hace mucho énfasis en ello, en los niños el tiempo se alarga.

Julián sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

—¿Y? ¿Qué quieres decir?

—¿En qué país puede desaparecer un número indeterminado de niños sin llamar demasiado la atención?

Julián asintió.

—La India —dijo de manera reflexiva. Mirándolo a los ojos, añadió —: La India se le presenta como un lugar perfecto donde experimentar sus locuras.

12

Lior Alon estaba muy despierto, tumbado en el suelo duro de la furgoneta. Ninguno de los comandos había hablado. Llevaban capuchas finas de algodón con aberturas para los ojos.

Las técnicas que había aprendido hacía muchos años durante duros entrenamientos empezaban a salir a la superficie.

Había sido el responsable de estación en Irán para los servicios secretos israelíes. Sabía que se encontraba en un país donde era imposible recibir ayuda si se destapaba su verdadera identidad.

«¿Cómo aparecieron tan pronto?». Sin duda, los policías que habían irrumpido en el apartamento era solo parte de la operación. El comando había permanecido atento ante cualquier eventualidad y actuó cuando se dio a la fuga.

Ahora se daba cuenta de la imprudencia que había cometido al quedarse más tiempo de lo planeado y no irse del país cuando su equipo lo hizo. Una vez cerrada la operación, no tenía que haber permanecido más tiempo en el piso franco.

Esta era una regla que hasta Laura García le había recordado. La había incumplido porque estaba enamorado de la española.

«Es una insensatez y cometes el riesgo de que te capturen», recordó que le dijo un compañero antes de emprender el viaje fuera del país.

Después de una operación había que iniciar el repliegue antes de que la situación se enfriara y se tomaran medidas inesperadas. Se tenía que haber marchado con su equipo operativo y no esperar a tener noticias de Laura García.

El objetivo que planeaba eliminar ella era peligroso por las consecuencias que acarrearía: mayor seguridad en los aeropuertos y puntos de salida del país. Pero él no tenía nada de qué preocuparse; sus papeles estaban en regla y su tapadera era intachable.

Minutos después del atentado al mulá Tabrizi, se activó una medida contraterrorista ya ensayada. Se registraron todas las posibles viviendas que pudieran ser ubicaciones de pisos francos para agentes extranjeros. Una a una, fueron asaltadas por la policía. En las dos primeras de las que tenían sospechas, no encontraron más que iraníes que habían alquilado los apartamentos a través de una agencia inmobiliaria. En la tercera dieron con Lior.

Continuaron el viaje varios kilómetros. Luego, el motor

permaneció parado un tiempo, quizá dos horas. Durante ese tiempo le pusieron una capucha y lo dejaron atado a un gancho que sobresalía de la superficie de la furgoneta. Se mantuvo alerta. Solo pudo escuchar al conductor decir alegremente a alguien:

—¡*Asalaam Aleikum*!

—¡*Aleikum Asalaam*! —respondió otra persona con el mismo tono de voz.

La puerta se abrió de golpe. Le revisaron las ligaduras, lo sacaron de inmediato y lo trasladaron al interior de otro vehículo situado justo al lado.

Notó que esta furgoneta era de gama alta, insonorizada; el tacto con la superficie le hacía pensar que se trataba de un vehículo blindado de operaciones especiales. Por la fuerza que ejercían sobre él, sus guardianes eran otros. Se reanudó el viaje.

Según el manual básico, formaba parte del entrenamiento recordar todo lo posible de lo que escuchara, viera, oliera e, incluso, sintiera con el tacto. Resultaba bastante fácil durante aquella etapa de aprendizaje hacía quince o veinte años. Ahora comprendía la utilidad de continuar haciendo maniobras y entrenamiento tras el paso de los años para evitar oxidarse. Lo estaba pagando en sus propias carnes.

Comenzó a sentirse nervioso. Sus nervios eran un tanto de impaciencia y un tanto por el trágico final que le deparaba el destino y del cual ya había asumido que no podría escapar. Lo único que sabía que debía hacer era aguantar, ganar tiempo, demorar su confesión, la verdad sobre quién era en realidad.

Recordó a un amigo suyo, reservista del IDF, el ejército de defensa de Israel, siempre entrenándose para que, en cualquier eventualidad, fuera llamado para unirse a filas.

«Maldita sea. Qué ingenuo he sido durante años. Si hubiera estado mejor preparado…».

Se percató de que estaban recorriendo una larga distancia. La furgoneta aflojó la marcha y enseguida le pareció que circulaban por alguna carretera sin tráfico manteniendo la velocidad. «Estamos en una autopista. No hay duda de que me trasladan a Teherán».

Lior había impartido cursillos sobre técnicas de interrogatorio, fugas, evasiones, contraespionaje, había sido instructor. Lo sabía todo. Respiró hondo y se preparó mentalmente para lo peor.

13

Aquella tarde había un clima húmedo y caluroso en el ambiente. Las lluvias monzónicas estaban a la vuelta de la esquina y se notaba, pero las nubes aún no habían empezado a descargar.

David Ribas esperaba en el interior de un taxi Ambassador de color amarillo aparcado justo enfrente del hotel.

Hacía unos minutos que los empleados de la limpieza habían acabado de fregar las escaleras de la entrada. El portero, vestido con un traje indio tradicional con galones, colores brillantes y turbante, observaba el exterior con aire circunspecto.

Un grupo de turistas extranjeros se subió a un minibús que los llevaría al aeropuerto. Hacia las ocho comenzaron a llegar nuevos huéspedes y empezaron a salir algunas parejas y personas aisladas.

David se miró en el espejo retrovisor y se pasó los dedos por el cabello negro, canoso y ondulado en un intento de crear buena apariencia. Abrió la puerta del coche y cruzó la calle con naturalidad. Subió las escaleras y entró en el vestíbulo como si fuera un cliente habitual.

El interior hacía gala de la categoría del hotel: lujo, elegancia y refinamiento en la decoración. David buscó con la mirada al doctor Faraz, pero no lo vio por ninguna parte. Cogió un periódico que había sobre una mesa y mientras echaba un ojo a las páginas miró distraídamente a los huéspedes que salían y entraban de los ascensores.

El pasillo central conducía a una sala restaurante, la del bufet. Se dirigió hacia allí. David levantó la mirada y lo vio.

El doctor Faraz estaba sentado en una mesa, comiendo muy despacio. Sin embargo, notó la presencia de otra persona. Sintió la amenaza.

Era una mujer situada a poca distancia del iraní. Aquello elevaba aún más el carácter misterioso de las actividades del doctor Faraz en Calcuta. Entonces, David no era la única persona que conocía sus crímenes. ¿Quién era? ¿Qué motivos tendría aquella persona para vigilar al iraní?

En un intento de encontrar una mejor posición para observarla bien, David fue a instalarse en una mesa al otro extremo del restaurante. Desde donde estaba, la podía ver de perfil. Se concentró

en observarla.

No podía verle claramente el rostro. Reflexionó. ¿Quién estaría siguiendo al doctor Faraz? ¿Sería una agente de una organización extranjera? No parecía una mujer india. ¿CIA? ¿MI6? ¿Servicios de inteligencia israelíes? ¿La FSB rusa? ¿Los alemanes? Zapatillas deportivas, vaqueros, un *salwar kameez* holgado y un pañuelo largo y fino alrededor del cuello.

Un camarero se aproximó a la mesa y David le dijo que más tarde pediría, solo estaba ojeando el menú. Decidió que lo más prudente era adelantarse y abandonar el hotel.

Salió del restaurante como entró. Con paso decidido, cruzó la zona de la recepción, cubierta de mármol y cristal, y regresó al coche. El interior del vehículo era un horno comparado con el ambiente acondicionado y de frescor del hotel.

Se giró y sacó una botella de agua del asiento de atrás. Bebió un largo trago. Luego, abrió la puerta y se agachó para echarse unas gotas en la nuca. Estaba frotándose la cara cuando vio al doctor Faraz salir del hotel. A poca distancia, bajando las escaleras, le seguía la misteriosa mujer.

Ahora comenzaba el seguimiento. Pronto averiguaría qué estaba pasando.

14

Durante el trayecto había recibido bastantes puntapiés en el estómago y en la cabeza. La furgoneta había circulado a alta velocidad.

Lior, tumbado en el duro suelo del vehículo, sabía que lo llevaban a Teherán, muy probablemente con destino a algún edificio del Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional, más conocido por sus siglas, VEVAK, la temida agencia responsable de las ejecuciones extrajudiciales.

Los pies y las manos los tenía insensibles debido a la fuerza de las ligaduras. Le habían puesto una mordaza de cuero que le producía un dolor constante en el rostro, además de la boca reseca. Se daba cuenta de lo innecesario que era. «¿Por qué iba yo a gritar en el interior de un vehículo a alta velocidad? ¿A quién iba yo a pedir ayuda?». Todo consistía en desmoralizarlo.

La furgoneta redujo la velocidad. En seguida dedujo que entraban en un centro urbano. Ya estaban cerca del destino. Ahora se podía escuchar leves sonidos a través de la gruesa carrocería, bocinazos y gente en las calles.

Circularon varios minutos. Apenas se movían. Pero, de repente, como si los estuvieran escoltando, la velocidad aumentó y la conducción se hizo más estable.

Entraron en una zona periférica de la ciudad. El vehículo subió por una rampa, circuló por el interior de un aparcamiento, salió a un patio exterior y frenó en seco.

Lior oyó una conversación en la cabina del conductor. Enseguida, la puerta corrediza de la furgoneta se abrió. Lo sacaron en volandas.

Una vez en el exterior le quitaron las ligaduras de los tobillos. Sintió un placentero sosiego. La sangre fluía hasta los pies desde la base de las espinillas. Lo hicieron levantar y, ayudado por los guardias, lo forzaron a subir unos escalones.

Medio arrastrándolo, lo llevaron al interior del edificio, cruzaron un pasillo sin decoración alguna, suelo de mármol y paredes blancas. Subieron más escalones, cruzaron un rellano, se abrió una puerta metálica tras un sonido mecánico y lo introdujeron en una habitación.

Le quitaron la capucha de la cabeza, la mordaza de la boca y las ligaduras de plástico de las muñecas. Observó a sus guardias; parecían

comandos de alguna élite especial. Luego, se marcharon cerrando la puerta despacio.

Lior miró alrededor. No había ventanas. Solo una cama metálica y un retrete estilo asiático. Un botón metálico adherido a la pared a la altura de las rodillas soltaba un chorro de agua para la higiene corporal; otro más elevado era para beber y asearse. La puerta compacta de acero era lisa excepto por una mirilla a la altura de los ojos. El suelo era de cemento pulido.

Tomó asiento en la cama. Desde luego, la celda era muy ingeniosa. Si él tuviera que diseñar una para un prisionero especial, mandaría hacerla muy parecida a aquella. Lior era un profesional y reconoció el mismo valor en los iraníes.

Se masajeó los tobillos y luego las muñecas. Comenzó a realizar ejercicios de respiración para tranquilizarse y poder obligar a su cerebro a trabajar repasando su identidad ficticia, para que su tapadera no tuviera ningún resquicio durante el interrogatorio que esperaba. «No, no tengo miedo».

No tenía miedo, aún no.

Lo peor estaba por llegar.

La puerta se abrió de golpe.

—Señor Oliver Miller —pronunció un hombre vestido de civil.

Lior se alzó del suelo, donde estaba haciendo ejercicios de yoga para paliar el dolor de la espalda por uno de los muchos puntapiés que había recibido dentro de la primera furgoneta tras ser detenido.

Vio a un hombre trajeado pero sin corbata; rondaría los sesenta años, con arrugas debajo de unos ojos pequeños pero intimidatorios de color avellana, mediana estatura, calvo con escaso cabello a los lados y barba cuadrada bien recortada. Llevaba un calzado de cuero negro lustroso. Parecía todo un ejecutivo, excepto por la falta de corbata.

Sabía quién era, pero tenía que fingir ignorancia. Se llamaba Masoud Kahani, más conocido por su apodo, el Inspector, y era el director de la temida VEVAK.

—Quiero que me lleven a mi embajada de inmediato —espetó Lior —. Todo se debe a un error.

—Señor Miller, lo llevaremos a su embajada una vez averigüemos quién es usted de verdad.

El hombre hablaba un inglés sin acento. Lior percibió experiencia y profesionalidad en aquella persona. Debía seguir protegiendo su identidad falsa.

—Quisiera saber quién es usted, dónde me encuentro y la razón de mi arresto.

—Yo soy… digamos que el inspector de este caso y me limito a averiguar secretos en las personas sospechosas de atentar contra los intereses de mi gobierno.

Lior proyectó en su rostro una amarga sonrisa y levantó los brazos al aire.

—Por el amor de Dios, no sé de qué habla. Esto es una confusión. Estaba asustado y hui de mi apartamento. Llamen a mi embajada. Lo exijo de inmediato. Soy un conocido profesor de arqueología. Serán ustedes reprendidos por su error.

El inspector hizo un gesto a un guardia. Dos personas se adelantaron y despojaron a Lior de sus zapatos y de su cinturón.

El inspector enderezó la espalda y aspiró hondo.

—Todo esto se acabará cuando usted quiera, señor Miller.

—Soy australiano y me encuentro en Irán realizando un estudio…

—Sí, sí, sí —lo interrumpió el inspector levantando la mano—. Le diré otra vez que estoy aquí para destapar la tapadera que se ha inventado y conocer quién es realmente usted y qué papel ha jugado en el asesinato del mulá Tabrizi.

—¡Qué absurdo! Le juro que se ha confundido.

—Ahora acompañará a un oficial y le contará a él quién es y qué hace usted en Irán, sus actividades y qué lo llevó hasta la ciudad de Shiraz. Le contará todo. Sus palabras se quedarán grabadas. Le agradecería que no nos hiciera perder el tiempo.

—Cuando hayan comprobado mi identidad, tendrán que excusarse. Le advierto que mi embajada sabe de mi presencia aquí en Irán y cuestionarán a las autoridades sobre mi paradero.

El inspector le clavó la mirada y lo observó con paciencia, como si estuviera calculando su peso, explorándolo. Lior era consciente de lo que hacía el iraní; se llamaba violación emocional.

—No sea mequetrefe y deje de proferir tonterías. Usted es el responsable de estación en Irán en representación del servicio de inteligencia de Israel.

Fue como un puñetazo en el estómago.

El investigador se fue.

Escoltaron a Lior fuera de la celda y lo llevaron a una habitación muy iluminada; paredes lisas, una mesa y dos sillas y cámaras digitales en las esquinas superiores.

Se sentó sobre una silla adherida al suelo. Le ofrecieron agua, café y pastel de almendras con miel de naranja. Lior lo consumió todo con absoluta naturalidad.

Al cabo de unos minutos, un oficial con aspecto de burócrata llegó con una carpeta. Con paciencia, como si tuviera todo el tiempo del mundo, comenzó la entrevista, educada y formal.

El funcionario hacía preguntas y Lior las contestaba manteniendo su identidad falsa lo más perfecta posible. Habló incluso de las ruinas urarteas, de su cultura, de su arquitectura. Se expresaba como el mejor especialista en el tema. Pidió más café y se lo trajeron con otro trozo

de pastel.

Detrás del cristal oscuro, el investigador sonreía, pero no había ni pizca de humor en aquellos ojos pequeños y horribles. El hombre se limitó a estudiar el movimiento corporal, la entonación de la voz y las palabras que usaba el detenido, el falso arqueólogo.

15

Calcuta, con sus callejuelas estrechas, sus arrabales, sus barrios residenciales y sus suburbios de artesanos, es una ciudad vibrante y dinámica llena de contrastes.

La Calcuta de las tradiciones, de los templos, con personalidad única, es considerada una de las ciudades menos saludables del mundo debido a la desproporción entre el crecimiento de la población y la inversión en infraestructuras.

Tenía bastante mala reputación para los turistas, fundada en ser una de las localidades más pobres de la India con fama de acoger un importante núcleo de enfermos de lepra debido al trabajo de la madre Teresa. En algunas calles seguía viéndose un profundo sufrimiento humano, como en la emblemática estación de Howrah.

Las diferencias sociales son muy notorias y las urbanizaciones de lujo apenas se encuentran separadas por una carretera de las casas sencillas donde reside la clase menos pudiente o los indigentes en sus chabolas.

Dos cosas estaban claras tras la liberación económica de la India: millones salieron de la pobreza extrema, pero otros tantos habían disfrutado de épocas mejores. Como predecían los analistas políticos, el crecimiento económico en la India no iría a erradicar nunca la pobreza, pero tampoco se produciría sin ella.

En Calcula, los emigrantes vivían en basureros, debajo de puentes o bajo tenderetes de plásticos, las madres vendían a sus hijos como criados y las personas seguían muriendo de hambre.

Los beneficios del crecimiento económico se limitaban a un pequeño porcentaje de los indios. Sin embargo, la nueva clase media era muy dinámica e iba, poco a poco, camino de estrechar la brecha.

Hacer un seguimiento por las calles de una ciudad que no se domina no era un ejercicio fácil. David Ribas se conocía la ciudad de Bombay como la palma de su mano, pero Calcuta, en el otro extremo del subcontinente indio, ya era otro cantar. Por suerte, él tenía que seguir a la mujer y esta seguía, a su vez, al iraní.

El ritmo era casi de paseo. David caminaba pegado a los entrantes de los edificios y ocultándose en los rincones o detrás de la gente. Tenía que llevar cuidado en no perderla de vista entre la multitud.

Aquella mujer, sin duda, había elegido adrede el atuendo adecuado

para caminar. La blusa ancha flotaba libre sobre su cintura. Tenía un cuerpo atlético. Aunque solo podía ver su espalda, la silueta era atractiva. Junto a su cadera bamboleaba un pequeño bolso de cuero que llevaba en bandolera.

Por delante de la mujer iba el doctor Faraz, quien en ningún momento se paró o se giró hacia atrás para averiguar si alguien lo seguía. Tampoco dudó en entrar en una calle o doblar en el último momento una esquina para dar esquinazo a posibles seguidores. David dedujo que sabía a dónde iba y caminaba directamente hacia allí.

Lo mismo estaría pensando la mujer que andaba detrás de él, manteniendo la prudencial distancia de una profesional: procuraba estar atenta a no caminar demasiado rápido y a conservar una distancia de seguimiento ideal. Era una experta, dedujo David.

Llevaban casi una hora paseando por la ciudad. Atravesaron las avenidas más comerciales. Luego se adentraron en la parte este, más colonial: construcciones con diseños europeos junto a modernos grandes almacenes y otros edificios de la época victoriana que representaban un gran contraste entre lo antiguo y lo moderno. Pero, en la India, lo moderno era destartalado por el pésimo mantenimiento y el clima insalubre.

Siguieron al doctor Faraz por un antiguo edificio que aún conservaba visibles las huellas de los británicos y su Compañía de las Indias Orientales, un lugar donde almacenaron en su día los cartuchos de las armas que originaron la guerra de los cipayos, como se denominaban las tropas indígenas. Entre ellos corrió el rumor que los cartuchos estaban encerados con grasa de vacas y de cerdos, ofensivos tanto para los soldados hindúes como para los musulmanes. Esta rebelión llevó a la disolución de la Compañía de las Indias Orientales en 1858 y obligó a los británicos a reorganizar su ejército, el sistema financiero y la administración de la India.

La revolución se debió al descontento que se había agudizado con el paso del tiempo y las injerencias de la moralidad británica en la sociedad india, como el agravio de las conversiones de indios al cristianismo. Pero también a la decisión de ilegalizar ciertas costumbres religiosas, tanto para los hindúes como para los musulmanes, que eran consideradas poco civilizadas por los británicos, como la abolición del matrimonio entre niños, el *satí*, como se denominaba al suicidio o asesinato de una viuda en la pira funeraria de su esposo fallecido, y el infanticidio de las niñas. Todo esto, junto con las interferencias económicas y políticas, acentuaron la desconfianza de los indios hacia la Compañía Británica de las Indias Orientales.

Parecía que habían cruzado una especie de frontera. Dejaban la ciudad moderna, los parques públicos, los edificios antiguos

convertidos en museos, el territorio salpicado de ruinas y las viviendas con fachadas desconchadas. Ahora se adentraban en otra parte muy distinta. Un lugar invadido por una vegetación salvaje que enraizaba hasta en las menores fisuras de los edificios y templos hindúes que había a pocos metros de distancia, con muchos mendigos pidiendo limosnas.

A pesar de la miseria que se hacía cada vez más visible conforme avanzaban, había un enorme contraste en el ambiente, que relucía con la extravagancia de las telas de colores chillones puestas a secar y el color pastel de las fachadas pintadas y desconchadas. Además, la multitud cada vez era más compacta.

David tuvo que acelerar el paso para no perder a la mujer, que se había puesto un pañuelo alrededor de la cabeza para no ser identificada como extranjera. Las callejuelas estrechas y congestionadas dificultaban el seguimiento. Nadie parecía reparar en las tres personas que caminaban con paso firme.

Aunque los tres eran extranjeros, no hubo voces, ni llamadas, ni silbidos hacia la mujer, ni tentativas de tocamientos o manos colocadas sobre los hombros dispuestas a arrastrarla hacia otro lugar. Los transeúntes autóctonos no reparaban en ellos ni manifestaban hostilidad ni perturbación alguna.

En un momento dado, David sintió que había perdido a la mujer, pero enseguida la detectó a pocos metros de distancia.

Enseguida llegaron a las inmediaciones del río Hoogly, uno de los brazos del Ganges, que se separa formando un delta antes de acabar en el océano.

Caminaron una media hora más internándose en zonas cuyo ambiente parecía apocalíptico. Densas humaredas ascendían a los cielos desde las orillas.

La realidad parecía sacada de una película distópica o de ciencia ficción: el ambiente y el panorama eran escalofriantes.

El aire estaba cargado de un olor fuerte y muy dulzón. David enseguida se percató. «Son cuerpos quemados», murmuró con disgusto mientras seguía a la mujer y esta al doctor Faraz, que seguía caminando por delante como si conociera muy bien la ruta.

David alzó los ojos. El cielo estaba cubierto por una capa grisácea. El sol parecía un disco mate. Entonces, más adelante, el iraní giró a la derecha por una estrecha calle y se dirigió hacia la orilla. La mujer hizo lo mismo y, enseguida, David también.

El doctor Faraz bajó con agilidad los peldaños de piedra, llamados *ghats*, que conducían al río sagrado, donde se esparcían las cenizas y los restos humanos provenientes de las cremaciones al aire libre realizadas a escasos metros.

La mujer se quedó quieta, paralizada ante el horrendo escenario

digno de Dante y su infierno que había a lo largo del río.

David quedó detrás, a escasos metros de la mujer. Frente a ellos, cientos de piras funerarias ardían.

El espectáculo era impresionante. Había un terrible silencio, abrumador, solo roto por los sonidos de las recitaciones de mantras hindúes y el martilleo insistente de campanillas.

En algún lugar había leído que la música y los sonidos eran capaces de modificar los ritmos fisiológicos de las personas, de alterar su estado emocional, de cambiar su actitud mental e, incluso, de aportar paz y armonía a su espíritu. Sin embargo, aquello que sucedía a escasos metros generaba sentimientos de angustia, malestar, miedo y estrés.

Algunos cuerpos acababan de empezar a ser incinerados, encendidos por las llamas; otros crujían por el fuego, de otros apenas quedaban las brasas sonrosadas.

Si David sentía dolor, resignación y tenía el corazón oprimido, por un instante dedujo que el flujo de pensamientos de la mujer no sería distinto, ya que permanecía inmóvil.

Daba la impresión de que aquella desoladora escena de muerte hubiera anulado toda capacidad de razonamiento y acción en ella.

Entonces, se giró hacia atrás y miró a los ojos de David.

Él sonrió apenas, pero no dijo nada.

Ella era Laura García.

16

De vuelta en su celda, quiso lavarse la cara. Apretó el dispensador metálico de la pared. Salió un chorro con presión, pero en seguida quedó reducido a un goteo. Cerró los ojos con fuerza y se limpió la cara como pudo.

Se tumbó en la cama, pensó en Laura. En aquellos momentos se encontraría en la India. Sonrió pensando en el carácter de la española. Aquella organización clandestina llamada Cervantes tendría que sentirse orgullosa de tenerla como agente operativo. Volvió a sonreír rememorando la angustia que padeció viéndola colgada del brazo de la grúa. Menuda capacidad de control tenía aquella mujer. Una vez más, la admiró. Se maldijo. Este tipo de pensamientos debía enterrarlos en lo más recóndito de su mente.

Todo lo relativo a su origen y su verdadera ocupación debía quedar encerrado en la oscuridad profunda de su cerebro. «Soy arqueólogo. Mi nombre es Oliver Miller», continuó repitiéndose, haciendo un ejercicio de control mental.

Volvieron a entrar. Los guardias se movieron con rapidez. Eran hombres uniformados, carecían de identificación y tampoco llevaban parche distintivo. No hablaban. Lo obligaron a levantarse. Le ataron los brazos a la espalda. «Ahora comienza el juego», se dijo Lior.

Lo sacaron de la celda y se lo llevaron a empujones por el pasillo. Uno de ellos le agarró el cabello y le mantuvo la cabeza levantada todo el tiempo. Entraron por una puerta estrecha y accedieron a otro edificio. Caminaron por unas escaleras descendentes y entraron en una habitación con luz brillante, blanca. Entonces se giró y vio la bañera y, al lado, una tabla con las correas de cuero en los extremos.

Había una mesa y dos sillas. Hicieron a Lior tomar asiento. El investigador estaba sentado enfrente. Solo podía ver su rostro. Si miraba más allá, solo podía ver la cegadora luz blanca. Sintió una flojedad anímica, se quiso dar ánimos. Los hombres que lo habían llevado allí se encontraban detrás de él, como si estuvieran esperando la orden que temía que pronto iba a escuchar y sufrir los efectos.

El investigador colocó encima de la mesa la tarjeta SIM.

—*Aní meta aleja* —espetó de golpe—. Dígame quién está loco por usted. Por lo visto, esa persona supone que entiende usted el hebreo, lo cual puede indicar que usted sea israelí y no australiano, como nos

ha dicho. Esto me lleva a pensar que es usted un agente infiltrado en mi país.

Lior notó que le temblaban los músculos. Estaba perdiendo su fuerza interior. Los dedos y los muslos le comenzaron a temblar. Se estaba dejando llevar por el miedo. No conseguía controlarse.

El iraní lo observaba con unos ojos que lo taladraban, retándolo a llevarle la contraria. Lior se quedó sin palabras, no sabía qué decir, cómo comenzar a interpretar su papel.

—Espero que me diga quién es la persona que le ha enviado el mensaje desde algún punto de Irán y quién es usted realmente. No soy un estúpido, señor Miller. Tampoco esperaba que usted lo fuera.

Con la mirada perdida y ojos abiertos como platos, Lior no dijo nada, guardó un profundo silencio. Pese a esperarse el interrogatorio, en la práctica no estaba preparado para afrontarlo y se quedó sin habla.

Pasados unos segundos, el inspector hizo un gesto hacia los guardias.

La tortura iba a comenzar.

POCO TIEMPO DESPUÉS, los guardias lo arrastraron de vuelta hasta su celda. El agua aún goteaba de su cabeza. Lo dejaron caer de golpe sobre la cama y cerraron la puerta.

Había estado inconsciente durante minutos y luego otra vez consciente y así sucesivamente. No tenía idea de cuántas horas había pasado bajo tortura. Tampoco de cuántas veces había perdido el conocimiento y cuántas lo habían sumergido en la bañera. En realidad, no había pasado una hora. Había perdido la noción del tiempo.

No le habían hecho ninguna pregunta. Después de estar a punto de ahogarlo en la bañera con la técnica denominada *waterboarding*, le habían azotado la planta de los pies con cinturones. El dolor que sentía en aquellos momentos era terrorífico, le subía hasta los tobillos, los muslos, y lo notaba en el estómago.

Se masajeó los pies hinchados. Querían romperlo. Lo estaban ablandando, jugando con él. Solo el investigador sabría cuándo era el momento propicio para arrancarle lo que se esforzaba por esconder en lo más oscuro y profundo de su cerebro.

Se tumbó en la cama. Estaba sudando. Le dolía todo el cuerpo, hasta respirar le costaba. Le vinieron a la memoria los hombres pegándole y haciéndole daño. Como verdaderos profesionales.

Sí, era consciente de aquella práctica. «En esta fase me están privando de la dignidad de rechazar preguntas».

Se retorció, no podía permanecer estirado.

Esto solo era el principio.

Un médico entró en la celda y le hizo una revisión. No para curarlo o prevenir cualquier empeoramiento de su salud, sino para conocer cuánta tortura podía seguir soportando.

Le tomó el pulso, lo auscultó con el estetoscopio y echó un vistazo al daño que había sufrido en los pies.

Cuando terminó, se marchó sin haber pronunciado palabra alguna y evitando mirar al paciente a los ojos.

Entonces, la puerta de la celda se abrió de nuevo.

Los mismos guardias de antes levantaron a Lior y se lo llevaron otra vez al interrogatorio.

El potente foco de luz le daba en la cara. Desde donde estaba situado podía percibir la respiración de sus guardias, que permanecían quietos detrás de él. Enfrente, el rostro del investigador surgió de la oscuridad.

—¿Qué hacía usted en Shiraz? ¿Quién puso la bomba lapa en el coche del mulá Tabrizi? —le preguntó el investigador.

—Soy arqueólogo. Estoy reuniendo material para mi nuevo libro. Visito ruinas, museos, bibliotecas, me reúno con profesores, colegas, amantes de la historia persa. ¿Quiere que se lo repita?

Lior sabía qué era lo que pretendía el inspector. Quería que olvidara el dolor que le habían infligido. Todos los agentes entrenados en Israel conocían el método de los iraníes para arrancar confesiones. Pretendía que recordara ese padecimiento anterior porque vendría más tortura. Tenía que seguir resistiendo.

Laura García se encontraría fuera de Irán. Aun así, tenía que evitar mencionar su nombre. «No me derrumbaré jamás», se dijo retomando fuerzas, asumiendo su profesionalidad.

—Es usted un completo imbécil. Si continúa interpretando ese papel, lo pasará mal, muy mal.

—Soy australiano. Soy arqueólogo. Exijo que llamen a mi embajada. Han cometido un grave error.

—Usted siga obstinado. Lo desconcertante es que lo hayamos encontrado intentando deshacerse de una tarjeta SIM y que el emisor del último mensaje recibido escribiera una frase en hebreo destinada a usted. Pero sigue insistiendo en aferrarse a la tapadera.

Clavó la mirada en la cara del investigador.

—Soy arqueólogo…

El investigador hizo un gesto a los guardias, estos dieron un paso al frente y lo levantaron con violencia antes de que continuara hablando.

—No quiero oír ni una palabra más acerca de su afición —le espetó.

Lo volvieron a torturar en la bañera. En esta ocasión, de manera más prolongada y dolorosa que la primera vez. Él seguía manteniendo su origen y el nombre de Laura García recluido en lo más profundo de

su cerebro.

Bajo el agua mantenía la respiración como mantenía su verdadera identidad. «Quieren que escupa la información. Como los pulmones obligan a la respiración a salir, ellos quieren que de mi boca salga mi confesión. No lo conseguirán».

17

Laura le explicó a David muy brevemente que había terminado una operación en Irán con agentes del servicio secreto israelí cuando, desde el Cervantes, la mandaron a Calcuta para averiguar qué estaba tramando el doctor Faraz.

Por su parte, David le contó que había recibido la información de una serie de desapariciones de niños en los bajos fondos de Calcuta y unos padres habían viajado a Bombay para pedir ayuda a Hassena, que antes había conseguido destruir redes de tráfico de órganos y que pensaba que lo mismo estaba surgiendo de manera rampante en Calcuta.

—Sin embargo, sabiendo lo que me has comentado tú, todo esto es demasiado inconexo —terminó de comentar.

—Si tú estás detrás de la desaparición de niños y yo de ese iraní y nuestros caminos han confluido, creo que debe existir un vínculo, un elemento común que junte las piezas.

—¿Y qué interés tenéis en España en este iraní?

—Que ese hombre es hermano nada menos que del jefe del Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional de Irán.

David la cogió del brazo para que no se tropezara debido al desnivel del terreno. Subió la temperatura y el extraño hedor se volvió más intenso hasta que se vieron obligados a taparse la nariz. Levantaron la cabeza y observaron la multitud de hogueras donde los cuerpos humanos se calcinaban y crujían de un modo horripilante.

El humo se arremolinaba en el cielo. El acre olor de la madera y la carne quemada invadió sus orificios nasales.

Era la primera vez que Laura se veía confrontada con algo parecido. Notó que un escalofrío le recorría la espalda

—Dios mío, David, ¿qué es todo esto? —preguntó sin poder reprimir su angustia, mirando en derredor—. Parece que hemos descendido a los infiernos.

Él no contestó. Tenía puesta toda su atención en el doctor Faraz.

—Ahí está nuestro hombre —dijo señalando a uno que se movía muy despacio entre las hogueras. Parecía buscar algo.

Bajaron el montículo y caminaron juntos hacia la orilla. Los cuerpos tendidos sobre piras funerarias desprendían líquidos horribles que hacían estallar los tejidos de las mantas con las que estaban

envueltos. Luego se convertían en cenizas que ennegrecían el cielo.

—Todo esto parece una puesta en escena para una película de ciencia ficción —dijo Laura.

Serpentearon las numerosas hogueras. El hedor era espantoso.

—Aquí la muerte no tiene vergüenza alguna —dijo David—. No se maquilla ni se engalana al fallecido.

Por todas partes había muertos calcinados.

—Esto es horrible.

David señaló una zona elevada.

—Vamos a vigilarlo desde ahí arriba. De lo contrario, notará nuestra presencia. Los tres somos los únicos que no pertenecemos a este lugar.

Un grupo de hombres semidesnudos tiraban cuerpos, o lo que quedaba de ellos, al río. Otros amontonaban montañas de residuos dispersos de incineraciones anteriores o recientes y, junto con los cartílagos vitrificados y los huesos ennegrecidos, los tiraban a las espesas aguas.

Cuando llegaron arriba se quedaron observando al doctor Faraz, que se había parado para ver el espectáculo: cuerpos y más cuerpos flotaban por el río.

—A veces, las hogueras se preparan mal —explicó David—. La familia es demasiado pobre para comprar madera de buena calidad y se utilizan troncos que tardan en arder. En ocasiones se tiran al río los cuerpos envueltos en sábanas blancas. Esto mismo sucede en otros lugares sagrados para los hindúes.

—Dios mío. Esto es salvaje. ¿Las autoridades no hacen nada?

—Es una tradición hindú. Cuando la familia es tan pobre que el cuerpo apenas se quema por la mala calidad del combustible, se deja el cadáver al aire libre hasta que los gusanos o los pájaros terminan el trabajo —señaló hacia el cielo; una horda de pájaros carroñeros daba vueltas por el aire. Enseguida comenzaron a descender sobre un montón de carnaza expuesta para ser devorada.

El doctor Faraz sacó una cámara de la cartera que tenía a la espalda y comenzó a tomar fotos.

—Vaya, no creía que nuestro amigo fuera aficionado a la fotografía —susurró Laura.

—Dudo mucho que sea ese el propósito —apostilló David.

Ella frunció el ceño.

—¿Cuál es si no? Puede vender este tipo instantáneas a una revista de viajes o participar en un concurso de fotografía y ganar mucho dinero por ello.

—Debe de haber un motivo —dijo él, reflexionando—. Sería una fascinación bastante mórbida, ¿no crees?

—O puede que busque un cadáver para realizar algún tipo de

experimento —susurró ella, tras alzar la vista, prestando más atención a las actividades del iraní.

Permanecieron bastante rato observando al doctor Faraz tomar fotos y caminar con lentitud entre amasijos de troncos calcinados, observando con detenimiento cuerpos humanos retorcidos, mutilados, cocidos, como carne expuesta en una charcutería.

Un hombre esquelético, vestido solo con una sábana blanca alrededor de su cintura del tamaño de una toalla de tocador, se aproximó a ellos. Comenzó a pregonar un mantra en sánscrito. David sacó unas rupias, se las dio. Le hizo una señal brusca para que se marchara.

—Quería bendecir a nuestros antepasados fallecidos —le explicó ante la cara de sorpresa de Laura.

Vieron al doctor Faraz empujar con un palo un montón de despojos humanos tendidos en el suelo. Esperó a que las aves carroñeras descendieran y entonces tomó más fotos.

Luego hizo algo sorprendente. Sacó de su bolsillo un pequeño tubo; parecía que tenía una extensión, ya que lo alargó hasta conseguir un metro de longitud. Introdujo algo en el interior y se llevó el tubo a los labios. Sopló apuntando a un pájaro carroñero y este cayó fulminado.

Las demás aves de rapiña se volvieron locas alrededor, levantando el vuelo de manera frenética y cayendo sobre el animal muerto, al que comenzaron a despedazar. El doctor Faraz se había guardado la cerbatana y tomaba de nuevo sus fotos del espectáculo que acababa de crear.

—Qué cosa más siniestra —comentó Laura.

De repente, se guardó la cámara. Abandonó la proximidad de las piras funerarias y fue hacia un grupo de hombres sentados en cuclillas contra uno de los muchos bloques de madera amontonada.

Eran hombres flacos, harapientos, encargados de manipular los cuerpos. Tenían el aspecto de haber salido de otro mundo. Les hizo una pregunta y estos le señalaron a otros dos que terminaban de sacar un cuerpo calcinado de las brasas y lo amontonaban en la orilla del río. El que daba las órdenes era un sacerdote brahmán encargado de realizar los ritos sagrados, alto, con turbante de color gris, las costillas salientes, embadurnado de ceniza y una barba puntiaguda teñida de color naranja que le confería un aire de fauno atormentado.

El doctor Faraz se registró los bolsillos y le tendió unos billetes.

—No creo que le dé dinero apiadándose del trabajo que hace —murmuró Laura.

—Esa gente no aceptaría donaciones de un extranjero por nada a cambio —comentó David, sin perder ojo de lo que sucedía ahí abajo —. Además, su presencia en un lugar sagrado y, encima, tomando fotos no es muy agradable para esas personas fanáticas.

—Es decir, que esa gente lo conoce. No es la primera vez que viene aquí.

David le tocó el brazo para que guardara silencio al tiempo que hizo un gesto con la cabeza señalando hacia abajo.

—Mira.

Observaron cómo el sacerdote caminaba hacia un lateral donde había un montículo. Parecía un depósito de carne descompuesta. Cogió un palo del suelo y ahuyentó a los pájaros carroñeros. Luego metió las manos entre la madera quemada y sacó algo pequeño y redondo.

—¿Qué es? —murmuró Laura.

—Pues… creo que me lo puedo imaginar.

El delgado hombre se acercó al doctor Faraz y le tendió el objeto redondeado, parecido a un globo. Lo sostuvo entre sus manos. Lo alzó en el aire un instante para apreciarlo mejor. No había duda alguna de qué era.

Laura se giró hacia David y resopló dando a entender su repulsión ante aquella revelación. Era el cráneo de un niño.

—Esto cada vez se está volviendo más mórbido —dijo en un tono de voz bajo y acerado al mismo tiempo.

El doctor Faraz y el hombre flaco se sentaron en el suelo alrededor de un fuego.

Laura arrugó el entrecejo.

—¿Qué están haciendo?

—Una especie de *puja*, un ritual religioso.

Tras verter las distintas ofrendas en el fuego con los rezos y los mantras apropiados, el santón hindú bendijo el cráneo que el doctor Faraz tenía en sus manos. Cuando terminó, el iraní lo envolvió en una tela roja y lo guardó en su mochila.

David retrocedió, agachado.

—Vámonos de aquí. Él subirá ahora.

Caminaron a toda prisa y se ocultaron tras la esquina de un edificio próximo. En su interior se escuchaban cánticos en sánscrito y sonidos de campanillas.

18

Lior estuvo durante horas colgado de un gancho. Tenía las muñecas anudadas con fuerza y enganchadas en el garfio del techo. Con los dedos de los pies podía rozar el suelo. Cuando ya no podía sostenerse más de puntillas y dejaba caer el cuerpo, el dolor en los hombros era insoportable y las costillas parecía que iban a reventar.

Perdió el conocimiento varias veces. Cuando esto sucedía, un guardia le lanzaba un cubo de agua a la cara.

El investigador entró en la sala. Se quedó a una prudente distancia para no mojarse sus relucientes zapatos de cuero.

—Señor Miller, ¿de qué le sirve su obstinación? Dígame quién asesinó al mulá Tabrizi y quién es usted. La verdad es la defensa más segura y el único consuelo para el dolor. Sabe usted perfectamente quien soy yo.

—No, no sé quién es usted, la verdad.

—Sí, sí que lo sabe. El servicio secreto para el que usted trabaja instruye muy bien a sus agentes. Usted sabe que me llamo Masoud Kahani y dirijo la VEVAK.

—Están cometiendo un grave error —insistió Lior—. Se han confundido de persona. Por Dios, ¿es que no lo entiende? Quiero irme con mi familia. Llamen a mi embajada.

El investigador ni se inmutó ni mostró síntomas de haber prestado atención a sus palabras.

—Hable, comparta conmigo lo que sabe y podrá descansar en paz.

—No sé de qué me habla —murmuró Lior con mucho esfuerzo—. Yo soy un arqueólogo.

—Usted se comporta como un caballero. —El investigador se cruzó de brazos—. Tiene usted educación, señor Miller. No le hemos escuchado una palabrota ni insulto. Por este motivo, me siento mal viéndolo sufrir. Usted me da pena. Quiero ayudarlo. Ayúdese a sí mismo. Dígame lo que yo quiero saber y el dolor se acabará. Podrá disfrutar de un café caliente y de todo el pastel de zanahoria que quiera. Le daremos ropa nueva y lo trasladaremos a otro lugar más cómodo. Es todo tan sencillo que no tiene sentido que siga mintiendo.

Lior guardó silencio. Quería sufrir más dolor porque esto le ayudaba a enterrar aún más la información que poseía.

El investigador se encogió de hombros.

—Señor Miller, lo siento por usted —dijo; miró su reloj de pulsera —. Ya se acaba una hora, luego habrá otra y otra e incluso tras este día habrá otro. Según vaya pasando el tiempo será peor para usted. Lamento decirle que pagará muy cara su terquedad.

Lior lo observó. No detectó ira ni enfado en el investigador. Era todo un profesional. ¿A cuántas personas habría torturado? ¿Cuántos años de experiencia tendría? Su expresión era como la de alguien que ha hecho un simple trabajó administrativo. Más que nunca, supo que aquel hombre era un devoto de la república islámica, un hijo de la ferocidad de la revolución.

Hubo silencio, los dos sabían lo que sobrevendría.

El investigador se metió las manos en los bolsillos y salió de la sala.

AL POCO TIEMPO, Lior se encontraba tirado en el suelo de su celda. Parecía que había pasado días, semanas, meses, desde que lo habían encerrado.

«¿Por qué esta pérdida de la noción del tiempo? Eres un imbécil, Lior. Te comportas como un novato. Diste clases a futuros agentes de inteligencia y aquí estás, hecho una mierda. Les enseñaste a soportar el dolor. Fuiste instructor, ¡imbécil!». Ahora se daba cuenta de que la formación y la cruda realidad eran cosas absolutamente opuestas.

Cuando los guardias fueron a buscarlo, lo encontraron doblado en el suelo. Lo levantaron. Apenas se sostenía. Dio un traspié y cayó. Lo sujetaron por los codos y caminó encorvado junto a ellos. No fueron a la sala de tortura.

Lior sintió el frío suelo embaldosado. No pudo levantar los pies para subir los escalones. Los guardias lo elevaron de un tirón y sintió un estremecimiento en la espalda.

Lo sacaron al exterior. Lior alzó la cabeza. Era de noche. Tomó aire. Le dolían los pulmones ¿o eran las costillas? Algún hueso tendría roto, pensó. Entonces se dio cuenta de lo que sucedía.

Lo llevaban junto a una pared de cemento armado llena de impactos de proyectiles. Los focos de luz bañaban esa zona determinada. La información de lo que iba a suceder pasó veloz por su cerebro. «Mierda. Este es el final de mi vida».

Tres guardias estaban de pie con fusiles de asalto. Lior era consciente de que guardaban una distancia reglamentaria de tiro. Lo iban a fusilar. Al lado de los guardias estaba el investigador, tal y como lo había visto hacía unos minutos: vestido con elegancia y con los brazos cruzados. Un mulá joven hizo su aparición con su turbante blanco, túnica y gafas de montura delgada.

Ya empezaba a perder la facultad de andar justo cuando lo dejaron frente a la pared de los agujeros de bala. Las piernas no le obedecían.

Un guardia se acercó y lo agarró del cabello. Lo forzó a mantenerse de rodillas frente a las personas que permanecían expectantes ante lo que estaba a punto de suceder.

Pensó en sus familiares. Quiso entonar un rezo, pero se mantuvo callado. Sintió que se le aflojaban los intestinos. Israel, su hogar, sus amigos, sus colegas, Laura, otro día, la mañana, todo estaba fuera de su alcance.

No le hicieron preguntas. Escuchó cómo amartillaban los fusiles. Vio el rostro inexpresivo del investigador. Desvió la mirada. Alzó los ojos al cielo. Moriría viendo la noche.

Otro chasquido de un arma. Ya le iban a disparar. Disparos.

Lior cayó al suelo. Abrió los ojos, vio la sonrisa del investigador, todavía aún cruzado de brazos. Era una sonrisa sin alegría, inexpresiva.

Cuando los guardias lo levantaron, todos notaron que se había orinado encima.

Lior lo comprendió. Habían destruido su voluntad.

Cuando volvió a su celda, lloró.

19

La noche había caído con rapidez.

Laura sentía un alivio en estar alejada de aquellas piras funerarias. Aun así, seguían en aquel lugar de los muertos.

—Desde luego, después de presenciar este espectáculo tan terrible, volver con los vivos es un maná de cielo. Creo que a partir de hoy disfrutaré más viendo a la gente reír, las risas, los gritos, las caras alegres, respirar aire puro. En fin, la vida.

David le hizo una señal con la mano para que guardara silencio. El doctor Faraz caminó con el paso tranquilo adentrándose en la zona más estrictamente hindú de aquella periferia de la ciudad. Los dos lo siguieron manteniendo la prudente distancia.

—Parece que se dirige hacia la parte más antigua de Calcuta.

No había asfalto en el pavimento. Por encima de sus cabezas cruzaban cables, pero no había iluminación pública alguna.

Al poco rato se adentraron en calles atestadas donde ascetas con carnes flacas deambulaban como fantasmas de un lugar a otro. Durante la travesía escuchaban a gente recitar versos de libros sagrados.

Pasaron por varios túneles repletos de gente: inmigrantes bangladeshís que fueron a Bengala en busca de una vida mejor, pero habían ido a parar a tugurios más o igual de pobres que sus lugares de origen.

—Tenemos que acercarnos más, David.

Ambos se apresuraron en seguir el paso al doctor Faraz, al que cada vez era más difícil distinguir entre tanta gente y en la oscuridad.

Laura tuvo que empujar a un hombre que no parecía querer apartarse del camino.

Entraron en una intersección. Había un pequeño parque donde varios niños jugaban con palos; parecía que estuvieran construyendo una casa de un metro y medio de alto.

—Qué raro —murmuró Laura.

—¿El qué? —preguntó David observando el parque.

—A estas horas de la noche y estos niños jugando.

—Con el calor que hace, cualquiera concilia el sueño.

Por un instante pareció que lo habían perdido. Rastrearon con la mirada los alrededores. Laura señaló hacia un edificio que se sostenía

a duras penas tras el paso de los años.

Se situaron en un rincón oscuro y desde allí escucharon el eco producido por los tres golpes enérgicos que el doctor Faraz dio con los nudillos contra la puerta. Observaron cómo esta se abría y se cerraba a la espalda del visitante. Estudiaron el edificio. Era igual que los demás. No había nada especial o que indicara en el exterior que tuviera una función determinada.

Un *autorickshaw* dobló la esquina, frenó y el conductor se bajó. El hombre abrió el depósito y comenzó a vaciar una botella de gasolina adulterada en el interior.

—Laura, vamos a dividirnos. Tú te vuelves al hotel e inspeccionas su habitación.

—Me parece buena idea —dijo ella, levantando la mano hacia el conductor para llamar su atención antes de que arrancara—. Nos vemos luego.

—¿Dónde te alojas? —preguntó David a su espalda.

—En el mismo hotel —contestó Laura, y girándose hacia David, añadió—: Habitación 668.

—Nos vemos más tarde —dijo él con voz queda.

Laura le dedicó una sonrisa cariñosa.

—Lleva cuidado.

David asintió y la vio partir en el ruidoso *autorickshaw*, cuyo tubo de escape desprendía bocanadas de humo negro y espeso.

Mientras se oían con claridad los acelerones del vehículo, David se aproximó a la puerta y la golpeó con los nudillos tres veces imitando la llamada anterior.

La puerta se abrió. Un hombre gigante, de más de dos metros de altura, con barba muy negra y pelo trenzado que le llegaba hasta la cintura, le rogó que entrara tras juntar las palmas de las manos a la altura del pecho. Por un instante, le recordó al actor Kabir Bedi cuando, en su juventud, representaba a Sandokán, pero sin el turbante.

David franqueó la entrada y accedió a un largo pasillo abovedado. Tras cerrar la puerta, el hombre avanzó delante de él con los pies desnudos, dando pasitos cortos. David lo siguió.

Conforme se adentraban parecía que el suelo se inclinara hacia abajo, como si estuvieran descendiendo por una rampa. Aquel extraño personaje no le mostró atención alguna. Parecía que fuera lo más normal del mundo dirigirlo por el edificio sin hacer preguntas sobre quién era, qué quería o a quién buscaba.

Caminaron varios metros más hasta entrar en una sala que tenía todo el aspecto de ser un templo hindú. Era algo extraño, ya que se construían para que el público accediera, no de aquel modo, dentro del interior de un edificio.

Había personas ataviadas con túnicas sentadas sobre esterillas en el suelo fumando con *chillums*, pipas de cerámica. El olor dulzón de la droga era muy fuerte. La atmósfera comenzaba a ser asfixiante.

Hacía mucha humedad y, aparte del hachís, olía a una mezcla de incienso y de cera quemada. La única iluminación procedía de las velas que colgaban sobre las paredes y de los candiles, dando al lugar una apariencia fantasmagórica.

David intentó concentrarse en qué era aquello. A veces se oían gemidos e, incluso, algún grito lejano. Por un instante pensó que lo más prudente sería volver al exterior y esperar a que el doctor Faraz saliera de aquel lugar consagrado a la degradación del ser humano.

Cuando dio un paso hacia atrás, el gigante, sin decir nada, de nuevo le hizo un ademán indicándole que lo siguiera, sacudiendo la cabeza para hacerle entender que tenía que seguir adelante.

Curioso, David obedeció. Franquearon un arco y el gigante tuvo que agachar la cabeza. Se internaron en otro pasillo, también oscuro.

Entraron en una sala parcialmente iluminada por la luz de las velas. El hombre le indicó con el brazo extendido que tomara asiento sobre una manta en el suelo. David se sentó con las piernas cruzadas y la espalda erguida. No era consciente del efecto que estaba teniendo en él la droga que impregnaba el aire: se sumergía en la semiinconsciencia.

Un santón hindú apareció de entre la oscuridad. Iba vestido con una túnica de cáñamo. Tenía la cabeza rapada y una doble línea roja vertical pintada en la frente y otra de amarillo mostaza, el llamado *tilaka*, la señal de Shiva y el tridente de Visnú, de la tradición vaishnavita hindú. Dejó a los pies de David una bandeja con una taza de té y luego se marchó.

Por un tiempo permaneció quieto y sin oír nada. Decidió oler el té. No notó nada raro. Dejó la taza en el suelo. Se escuchó desde algún lugar el tintineo de campanillas y el comienzo de los sermones hindúes.

David se sentía cansado y con la garganta seca de tanto respirar aquel incienso y el aire cargado. Se llevó la taza a los labios y tomó un sorbo. De nuevo, no detectó nada extraño. Era un brebaje dulzón como el que preparaban en la calle con el hornillo local de gas. Terminó la taza y la dejó en el suelo.

Todo quedó de nuevo en silencio. Nadie aparecía. Decidió levantarse e irse de aquella sala. ¿Dónde se encontraría el iraní?, se preguntaba. Pero se sintió cansado y decidió quedarse donde estaba.

De repente, empezó a tener una sensación de agotamiento. Los parpados se le cerraban. Hizo amago de levantarse, pero cayó al suelo. Era como sentirse arrastrado hacia alta mar por corrientes demasiado fuertes como para enfrentarlas. Estaba paralizado. Hizo el esfuerzo de

abrir los ojos, pero no podía. Los párpados le pesaban, se cerraban. Quedó sumido en la oscuridad.

David sucumbió en un abismo de pesadillas y visiones de su pasado. Y ahí, en la oscuridad, sintió que su mente se abría de pronto como lo hubiera hecho una trampilla en el suelo.

Se vio herido, con la camisa ensangrentada, subiendo peldaño a peldaño las escaleras de emergencia en el hotel Taj Mahal Palace de Bombay mientras escuchaba el fuerte eco de ruidos, golpes y disparos. Casi podía oír su corazón bombeando sangre. El horror trepó por su piel. Tomó aire e intentó reunir la fuerza necesaria en brazos y piernas para seguir subiendo.

Recuerdos de su vida le vinieron a la cabeza. Se veía subir las escaleras de otro edificio, en Madrid, en la localidad de Leganés. Por delante de él iba un grupo de élite de la policía. Le había advertido al superior de que algo raro sucedía dentro del apartamento donde supuestamente estaban escondidos los terroristas musulmanes que habían provocado la mayor matanza terrorista en Europa, el 11-M. Pero no hizo caso a sus advertencias y, siguiendo órdenes, dio el visto bueno para asaltar la vivienda. Lo que siguió fue una fuerte detonación, pues los islamistas se inmolaron en el interior y mataron con la deflagración a su hermano mayor, el policía que iba delante y estaba a punto de entrar en el apartamento.

Las imágenes mostraron hechos más recientes. Por fin, con un subidón de adrenalina que le encogió el corazón, alcanzó los últimos escalones de aquellas escaleras destinadas a los empleados del hotel. Respiraba tan fuerte que sentía náuseas. Por unos instantes, pensó que no lo conseguiría. Estaba mareado. Se mantuvo de pie frente a la puerta, empujó y salió. Cruzó como pudo el pasillo y se dejó caer contra la puerta del restaurante, que permanecía abierta.

Hacía unos minutos había dejado ahí a Cristina, su mujer, junto con los aterrados huéspedes que habían escuchado las explosiones y disparos con sorpresa e incredulidad.

David quería despertar, salir de aquella pesadilla. La tensión de las últimas horas, el cansancio acumulado y la falta de sueño se le subieron a la cabeza y lo aturdieron por completo. Era consciente de que la mente le estaba jugando una mala pasada. «Me han drogado», se dijo.

Hizo lo posible por no caer al abismo. Trató de rehacerse, pero no podía. Hizo lo posible por evocar algún recuerdo agradable. Tampoco. Inspiró hondo y expulso muy despacio el aire contenido en los pulmones antes de dejarse arrastrar. Pero no lo consiguió. Los trágicos recuerdos lo inundaron de nuevo.

En el restaurante, vio un lago de sangre y cuerpos mutilados por el estallido de una granada. Había algunas personas agrupadas en un

lado del local. Daba la impresión de que habían sobrevivido a la explosión y abatidas después. Habían sido ejecutadas a sangre fría, una a una.

David vio la figura tendida de Cristina, sus zapatos, el color de su pantalón. Ese mismo día le había confesado que estaba embarazada. Iban a tener a su primer hijo. Conforme se acercaba, las lágrimas surcaban su rostro. Un escalofrío se apoderó de él, como una sacudida eléctrica. «No. No. No», imploraba. Cayó sobre su cuerpo y vio el orificio negro en su cabeza. Acarició su rostro y la besó. «Perdóname. Perdóname».

De repente, otra sucesión de imágenes. Exterior. Cristina se reía mientras él grababa con su móvil la frenética actividad de alrededor; vendedores locales, turistas extranjeros e indios.

—Déjame sacarte una foto con el móvil —dijo él—. Aquí, con el edificio del hotel detrás.

Muchos indios se colaban en la imagen. David se mostraba algo incómodo. Estaban en la bulliciosa Puerta de la India, frente al hotel Taj Mahal Palace. El sonido de las bocinas de los vehículos, de los cuervos y las palomas y las voces era tan ensordecedor que hacían casi inaudibles las palabras de Cristina.

—Esto es caóticamente maravilloso. ¡Venga, sonríe, David!

La brisa marina revoloteaba su pelo liso. Ella le sonreía con cariño al tiempo que le tendía la mano.

Entonces sintió que despertaba, que salía de aquella situación. Escuchaba voces de niños en idioma bengalí. «¿Dónde me encuentro?», se preguntó haciendo lo posible por abrir los ojos. Reconoció el griterío. Eran los jóvenes que jugaban frente al edificio.

Alguien lo había llevado al exterior y lo había dejado tirado en el parque. Intentó incorporarse y recibió un golpe con una tabla en la espalda. Los críos se abalanzaron sobre él.

Aturdido por la violencia, David intentó quitarse de encima a los que se aprovechaban de su debilidad para robarle.

Una mano intentó arrebatarle el teléfono móvil de un bolsillo del pantalón. David le aferró la muñeca y el pequeño, asustado, desistió del hurto. Se quitó el reloj de pulsera y lo tiró lo más lejos que pudo. Uno de ellos lo recogió de inmediato y salió corriendo, perseguido por el resto de la manada.

La horda de críos se dispersó lanzando aullidos. El que iba por delante gritaba eufórico con el brazo levantado, mostrando el reloj que había obtenido. Entonces fue cuando David pudo recuperar el control de sus fuerzas y ponerse de pie.

20

Estaba atado a una silla.

Al límite de su resistencia.

Le habían azotado los pies durante horas, lo habían arrojado de una pared a otra como si fuera un saco y le habían pegado puñetazos por todas partes. Tenía algunas costillas rotas, el hombro dislocado, los dientes rotos, las cejas abiertas y los ojos como si hubiera aguantado varios asaltos en un *ring* con un boxeador profesional de la categoría de los pesos pesados.

Creía tener capacidades que en verdad no tenía, creía que el dolor de la tortura se podía aguantar. Pálido, tembloroso y sudoroso, era evidente que no podía aguantar más.

Una mano asió los cabellos de Lior para levantarle la cabeza. Otra mano le propinó un tremendo bofetón; luego, otro con el dorso, aún más fuerte, que lo empujó contra la pared y de ahí al suelo, donde le siguió un puntapié en pleno estómago y otro en la entrepierna.

Hacía tiempo que notaba el sabor de la sangre. Con la lengua advirtió que tenía varios dientes partidos; además, le habían sacado una muela con unas tenazas. El dolor era terrorífico.

Le habían roto el dedo corazón de una mano y, luego, el otro. Más tarde, un pulgar. Lior se había convertido en un gruñido de dolor.

Aunque quisiera, no tenía aire para pronunciar palabra alguna. Los golpes en el estómago lo habían dejado demasiado dolorido para hablar. Solo podía ser el juguete de aquellos guardias.

Agitó los brazos, pidiéndoles clemencia. Iba a hablar. Los guardias lo soltaron y retrocedieron. Lior tomó aire y se humedeció la boca con saliva. Quería hablar, pero sintió la garganta obstruida.

Los guardias lo agarraron y lo tiraron sobre la cama. Lo ataron. Su cara estaba sudorosa, respiraba con dificultad, el agotamiento se notaba en las manchas que habían aparecido alrededor de sus ojos. El pelo estaba sucio y desordenado, los labios rotos. No se había lavado desde que la tortura había comenzado y su pantalón olía a heces y orina.

El dolor se había instalado en su cerebro. «Nadie es inmune a los efectos de la tortura». «Se pueden hacer cosas en el cuerpo humano que romperían a cualquiera». Cuántas veces él mismo había pronunciado estos argumentos durante sus clases en Israel. Él, que

creía tener todas las habilidades para sobrevivir.

El inspector lo observaba como si estuviera entendiendo lo que le rondaba por la cabeza. Estaba de pie, flanqueado por los guardias que habían estado golpeando al prisionero con latigazos. Se inclinó sobre Lior, dominándolo con su rostro.

—Durante horas hemos hecho juntos un viaje —dijo, mirándolo de frente, pronunciando las palabras muy despacio, con tranquilidad—. Nos encontramos acercándonos a nuestro destino. Ya ha resistido usted lo suficiente. Hable y podrá descansar.

Lo habían vencido. Necesitaba hablar para quitarse el dolor. Ese era el único remedio, desprenderse del dolor. Esto era lo más importante.

—Mi nombre es… Mi nombre es Lior Alon. Soy jefe de la sección de Irán. Soy un espía israelí. —Manteniendo una mirada implacable sobre su interrogador, le salieron las palabras casi sin pensarlas. Una vez hecho, lo invadió una especie de libertad desenfrenada hasta entonces nunca experimentada.

El investigador no se inmutó al escuchar sus palabras.

—¿Ve usted? Ya está hecho. ¿Tan difícil era? Ahora podrá disfrutar de un café y un gran pastel de zanahoria. —Hizo un movimiento con la cabeza a un guardia y le dio la orden en parsi.

Lior estaba rendido, no podía soportar nada más. Por la expresión del iraní, supuso que pocas cosas que le dijera él no las sabría ya; así pues, qué más daba decirle todo lo que él quisiera escuchar. Si ya lo sabía todo de él, no tenía sentido alguno seguir sufriendo.

—¿Quién asesinó al mulá Tabrizi? —le espetó en la cara.

En aquel momento, Lior no pensaba en nada más que salvarse del dolor. Los guardias se le aproximaron y le desataron las muñecas y las piernas. El pecho comenzó a moverse frenéticamente y el aire entró en su cuerpo.

—Laura García —respondió con los ojos desorbitados y añadió murmurando—: Perdóname, Laura.

Aunque lo habían vencido, había sido tan sencillo pronunciar aquellas dos palabras que hasta él mismo se sorprendió.

El investigador bajó la vista de nuevo hacia su cara contrita.

—¿Israelí?

Lior tragó saliva con dificultad y negó con la cabeza.

—No, no es israelí. Es… es española —contestó en voz tan baja que él otro tuvo que inclinarse hacia su rostro para poder oírlo.

El investigador hizo un chasquido con los dedos hacia los guardias. Enseguida, uno de ellos se acercó con un vaso de agua.

Lior sujetó el vaso con las dos manos, pero temblaba tanto que parte le salpicó encima. Los labios los tenía hinchados y con sangre.

El agente israelí había acabado siendo víctima de lo que él mismo

había impartido clases teóricas, las técnicas coercitivas psicológicas: quebrar toda la voluntad de un prisionero de resistirse a las preguntas de los interrogadores.

Mientras un guardia aplicaba sobre su cabeza una toalla mojada para aliviarle el dolor, oyó el zumbido de su propia voz instruyendo a los agentes secretos: «¿Cómo se puede definir un dolor y un sufrimiento grave? ¿Cuál es la diferencia entre ambos? Y ¿cómo se puede establecer una diferencia entre un dolor intolerable, moderado, grave, importante, leve, intenso, insoportable, extremado, extremadamente grave o atroz? El efecto de la tortura, cualesquiera que sean los medios por los que se practica, es físico y psicológico porque su objetivo común es la desintegración de la personalidad. Hoy os voy a exponer los métodos psicológicos más comunes empleados durante los interrogatorios: privación del sueño, aislamiento, humillaciones sexuales y culturales, amenazas y fobias para inducir el miedo a morir o a ser herido, técnicas como la desnudez forzada, la exposición a temperaturas glaciales, la privación de la luz, etc.».

Todas las lealtades que había sentido como un honor arraigado en su persona, todo lo que representaba, se lo habían arrancado a la fuerza. Había usado todos los trucos que conocía. No tenía más defensa. Era consciente de que, una vez delatado un nombre, los muros se vendrían abajo. Él mismo se lo había hecho saber a sus alumnos.

Vergüenza, deshonra, fracaso. En toda su vida no había experimentado humillación igual ni una sensación de derrota tan dolorosa.

Se contentaba con saber que había aguantado todo lo que le había sido posible y ninguno de sus compañeros estaría en Irán. También a Laura le habría dado tiempo salir del país. Le reconfortaba saber que, una vez que supieran de su desaparición y dieran por sentado que había sido detenido, todo colaborador en Irán habría desaparecido sin dejar rastro y los pisos francos se habrían llenado de gente local para imposibilitar la toma de huellas. En un futuro próximo se crearía otra nueva red clandestina.

Pronto lo harían descender por la pendiente. Pronto le infligirían tal dolor que acabaría diciendo todo lo que quisieran. Pronto, muy pronto, moriría.

PARTE TRES

EL SUSURRO DE LA MUERTE

21

Laura entró en el hotel. Después de que observara a toda la gente en el vestíbulo y de que nada ni nadie la alertara de un peligro, se dirigió hacia la zona de los ascensores.

En ese momento salía en tropel un grupo de turistas alemanes que se iban a cenar y a recorrer la ciudad por la noche; llevaban mochilas a la espalda, algunos, cámaras profesionales colgadas alrededor del cuello y botellas de agua mineral en la mano. Uno de ellos mostraba a todos una página en su guía de Lonely Planet.

Nada más verlos aparecer, el guía indio que los estaba esperando en el vestíbulo corrió hacia ellos con una alegría inusitada, pronunciando un cursi y repetitivo «*Namesté*» con las palmas de las manos juntas a la altura del pecho. La propina que esperaba obtener al final del *tour* lo motivaba cada vez más.

Cuando dejaron el ascensor vacío, Laura entró, presionó el botón de la planta y, acto seguido, el de cerrar la puerta, impaciente.

Mientras ascendía, se concedió una pequeña sonrisa complaciente en el espejo, admirando su figura atlética. Su profesión nada tenía que ver con lo que representaban las películas de espionaje y acción o las novelas de suspense y misterio. Su oficio ofrecía otro tipo de sutilezas. Ella lo consideraba como una adicción al juego, donde tenías que mantenerte alerta física y mentalmente; de lo contrario, perdías. Un juego para adultos no exento de peligro, pero, al mismo tiempo, y ahí estaba lo interesante, excitante y divertido. Antes de que la puerta se abriera, volvió a lanzar una sonrisa a la figura que tenía enfrente.

Caminó sobre el suelo alfombrado hacia la habitación 408. Sacó de un bolsillo su monedero y extrajo una llave maestra electrónica, la pasó con rapidez por la rendija. Se encendió la luz tras un pitido y se escuchó el clic de apertura.

Decidió renunciar a toda búsqueda apresurada. Era conveniente que cuando volviera el doctor Faraz se encontrara todo como lo había dejado antes. Sin tocar nada, tomó nota de la disposición general de los muebles y de las cosas que había por la habitación. Una vez escaneada con su memoria fotográfica, comenzó a inspeccionar.

Abrió cajones, armarios y verificó a conciencia el interior de los bolsillos en camisas y pantalones. Nada. Con ayuda de una pequeña aguja que tenía en el monedero forzó la cerradura de una maleta de

viaje apoyada en la pared. Se oyó un «clac» y se abrió. Revisó el interior. En el bolsillo lateral había un cuaderno, lo sacó.

Contenía páginas repletas de diversos símbolos cuyos significados desconocía. Con el teléfono móvil comenzó a tomar fotografías de todo.

Aparecían también signos que dedujo que se utilizaban en química para designar los elementos de la tabla periódica del químico ruso Dmitri Mendeléyev. Había nombres escritos en los laterales, muchos dibujos y notas.

Cuando terminó, lo seleccionó todo y se lo envió a Varun Grover en el Cervantes. En ese mismo instante, él lo recibiría en Madrid y comenzaría a descifrar aquel galimatías de notas.

Lo dejó todo como lo había encontrado. Sabiendo que disponía de poco tiempo, volvió a registrar las mesillas de la habitación, buscando huecos falsos y los fondos de otros cajones del armario. Nada. Era el momento de ir a la caja de seguridad, «la guindilla del pastel», como a ella le gustaba decir.

Abrió el ropero, sacó el teléfono móvil y, tras seleccionar una aplicación, escaneó el sistema de apertura digital. Enseguida saltaron los números secretos, los bulones se metieron en el grueso espesor de la puerta y esta se abrió.

En el interior encontró un pasaporte iraní y varios billetes de dólares americanos. Había también un *pen drive*. Sacó de nuevo su monedero del bolsillo y extrajo un pequeño adaptador USB, lo conectó al teléfono móvil e insertó la memoria extraíble. Toda la información se enviaba en tiempo real al ordenador de Varun Grover en el Cervantes. Cuando terminó, lo desconectó y volvió a poner todo en su sitio.

Era momento de marcharse.

22

David atravesó la plaza en diagonal y se adentró en una calle. Caminaba lo más rápido posible. Temía que alguien pudiera aprovechar su lamentable estado para matarlo.

A medida que progresaba, el asfalto iba desapareciendo, reventado por malas hierbas y el descuido. Los muros de los edificios estaban veteados debido a humedad.

No había nadie alrededor. «¿Dónde estoy?», se preguntaba.

Doblo la calle trasversal y caminó aún más en una profunda oscuridad. Las fachadas revelaban la falta de medios de los propietarios y el daño causado por el paso de los años. Había penetrado por descuido en un arrabal siniestro y oscuro.

Escuchó angustiosos sonidos de respiración. Parecían quejas. Luego, una serie de campañillas. Por las zonas oscuras de las calles alguien se movía a su alrededor y daba la impresión de que lo estaba acechando.

Un ruido resonó justo a su espalda. Se dio la vuelta. Una sombra salió de la oscuridad cubierta por una sabana desteñida y deshilachada. Le extendió el brazo. David vio que no tenía mano, era solo un muñón.

Enseguida se dio cuenta de que se había metido en una zona de leprosos. Considerados por los hindúes como impuros, los habían desplazado de la sociedad a vivir en zonas periféricas de la ciudad, lejos del centro urbano y cerca del río, donde culminarían sus días siendo cremados.

Otra sombra salió de la oscuridad y mostró su rostro, destruido por cráteres de carne; los ojos no tenían pupilas, eran manchas blancas. Una muchedumbre apareció arrastrando los pies y gimiendo.

Los desgraciados creían que el misterioso visitante era empleado de alguna organización que les repartía medicinas o alimentos. En el mundo de la extrema pobreza de Calcuta, los leprosos eran «los más indeseados». La situación social de quien padecía esta enfermedad era terrible: al ser diagnosticado de lepra, era expulsado del domicilio porque el estigma era muy humillante para el resto de sus familiares.

Ahora los hacinaban en arrabales, pero hasta hacía pocos años eran repudiados del resto de la población, abandonados a su suerte e, incluso, en muchas ocasiones debían llevar campanillas colgadas en

sus ropas para advertir a los sanos de su presencia.

David se encontraba rodeado por aquellos seres infelices pidiéndole limosna, sus ropas, sus zapatos. Se pegó a la pared para no caer por los empujones que le daban. Tuvo que emplear los codos para abrirse paso y salir de aquella masa que amenazaba con aplastarlo. Buscó en sus bolsillos, aún le quedaba algunas monedas.

Lanzó las rupias al suelo. Los miserables leprosos, viejos y pordioseros, se tiraron unos sobre los otros buscando las monedas por los suelos. David salió a trompicones de aquel barrio tan deprisa como pudo adentrándose en la oscuridad de otra callejuela paralela mientras levantaba chorros de agua sucia de los charcos.

Sin aliento, llegó a una calle principal. Ahora escuchaba el sonido del tráfico y el ajetreo de los vehículos típicos de Calcuta a cualquier hora del día y de la noche.

Empapado de sudor, miró a su alrededor. Respiró y expiró hondo.

Estaba de nuevo en la ciudad.

23

Laura estaba sentada en la cama, apoyada en el cabecero con la almohada a su espalda, intentando encontrar alguna explicación a las notas y símbolos que había fotografiado en el cuaderno del doctor Faraz cuando alguien llamó a la puerta.

Al aproximarse, justo antes de que agarrara el pomo, se escuchó desde el otro lado:

—Soy yo, David.

Laura abrió y cerró la puerta tras él.

—¿Estás herido?

—Por suerte, no tengo nada roto —contestó con voz pastosa.

Le contó lo sucedido mientras tomaba asiento en un sofá y se descalzaba. Laura llamó al servicio de lavandería.

—Ahora mismo te metes en la ducha —ordenó ella—. Voy a la tienda de *souvenirs* de abajo, que abre las veinticuatro horas, te compro ibuprofeno o lo que tengan parecido y ropa limpia para pasar la noche.

—Sabía que cometía una imprudencia tomando el té —comentó, contrariado—. Aquí, en la India, nunca debe uno echarse nada en la boca que no haya sido identificado claramente.

Laura le lanzó una toalla blanca de algodón y se marchó de la habitación. En ese momento, un *housekeeping* tocaba al timbre. David abrió la puerta y le tendió la bolsa con su ropa. Le pidió que la tuviera de vuelta lo antes posible. El empleado le contestó que antes de las seis de la mañana la entregaría.

Cuando Laura volvió, él la esperaba con una toalla enrollada a la cintura y otra sobre los hombros.

—Toma —dijo tendiéndole una camiseta con las palabras estampadas *«I LOVE KOLKATA»* y un pantalón de lino con perneras anchas, muy común entre los turistas mochileros. David fingió una cara de disgusto. Ella se rio y continuó—: Esto es lo único que he visto de tu talla en la tienda. Por cierto, no había ibuprofeno.

El móvil de Laura sonó.

—Es Varun. Habrá averiguado algo.

Mientras contestaba la llamada, David fue al baño a cambiarse. Cuando volvió a entrar en la habitación, Laura estaba sentada en una silla hablando con Varun a través de videollamada, con el teléfono

móvil en horizontal sobre el escritorio.

—A la vista de lo que sabemos de Lior, está encerrado en un lugar desconocido. Muy probablemente, sometido a tortura. Por la información que conocemos acerca de las técnicas de interrogatorios de los iraníes, es muy probable que hable.

Laura se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho. No podía evitar mostrar su frustración.

—Lo dudo.

—Laura, aunque su valor sea indudable, tú sabes que hablará y acabará mencionando tu nombre y para quién trabajas. La mejor manera de actuar es asumirlo y estar protegido ante la reacción que podemos predecir.

—¿A qué te refieres?

—Laura, hay métodos y técnicas… —comentó con tono quejumbroso—. Pues que habrá consecuencias. Quien lo está interrogando es el hermano del doctor Faraz, a quien estáis siguiendo. A esta hora lo sabrá todo sobre ti. Por lo tanto, debes extremar las precauciones. No hay que subestimar a la agencia de inteligencia iraní. —David asintió mientras tomaba asiento en el borde de la cama —. Eh, David. Me alegro de verte —dijo Varun nada más verlo en la pantalla; después de observarlo con sus ojos de besugo, añadió entre risas—: Vas vestido muy *fashion*.

Él le dedicó una sonrisa indulgente.

—Muy agudo, Varun. Yo también me alegro de verte.

—Laura me lo ha contado. Espero que el dolor de cabeza se te pase pronto.

La conversación volvió a lo que había podido averiguar sobre lo que Laura encontró durante su registro.

—Estoy intentando descifrar tan deprisa como me es posible el significado de todos esos nombres y series de anotaciones. Pero las fotografías que había en el *pen drive* que encontraste son significativas. Son retratos de rostros de gente corriente.

—¿Y qué ves en eso de significativo? —preguntó Laura.

—Parece como si estuviera estudiando rasgos.

—¿Más bien sistemas óseos? —terció David—. ¿Cráneos?

—Sí, parece que puede ser ese el objetivo. Son personas corrientes, las que te encuentras en las calles de la India y a las que poca atención les prestas. Niños, ancianos, vagabundos, locos, mendigos, vendedores ambulantes… Es decir, lo que yo interpreto es que no busca compasión ni piedad en esas miradas humanas.

—¿Repugnancia? —se atrevió a decir Laura.

—Exactamente. Parece buscar detalles miserables en las personas.

Varun compartió con ellos en la pantalla varias imágenes. Les mostró detalles con el cursor, imperfecciones y anomalías que el

fotógrafo habría intentado captar. No existía estilización, prosiguió explicando, sino un evidente interés por captar realismo y precisión.

El doctor Faraz parecía intentar buscar rasgos inhumanos. Imperfectos. Así se podía apreciar conforme Varun mostraba imagen tras imagen, donde se repetía de forma sistemática el mismo patrón.

Sin embargo, Varun les dijo que lo más impactante era una serie de dibujos realizados con lápiz en los que se veía a dos modelos desnudos, un hombre y una mujer, abrazados, pero representados de una manera extraña. Los rostros estaban sombreados y los vientres no presentaban ombligo.

—Digamos que puede ser una visión artística. Pero, dinos, ¿has visto imágenes de muertos? —preguntó de nuevo Laura.

Aquello era lo que más impacto le había causado. «Un horror no apto para ojos de niños», dijo. Les explicó que en el *pen drive* había un archivo con treinta fotografías muy explicitas realizadas en las piras funerarias. ¿Qué significaba todo aquello? ¿El iraní estaba realizando actos de magia negra o algún tipo de ritual satánico?

A continuación, les comentó que volvería a ponerse en contacto con ellos si conseguía averiguar el entramado de diagramas y símbolos que aparecía en el cuaderno encontrado por Laura.

Antes de finalizar la videollamada, Varun les advirtió que el doctor Faraz acababa de entrar en su habitación. Desde el Cervantes tenía jaqueado el sistema informático del hotel y podía, incluso, ver las imágenes captadas por sus cámaras de seguridad en tiempo real.

Laura se levantó y colgó la llamada.

—¿Qué habrá hecho con la calavera? ¿La dejaría en aquel edificio donde entró?

—Quizá convenga registrar su habitación dentro de unas horas.

Laura se llevó las manos a la cadera.

—¿Y si entramos en su habitación a la fuerza y lo interrogamos?

—Es una opción, pero no la más prudente. Igual es una persona tan desquiciada que no lo confesaría todo. Tendríamos que torturarlo durante mucho tiempo y llamaríamos la atención del personal de hotel.

—Lo secuestramos y nos lo llevamos a un lugar remoto donde interrogarlo.

—Eso lleva tiempo planearlo. Necesitaríamos gente, un vehículo y un sitio aislado.

—¿Y qué sugieres?

—Sugiero que lo mantengamos vigilado para que nos acabe dando a conocer qué está tramando aquí, en la India. Dónde, con quién y el motivo. Pero lo que no cabe duda es que nos encontramos frente a un hombre peligroso, una mente enferma.

—Terriblemente organizada y metódica.

—Debemos evitar que sea eficaz en la puesta en práctica de sus delirios.

—Lo que ya no cabe duda es que está utilizando la India como lugar para llevar a cabo sus demencias.

Laura se sentó en el reposabrazos del sofá. La conversación volvió al comportamiento que tuvo el doctor Faraz en aquel lugar rodeado de piras funerarias. Todo aquello parecía sumergirla en un abismo de perplejidad.

—Por la mañana mantendré la guardia en el *lobby* esperando a que salga.

—Hazlo —dijo David—. Tú le harás mañana el seguimiento. Yo revisaré esta vez su habitación.

Laura miró la hora en la pantalla del teléfono móvil.

—¿Mañana? Son las cuatro de la madrugada. Dentro de poco comenzará a amanecer.

David cogió del armario una almohada, una manta que dobló a modo de colchón y una sábana para cubrirse del frío del aire acondicionado.

—Entonces, sugiero que echamos una cabezada —dijo tumbándose en el suelo.

Laura apagó la luz.

—Que descanses —dijo dejándose caer sobre el colchón tal como estaba vestida.

—Que descanses tú también.

David tenía la cabeza pesada y las sienes le palpitaban con un dolor lacerante. Hizo unos ejercicios de respiración e intentó sucumbir al sueño.

Fuera comenzó a llover.

24

A primera hora de la mañana, Laura estaba sentada en un lugar apartado del vestíbulo pretendiendo que leía una revista. De vez en cuando levantaba la mirada y observaba a los huéspedes que salían y entraban de los ascensores.

Entonces, los acontecimientos, como el día anterior, se precipitaron de nuevo. El doctor Faraz salió del ascensor y se dirigió hacia la salida. Se subió en un coche que lo esperaba en las inmediaciones.

Ella buscó con la mirada un taxi del hotel, pero no había ninguno a la espera en el pórtico y esperar a que llegara uno le haría perder el contacto.

Oleadas de calor ascendían del suelo, empapado por el agua de la lluvia que había caído durante la madrugada. El asfalto sobrecalentado devolvía con toda su fuerza la radiación de un sol tapado por una espesa capa de polución que cubría la ciudad.

De forma imprudente, corrió por la calle, cruzó la calzada y se subió a un *autorickshaw*. Dio instrucciones al conductor de seguir al vehículo en el que se había subido el iraní. Una vez en marcha, sacó el móvil e informó a David que acababa de iniciar el seguimiento, la señal para que él pudiera ir a registrar la habitación.

David entró en el cuarto haciendo uso de la llave maestra de Laura. Echó un vistazo. Si el cráneo estaba guardado allí, lo tendría escondido en algún sitio lejos del acceso del servicio de limpieza.

Recordó la novela de Ruyard Kipling, *Kim*. En seguida fue consciente de que estaba siendo víctima de eyecciones mentales o *mind pops*, recuerdos aleatorios que surgen en la memoria de forma repentina e inesperada.

«El juego de Kim», pensó de inmediato. En la novela del autor británico, nacido en Bombay, el protagonista hindú es instruido como espía mediante un «juego» que consiste en valerse de ejercicios mnemotécnicos con el propósito de no olvidar ningún detalle de una escena o lugar que inspeccionara y donde tuviera que mover objetos, dejándolo todo tal cual se lo había encontrado.

Abrió el ropero, se agachó para mirar los fondos. Miró en la parte inferior de los muebles, en los cajones, debajo de la cama, del cochón, en el interior de los cajones. «La caja fuerte», pensó.

Laura le había dado el número. Tecleó la clave. Dentro estaba el pasaporte, dinero en efectivo y el *pen drive*. Nada más.

Caminó por la estancia observándolo todo. Entonces, se paró y se giró hacia atrás. «El cuarto de baño», se dijo a sí mismo.

Una vez dentro, hizo una primera observación de cómo estaba todo colocado para retenerlo en la memoria y dejarlo tal y como estaba. Pasó las manos por los azulejos de las paredes, buscando alguno que estuviera suelto. No encontró nada. Entonces, observó la bañera.

Había unos trozos pequeños de silicona pegados al borde del desagüe. Observó los bordes de la bañera, pero nada había sido raspado. Alzó la mirada y, entonces, se irguió.

Se subió en el borde y observó la rejilla de ventilación en el lado superior izquierdo. La quitó y metió la mano. Escrutó con los dedos el interior. Palpó algo. Era una caja de cartón. Extendió más el brazo y consiguió atraerla hacia él. Consiguió agarrarla y la sacó.

Se sentó sobre la taza del váter, colocó la caja en sus rodillas y la abrió. Ahí estaba el cráneo infantil. Le faltaba la mandíbula inferior, desencajada por la fundición del cartílago. Había sido limpiado con minuciosidad. También daba la impresión de que le hubieran aplicado algún tipo de tratamiento, como un barniz especial. Palpó el cráneo pasando la mano. Sintió que había sido rellenado con algo. Miró en la cavidad cervical. Parecía que había un hueco en el que habían introducido algo.

Agitó un poco el cráneo y cayó a sus pies una tarjeta SIM y un puñado de pelusa. Dejó el cráneo dentro de la caja y esta en un lateral del suelo y cogió la tarjeta. Sacó su teléfono móvil y la insertó.

Tocó la pantalla táctil y surgió una carpeta. Cliqueó y se mostró una fotografía que lo hizo tambalearse por un instante debido a la conmoción. En ella aparecían Laura y él.

Eso no era todo. No solo constituía una prueba de que el doctor Faraz había detectado que lo seguían, sino que reconoció que la pelusa caída en el azulejo del baño era un mechón de su pelo. Tocó los trozos de cabello con las yemas de los dedos. Sin duda, se los arrancaron la noche anterior cuando estaba bajo los efectos de la droga. Tiró al suelo el mechón y se puso de pie.

«¿Qué significa todo esto?». Se apoyó en el lavabo y se miró al espejo. ¿El doctor Faraz lo había conducido premeditadamente hasta ahí?, se preguntó escrutando su reflejo en el cristal. «Sabía que lo teníamos bajo vigilancia».

Trató de calmarse, rociándose el rostro con agua del grifo. «Laura». Ella corría peligro. El doctor Faraz la estaría atrayendo hasta un lugar donde infligirle daño.

Salió corriendo de la habitación.

25

Una vez en el pórtico del hotel, se dirigió a la zona de taxis donde los conductores esperaban a ser llamados. David se acercó a uno de ellos. Le hizo una breve descripción de Laura y preguntó si la había visto, probablemente cogiendo un taxi a toda prisa, como si estuviera siguiendo a alguien o con urgencia por llegar a algún sitio.

El conductor simuló sorprenderse y comenzó a hacerse el remolón. Le sermoneó sobre la obligación de discreción que los conductores que trabajaban fijos en el hotel mantenían sobre las idas y venidas de los huéspedes extranjeros.

David necesitó cincuenta rupias para obtener toda la información: la señora se había marchado corriendo sin atender las llamadas que un compañero suyo le gritaba a la espalda para que subiera a su coche. Ella no hizo caso porque parecía tener mucha prisa. Cruzó la carretera y se subió en un *autorickshaw*.

El hombre señaló una fila de estos vehículos parados junto a la acera, fuera del recinto del hotel.

—Aquel es el conductor —dijo alargando el brazo—. Ese que está leyendo el periódico apoyado en su auto. Él le podrá decir a dónde la llevó.

David fue corriendo y, tras esquivar el tráfico, llegó al otro lado de la carretera.

—Sí, señor, hace nada que he vuelto —contestó el conductor ante la pregunta.

—Pues me llevas a esa dirección. ¡Rápido! —ordenó David tomando asiento en el interior del *autorickshaw*.

El trayecto no fue largo. Llegaron a un barrio de estilo colonial. Avanzaron por calles de edificios recién revocados y con jardines privados. Al doblar una esquina, el conductor aminoró la velocidad hasta que se detuvo del todo junto a la acera.

—Ahí, señor —dijo señalando unos altos muros que formaban una pantalla protectora de un extraño edificio.

David le pagó y el *autorickshaw* desapareció por donde llegó.

Alzó la vista. El muro recorría, como un enorme cinturón, todo el perímetro. Se puso a buscar la entrada.

Vio por fin el acceso principal. Tenía un aire de fortaleza. No había timbre. Siguió caminando alrededor del muro.

Encontró una entrada de servicio cerrada por dentro, pero solo con un cerrojo simple y fácil de abrir. Miró alrededor. No había cámaras de seguridad. Nadie lo veía desde donde estaba situado. Además, la calle era muy poco transitada y muy estrecha.

Esperó a que un vehículo pasara por la carretera y, entonces, abrió la puerta, se coló por ella y volvió a cerrarla.

A primera vista, el edificio estaba situado al final de un jardín tupido de árboles plantados apretadamente en todas partes: parecía que los habían colocado así con la intención de tapar aquella casa siniestra.

Al acercarse, vio figuras grabadas en los muros: monstruos, demonios, elementos repulsivos. Entonces se dio cuenta de que aquella edificación excéntrica no era un edificio o vivienda normal, sino una especie de lugar de culto, un extraño templo privado, abandonado y con muchos años de antigüedad.

Empujó la puerta y se sintió dominado por un vértigo inexplicable. Consiguió sobreponerse a aquella sensación de angustia y accedió al interior.

Caminó unos pasos y observó a su alrededor. La decoración era austera. El suelo era de mármol, como un templo hindú corriente abierto al público de la calle. Olía muy fuerte a incienso y a cera. Comenzó a sentirse aturdido, hasta el punto de creer que perdía la estabilidad. Se apoyó en la pared. Levantó la mirada.

Entonces, pensó que aquel lugar era una especia de mausoleo. Percibió una figura en lo alto de la pared que tenía enfrente. Dio unos pasos hacia adelante para ver qué era.

Una representación enorme de la diosa Durga lo miraba a lo ojos. Un sudor helado le cubrió el cuerpo. Escuchó un sonido en la penumbra que lo puso en alerta. Tensó los músculos de la espalda, pero su capacidad de reacción se vio limitada, no pudo parar el golpe.

Resignado, permaneció tumbado en el suelo. Sintió a una persona caminar cerca de él. Desde la posición en la que se encontraba vio, pero no con claridad, a un hombre con turbante negro, alto y esbelto.

Entonces, su agresor sacó un cuchillo del cinto con parsimonia. La larga hoja estaba ligeramente curvada. El hombre levantó el arma, echó el brazo hacia atrás para descargarlo contra el cuerpo tendido de David, que vio la hoja alzada dispuesta a caer sobre él.

26

David Ribas llenó los pulmones con el aire saturado de aquel lugar, una mistura de medicamentos con incienso y cera consumida por el fuego. Oyó resoplar al hombre justo cuando se proponía descargar el cuchillo contra él, pero se lanzó hacia un lado y de un brinco se puso de pie esquivando la hoja.

El hombre lanzó otro ataque, este dirigido contra su garganta, pero David lo rechazó, provocando su furia. Se notaba que era experto en el manejo de cuchillos; sus movimientos eran rápidos y atacaba los puntos críticos del cuerpo.

Se abalanzó de nuevo realizando un ataque en semicírculo destinado a rajarle el vientre, pero David saltó hacia atrás. Su agresor tenía un brillo malévolo, amarillento, como si hubiera ingerido alguna sustancia tóxica.

Experto en peleas cuerpo a cuerpo, David intuyó que su contrincante confiaba en la malicia animal y en la fuerza más que en la inteligencia para matarlo. Por eso decidió tomar la iniciativa. Pillándolo desprevenido, en posición de ataque, dio una serie de pasos hacia adelante y desequilibró al hombre, que alzó el brazo para descargar con toda su fuerza el cuchillo sobre él.

Enorme error, porque David aprovechó aquel torpe movimiento para golpearlo con el puño derecho en las costillas y la barbilla y, al final, en los riñones con el canto de la mano.

Y, en el instante en el que el hombre se inclinaba, David aprovechó el movimiento para agarrarle la muñeca e invertir la dirección de la hoja de manera que apuntara a su caja torácica. Su adversario se desistía, pero David dio un paso hacia adelante para ejecutar una última embestida: presionando sobre el antebrazo del hombre, dirigió el cuchillo hacia dentro y encontró el corazón.

Lo empujó hacia adelante, de espaldas contra la pared, y el cuerpo fue cayendo lentamente al suelo.

David se recompuso. Tenía que admitir que el primer golpe lo había cogido por sorpresa. El sitio estaba oscuro y mal ventilado. Un agrio olor a podrido, humedad y aceite permeaba la atmósfera. Le costaba sacar y meter el aire denso y tibio en los pulmones.

Una terrible sensación de vértigo y un sentimiento de preocupación por lo que hubiera sucedido a Laura se apoderaron de

él.

—¡Laura! —El grito repercutió, de eco en eco, por las paredes del interior de aquella misteriosa edificación.

Recorrió el siniestro lugar. Bajó por unas escaleras de piedra hacia lo que parecía un sótano donde se notaba cierto grado de frescor. La luz procedía de una bombilla amarilla protegida por unos barrotes retorcidos. Entonces vio una figura tendida en el suelo.

David corrió hacia allí. Era Laura, envuelta en una sábana agujereada. Lo primero que hizo fue levantarle la camisa e inspeccionar su cuerpo: no presentaba daños en el abdomen ni en la espalda. No daba la impresión de haber sido violentada o agredida.

Por un instante pensó que habían sustraído algún órgano de su cuerpo. El tráfico ilegal campaba a sus anchas. Durante su larga estancia en la India, él ya se había visto envuelto, en multitud de ocasiones, en operaciones contra diversos traficantes que cometían actos horribles, casi indescriptibles.

Le miró el pulso. Le levantó los párpados y observó las pupilas. Estaba drogada. Le dio unas palmadas en la mejilla.

—Laura, Laura. Despierta.

Le quitó la manta que la envolvía y que desprendía un olor espantoso.

—Nos vamos de aquí. Aguanta.

La levantó y con un impulso colocó su cuerpo sobre sus hombros. Caminando con rapidez pero con cuidado en no tropezar, consiguió subir del sótano a la planta superior.

Una vez en el exterior, con paso acelerado atravesó el jardín y salió por la puerta que había cruzado con anterioridad. Por fin estaban fuera de los muros.

David miró hacia todos los lados.

Mientras estaba en el edificio había llovido y las calles estaban llenas de agua. Era mediodía, pero parecía el atardecer. El cielo estaba cubierto por nubes densas y negras.

Analizaba cuál era el mejor modo de actuar. Tenía que ser rápido. Laura necesitaba ayuda. Debía llevarla a un hospital lo antes posible.

Entonces, de pronto, un autobús repleto de pasajeros pasó a mucha velocidad por la calle. Al no sortear un profundo bache, una mujer, que estaba de pie en la plataforma de la puerta, cayó de espaldas a la calzada.

Los pasajeros hicieron que el autobús se detuviera.

Un *autorickshaw* que circulaba por detrás giró para evitar la colisión; frenó con tan terrible chirrido sobre el mojado asfalto que patinó varios metros antes de quedar parado.

Se escucharon gritos. La gente corrió a socorrer a la mujer.

El conductor del *autorickshaw* saltó al asfalto y corrió, airado y

haciendo aspavientos, hacia la cabina del conductor para increparlo de manera agresiva. Este abrió la puerta y salió corriendo perseguido por unas cuantas personas que querían lincharlo por su descuidada conducción.

Mientras la gente estaba ocupada atendiendo a la mujer herida y dando caza al conductor, David puso a Laura en el asiento de atrás del *autorickshaw*, se sentó frente al volante, maniobró el vehículo en dirección contraria y salió a gran velocidad del lugar.

Laura comenzó a sufrir unos inquietantes dolores, cada vez más intensos.

—No me encuentro bien, David —dijo ella con una voz apagada, sin fuerzas—. Me siento como si estuviera muy enferma.

Con las manos sobre el volante, se giró hacia atrás para observarla. Puso la mirada de nuevo en la carretera mientras levantaba la mirada hacia el espejo retrovisor.

—¿Dónde te duele? —gritó para hacerse oír entre el ruido del tráfico.

Con mucho esfuerzo, ella se irguió hasta conseguir sentarse en el asiento.

—Desde aquí hasta la parte baja de la espalda —respondió a duras penas, tocándose primero la nuca y luego la espalda—. También siento irritación en el pecho.

Terriblemente preocupado por su salud, su voz sonó solemne.

—Te llevo al hospital Fortis. Allí te curarán. Es uno de los mejores.

Ella se inclinó hacia adelante.

—No, David. —Su voz sonó tajante.

Él no le hizo caso y continuó conduciendo hasta llegar a la entrada de emergencias.

—David, para —le ordenó Laura, esta vez con más determinación —. No quiero entrar en el hospital.

Él, a regañadientes, frenó en el borde de la calzada. Una ambulancia pasó a su lado. Un guardia de seguridad alzó la mano y les gritó a distancia que no podían permanecer ahí.

David volvió a arrancar. En la acera vio una silla de ruedas plegada. Paró el *autorickshaw* dejándolo al ralentí, cogió la silla y la metió en la parte destinada al equipaje. Volvió a arrancar y salió del recinto del hospital a gran velocidad.

—Eres cabezona, Laura —dijo mirándola un instante por el espejo retrovisor—. Puede que te hayan inyectado algo. Un tipo de droga.

—David, realizaron una especie de exorcismo.

—¿Qué? —preguntó, mirándola por encima del hombro, sobresaltado por lo que acaba de escuchar.

—Lo que oyes. Hicieron un tipo de ritual.

—¿Qué ritual? —Todo su cuerpo se puso en tensión.

—Como el de las películas antiguas de terror. Escuchaba rezos en palabras extrañas, como las que oímos en las cremaciones. Estuve somnolienta casi todo el tiempo. Cuando tú llegaste debieron de ponerme un pañuelo con cloroformo en la nariz para que perdiera el conocimiento.

—¿Viste al doctor Faraz?

—No conseguí ver a nadie. Todo eran sombras sobre mí. Recibí un golpe en la cabeza que me hizo caer, aturdida.

Llegaron a las inmediaciones del hotel.

Abandonaron el *autorickshaw* en las cercanías. David entró en el vestíbulo empujando a Laura en la silla de ruedas.

Subieron por el ascensor y entraron en la habitación. Cogió en brazos a Laura y la tumbó en la cama. Puso el aire acondicionado a una temperatura óptima.

Laura lo miró con ojos escrutadores, como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Me encuentro fatal, David —balbuceó—. Es como si una enfermedad me estuviera consumiendo por dentro. Cada vez me siento peor.

Él negó con la cabeza. Quiso suavizar el impacto de sus palabras.

—Encimas me dices esto cuando te llevaba a un hospital.

Sonó el sonido de una videollamada. Encima de la mesa estaba el portátil de Laura. Era Varun Grover. Al monitorizar las imágenes del interior del hotel, los había visto entrar con la silla de ruedas.

David pulsó el botón verde.

—¿Qué sucede?

—Laura está enferma. Parece ser víctima de algún tipo de droga. Se niega a ir al hospital. Ahora mismo voy a buscar ayuda.

—David, el doctor Faraz se dedica a realizar experimentos con rituales extraños. Habrá sometido a Laura a algún tipo de práctica hechicera.

—Tonterías —dijo sacando el teléfono móvil del bolsillo.

David llamó a Hassena y le contó lo sucedido. Asintió y colgó.

Cuando Laura volvió a hablar, su voz era grave.

—¿Crees en la magia negra?

—Algo sucede o no sucede.

—Pragmático.

—Racional, diría. Aunque no rechazaría nada ajeno a la razón si se constata su efectividad.

—¿Qué te ha dicho tu jefa? —preguntó Varun desde la pantalla.

—Que espere unos minutos. Va a mover sus contactos.

—Entonces debes admitir que alguien la ha hechizado —dijo él.

—¿Hechizado? Eso suena a cuento de brujas.

Laura intervino.

—David, ese hombre hizo un rito satánico delante de mis ojos.

Alguien tocó a la puerta.

David corrió a abrir. En el pasillo estaba el conductor de taxi con el que había estado hablando cuando salió a buscar a Laura. Entonces, comprendió que aquel hombre había estado todo el tiempo bajo las órdenes de Hassena, pendiente de ser de ayuda.

—Soy Kamal. Hassena me ha llamado —dijo entrando en la habitación—. Siento no haberlo llevado en mi coche, pero sabía que si le indicaba el conductor con el que su amiga se había marchado, llegaría antes.

Observó a Laura, que cada vez se encontraba más soñolienta.

—Tenemos que llevárnosla.

—¿A dónde?

—A un doctor especial.

—¿A un doctor especial? —repitió Varun por la pantalla con tono airado—. ¿Quieres decir a un curandero local?

Kamal se sorprendió al ser observado desde el ordenador.

—Ve abajo y espérame en el pórtico —le ordenó David.

Cuando el taxista se fue, David se acercó al portátil.

—Laura se pondrá bien, Varun. Te lo garantizo. Te mantendré informado.

Apagó la videollamada, cogió de nuevo a Laura, la sentó en la silla de ruedas y salió de la habitación a toda prisa hacia la zona de los ascensores.

27

Atravesaron el centro urbano. Con una sonrisita de inteligencia que le tensaba el rostro redondo, Kamal conducía con velocidad pero sumo cuidado, tocando el claxon y esquivando el tráfico a toda velocidad. En la parte de atrás, Laura estaba tumbada sobre el regazo de David, que le secaba el sudor.

—Uff, cómo está hoy el tráfico —dijo David tanto para él mismo como para animar al conductor.

—¿Cree usted en la magia? —se atrevió a preguntar Kamal mientras movía frenéticamente el volante al tiempo que cambiaba de marcha.

—Si tengo que admitir que la han hechizado para que se cure lo más rápido posible, entonces creo en la existencia de tal magia.

—Acaba usted de dar el primer paso en la curación de su amiga.

—¿Qué quieres decir?

—Ha admitido que está bajo los efectos de un hechizo. Y la señora que vamos a ver es quien le quitará el maleficio.

—¿Es una curandera o una doctora especialista?

Kamal soltó una carcajada.

—No, señor. Es una bruja.

Llegaron a un suburbio en la periferia de Calcuta. Todo era podredumbre. Kamal condujo su taxi por una carretera de tierra, pasaron ante un grupo de chabolas y entraron en una zona silvestre.

—Esa mujer ha visto cosas muy extrañas —comentó Kamal reduciendo la velocidad—. Ella cuidará a la señora.

Por caminos en mal estado, recorrieron más kilómetros, atravesaron un pueblo de casas bajas y tristes, donde parecía que nadie habitaba, y se adentraron por una pista llena de fango y salpicada de baches.

Frenó y estacionó a un lado. David miró por la ventana. A pocos metros había un templo hindú.

—Es nómada. Los habitantes le traen comida. No acepta dinero. Lleva aquí dos meses y ha tratado a mucha gente. Desaparece durante meses o años, sin dar ninguna explicación y luego vuelve otra vez —le explicó Kamal.

David sacó en brazos a Laura, que permanecía dormida.

Subieron por una loma rocosa sobre la que se alzaba el templo de

piedra gris oscuro. En la parte superior, una gran bandera triangular de color naranja hondeaba al aire.

Luego caminaron por los peldaños oscuros de piedra que llegaban hasta la entrada, donde había un porche de columnatas negras. Allí reinaba la oscuridad absoluta, amenazadora.

David avanzó por detrás de Kamal y observó mejor el siniestro lugar. Antes de cruzar el umbral, el conductor llamó en voz alta:

—¡Mataji!

Hubo silencio. Kamal hizo un gesto con la cabeza a David, indicándole que siguiera adelante.

David llevó a Laura en brazos al interior. Al cruzar el umbral, Kamal se quedó de pie al lado de la entrada. Entonces vieron que el lugar estaba iluminado por un *dhuni*, un fuego sagrado que permanecía encendido todo el tiempo, creando en el entorno un inhóspito claroscuro.

Adosada al muro del fondo había una enorme estatua. David sabía que representaba a Durga, una de las muchas manifestaciones de Mahadevi o la Gran Diosa madre de todo el universo. Pero aquella estatua enorme era diferente: tenía formas femeninas más marcadas, armoniosas y redondeadas que otras que había visto en Calcuta.

Percibió el eco de los pasos de alguien que se aproximaba. Miró hacia una galería estrecha, construida con piedras sin tallar. Lo primero que salió a la luz fue un brazo extendido.

—Déjala ahí —le ordenó una voz de mujer. El tono era duro, un tanto amenazante.

David dio un respingo y, explorando el manto de la oscuridad, vio a una mujer *sadhvi*; así eran llamadas las ascetas hindúes, la versión femenina de los *sadhus*.

Él puso a Laura con cuidado sobre una manta en el suelo. Luego observó a la mujer.

La intensa y profunda mirada de fuego de la *sadhvi* se clavó en la de David y así se mantuvieron un instante, sin apartar la vista uno del otro.

Ante su sorpresa, no parecía una bruja, como Kamal le había descrito. Era joven, tenía el pelo enmarañado y unas líneas de ceniza blanquecina pintadas sobre la frente. Cualquiera pensaría que era una actriz de Bollywood interpretando el papel de asceta. Tenía un físico definido, las espaldas anchas, la blusa la llevaba desabrochada hasta la altura de un pecho robusto, firme y alto, que se mantenía erguido sin necesidad de sostén. Desprendía sexualidad sin temor ninguno.

El temor lo tenían las personas que se mostraban ante ella porque semejaba la encarnación de una deidad. Y ella parecía encantada de representar ese papel.

—*Pranam* —dijo David como saludo de respeto juntando las

palmas de las manos; Kamal pronunció la misma palabra desde la distancia, pero con tono lacónico, clavando la mirada en el suelo, temeroso de aquella mujer.

Ella le sonrió. Se abotonó la blusa.

—Estaba realizando mis ejercicios. ¿Tú haces yoga?

David estaba acostumbrado a las conversaciones con los *sadhus*. Al comienzo, nunca iban directos a la cuestión, sino dando un rodeo. Lanzaban comentarios que no tenían nada que ver con la visita. Era una manera de analizar a las personas. Pero la sola presencia de aquella mujer irradiaba una energía que él, conocedor de la India, sus gentes y costumbres, supo que era autenticidad: no era un fraude. Tenía poderes difíciles de explicar para un occidental.

—No, la verdad —respondió con una voz tan tajante como la de ella—. Alguna postura y ejercicios de respiración. Pero no muy recurrente.

La mujer observó a Laura, se sentó a su lado y le tocó la frente.

—Pues te conviene, David. —Cuando él escuchó su propio nombre pegó un respingo y se puso en alerta. «¿Cómo sabe mi nombre?». Ella sonrió al notar su sorpresa—: Tienes que cuidarte la espalda. Haces mucho ejercicio físico. Entrenas artes marciales y musculación con Guru en su *akhara* de Bombay. Sencillos ejercicios como *Bhujangasana* y otras posturas que tú mismo elijas para hacer a diario te fortalecerán la columna vertebral y te estimularán los órganos abdominales —lo miró fijamente a los ojos—. ¿Me entiendes?

David pensó que había sido Hassena quien la habría puesto al corriente. Aun así, no quiso preguntar cómo tenía esa información. En lo relativo a su rutina, era muy cuidadoso debido a los intentos de asesinato que había sufrido en el pasado.

—Sí, sí —contestó con la cara pálida y con un nudo en el estómago; estiró el brazo señalando a Laura, dándole a entender que pusiera toda su atención en ella—. Mataji, necesito que cures a mi amiga. Ha sido víctima de algún tipo de droga.

Ella esbozó una sonrisa canónica, como si estuviera representando una imagen santa para edificación de sus fieles. Hablaba con lentitud, como si cada palabra fuera precisa.

—Los indios me llaman con respeto Mataji, pero en tu boca tal palabra me resulta artificial. Déjate de formalismos, David. Llámame por mi nombre real, Shibani.

Él observó a aquella mujer agraciada por una belleza que había renunciado a compartir y crear una familia para unirse al camino asceta hindú. El reflejo del fuego en sus ojos le decía que tenía poderes que la medicina y la ciencia no podría explicar.

—Necesito tu ayuda —dijo con firmeza.

David le explicó todos los pormenores sin omitir nada, excepto

para quién trabajaba Laura y que hacían siguiendo al doctor Faraz hasta las cremaciones. Le explicó que Laura le había dicho que había sido víctima de algún tipo de hechizo extraño, ya que estando seminconsciente había visto cómo ejecutaban una especie de ritual.

Tras escucharlo con atención, fue a un rincón y vertió agua de una jarra de cerámica en un vaso de cobre martillado.

David hizo una pequeña reverencia al tiempo que hacía un gesto con la mano.

—No debes rechazar el *arghya* —dijo Shibani.

Dar un vaso de agua solía ser, en la India, el más importante gesto de hospitalidad que se ofrece a un visitante. En actitud ceremoniosa, le dio dos tragos y dejó el vaso en un rincón.

Mientras, Shibani había comenzado a quitarle la camisa a Laura e inspeccionaba su cuerpo. Le habían salido purulencias en el cuello, los hombros y en el pecho.

—Hace poco no tenía esas heridas —comentó David. Las palabras casi se le atragantaron.

—Va a ir a más, hasta dañar los riñones y el corazón —explicó Shibani.

David masculló, por cortesía, unas palabras de asentimiento; sin embargo, de pronto un presentimiento le heló el corazón. Su rostro se ensombreció como si hubiera evocado una desgracia.

—Entonces…

—¿Entonces qué, David?

Él se mostró irritado ante su forma de actuar.

—¿¡Qué debemos hacer exactamente!? —David se esforzó en evitar el tono cortante en su voz, pero no lo consiguió.

—¡Matar el maleficio, sin duda! —contestó ella con tono más enfático. Y preguntó—: ¿Crees en la brujería, David?

—Siempre he creído que era una superstición de siglos pasados, ya superada. Creo en lo que veo y ahora mismo acepto los poderes que han hechizado a mi amiga sin tratar de saber más.

—La brujería es tan vieja como el mundo. Aunque pasen los años y la sociedad avance hacia la modernidad, nunca se eliminará la práctica.

—Estamos en una época en la que jamás pensaría que pudieran existir este tipo de supercherías.

—Entonces, vas a ayudarme —dijo ella con dureza.

David, desconcertado, levantó la vista y pasó la mirada por la sala de aquel extraño templo.

—Dime cómo, Shibani —respondió de inmediato.

Ella sonrió exagerando la satisfacción de haber escuchado su nombre en boca del extranjero.

—¿Hay algo que tú o ella hayáis tocado? Necesito conocer un

objeto…

David la interrumpió.

—El cráneo.

Shibani soltó un gruñido.

—¿El del niño que me has dicho que el doctor Faraz se llevó de las piras funerarias?

—Lo encontré escondido en su habitación del hotel.

Shibani cogió una tiza y dibujó alrededor del cuerpo tendido de Laura un diagrama místico, el mandala o círculo mágico. Luego colocó una serie de hojas sueltas llenas de notas, muestras de piedras de distinto color que David intuyó que serían minerales, muchas plantas secas y otros tantos objetos desconocidos. Arrodillada junto a ella, cerró los ojos al tiempo que movía sus puños sobre el suelo y recitaba cantos védicos. Paró y abrió los ojos.

—Esa es la llave —pronunció de súbito.

—¿Qué llave? —insistió David.

—La llave para romper el maleficio. Necesito que vuelvas a esa habitación y le robes el cráneo.

—Me llevará una hora.

Kamal intervino desde su rincón en la penumbra.

—Yo te llevaré lo más rápido que me sea posible.

—Durga es una diosa hindú nocturna. Cuando me traigas ese objeto será ya de noche y podremos realizar el ritual.

—¿Qué ritual?

—No existe una receta como en cocina. Tengo que realizar un contrahechizo para salvarla. El trabajo que hay que hacer sobre ella necesita de ese objeto como soporte de la hechicería. Tengo lo necesario para hacer desaparecer el maleficio en tu amiga, pero sin el cráneo me será imposible. No debéis tardar mucho porque su estado comenzará a empeorar pronto.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

Ella lo observó y esbozó de nuevo la misma sonrisa de satisfacción.

—Preguntas mucho, David. —Shibani hizo una pequeña pausa antes de continuar—: El tono de tu voz denota una debilidad en ti. Debes dominar tus emociones. Los síntomas de ansiedad no son buenos compañeros. Necesitas hacer yoga.

Al tratar de evitar que se le quebrara la voz, él acabó hablando en tono enfadado.

—Maldita sea —dijo con firmeza—. Contéstame, Shibani.

Ella sonrió de nuevo, sin sentirse ofendida en absoluto.

—Ahora mismo está sumergida en un estado de vértigo. No creo que sobreviva al amanecer —aseguró.

28

Ya era de noche cuando llegaron a las inmediaciones del hotel.

—Tengo que ir primero a la habitación de mi amiga para coger ropa suya —informó David mientras Kamal cambiaba la marcha y subían por la rampa que llevaba al pórtico—. Luego iré de inmediato a la otra habitación para buscar lo que necesita Mataji y nos marchamos.

Kamal enfiló el coche hacia la zona de aparcamiento para los chóferes y estacionó.

—Señor, he pensado que mientras usted va a la habitación de su amiga, yo voy a la de esa otra persona y me aseguro de que no está.

—Kamal, aunque estuviera el doctor Faraz, dadas las circunstancias yo entraría por la fuerza.

Él se giró hacia el asiento de pasajeros.

—Señor, trabajo para Hassena. Es mi deber ayudarlo y protegerlo. Yo subo, llamo con la excusa de ser empleado del hotel —levantó una percha con una camisa blanca y un chaleco gris igual que los que llevaba el servicio de *housekeeping*—. Entro y espero a que usted venga. Si él estuviera dentro, yo lo inmovilizo.

—¿Sabes el número?

—408, me dijo Hassena. —Sacó una llave electrónica—. También tengo cómo entrar.

David abrió la puerta.

—Nos vemos ahí en diez minutos.

David cruzó el vestíbulo, subió en el ascensor y una vez que cruzó el pasillo, entró en la habitación de Laura. Del armario cogió una bolsa de plástico de la lavandería. Sin perder un instante, buscó muda y ropa. Lo metió todo en la bolsa y salió tan rápido como entró.

Bajó una planta. Cruzó el pasillo y llegó frente a la habitación 408. No se escuchaba nada desde el interior. Tocó con los nudillos. Nada. Silencio. Sacó la llave maestra de su bolsillo, la pasó por la rendija y entró.

El interior estaba iluminado. Eso quería decir que había alguien. Quedó en la entrada de pie, analizando el peligro.

—Servicio de habitaciones —dijo en voz alta.

Dejó la bolsa en el suelo y dio unos pasos hacia el interior.

—Kamal —dijo, rechinando los dientes.

Se mantenía alerta ante cualquier ataque. La luz del baño estaba encendida. Se asomó al dormitorio. No había nadie. Entonces volvió sobre sus pasos. Dio un puntapié a la puerta del cuarto de baño. El cuerpo de Kamal yacía sobre el suelo enlosado.

Se acercó para tomarle el pulso, pero entonces vio cómo, por un lateral, se deslizaba una serpiente enorme. Era una cobra real.

David entró en el cuarto de baño y la serpiente se elevó, dispuesta a atacar. Con mucho cuidado, cogió la toalla de tocador y la enrolló en torno al cañón de la pistola.

En el momento más amenazador, en el que la cobra se irguió aún más y escupió como un gato furioso, David disparó con un sonido extrañamente amortiguado, pero aun así retumbó entre las paredes. Había destrozado la cabeza del reptil.

Apartó la serpiente con un pie y le buscó el pulso a Kamal sin encontrarlo; su piel había palidecido, atiborrado de veneno.

Entró en la bañera y sacó la caja de su escondite. La abrió para asegurarse de que contenía el cráneo. Así era, el mismo.

En un bolsillo de Kamal encontró las llaves de su coche. Cogió la bolsa de plástico y, sujetando la caja con firmeza debajo del brazo, salió apresurado de la habitación hacia los ascensores.

29

Conduciendo de vuelta y con el corazón desbocado hacia el templo donde había dejado a Laura al cuidado de Shibani, pensó en lo sucedido. El doctor Faraz había colocado la serpiente en el baño como guardián de la caja.

Evidentemente, conocía los horarios del servicio de limpieza del hotel. Colgando en el pomo del exterior había dejado la señal de no pasar. Sabía que Laura o David podrían entrar en su habitación. Una vez que ella se restableciera, saldaría cuentas con el doctor.

Con aquellos pensamientos, cegado por la ira, conducía a la mayor velocidad que le permitía el tráfico. Durante el estremecedor trayecto adelantó de forma temeraria a un camión, jugó a la ruleta rusa con un adolescente en moto y a punto estuvo de colisionar de frente con un autobús cuando invadió el carril contrario al sortear una columna de vehículos.

Cuando llegó, los rayos lunares hacían centellear el edificio del templo como si fuera un enorme diamante azul, pero unos densos nubarrones negros que venían del este se apelotonaban en el cielo. Presagiaban lluvias.

Encontró a Laura con los ojos hinchados y la tez cerosa. A su lado ardía sin consumirse un pequeño fuego que brotaba de dos ramas, como si formaran parte de un hechizo. Shibani, untada con ceniza o sándalo, estaba sentada con las piernas estiradas en total abandono, fumando en una pipa de barro, inhalando la droga al mismo tiempo que susurraba palabras incomprensibles en lo que parecía ser sánscrito.

El estado físico de Laura era tan deplorable que David se asustó. Dirigió una mirada incrédula hacia la mujer asceta. Quizá él no estaba haciendo lo correcto depositando la vida de su amiga en manos de alguien a quien no conocía, en una nómada *sadhvi*. Entonces se dio cuenta de que igual había drogado a Laura.

—Creo que tenemos que llevarla a un hospital.

—Shhhh —le ordenó Shabani. Los cantos tántricos estaban subiendo de intensidad. Cuando terminó, abrió los ojos como platos, dejó la pipa de cerámica a un lado en el suelo y dijo—: Dame lo que has traído.

David le tendió la caja.

—Vamos a desactivar el hechizo —dijo ella, asintiendo con solemnidad mientras estudiaba el cráneo.

Ya era noche cerrada cuando salieron.

Se adentraron en un prado por el que discurría un río. El grito de unos extraños pájaros resonó en el aire.

Ella iba por delante azotando con una vara de bambú los matorrales para hacer huir a las serpientes o a cualquier animal salvaje que estuviera por las inmediaciones.

El cielo era gris y el firmamento, cargado de sombras sin estrellas ni luna, parecía muerto. La noche había cambiado de forma extraña y en muy poco tiempo.

Llegaron a un sendero estrecho a pocos metros del río.

—Ya casi estamos —anunció Shibani.

Entonces, entraron en un terreno llano.

—Déjala tumbada aquí, con la cabeza vuelta hacia el río y el cuerpo paralelo al curso de las aguas.

David hizo lo que le dijo. Shibani depositó la bolsa que había llevado consigo en el suelo. A continuación, encendió una hoguera en un círculo de piedras con ayuda de yesca y ramas.

Laura abrió los ojos, se giró y escupió una bilis mezclada con sangre.

—Tranquila —la consoló David acariciándole la espalda. Pasó la mano por su frente y los cabellos empapados de sudor.

—Muy bien —aprobó Shibani con una mirada significativa hacia Laura. Esperó un momento y luego carraspeó—. Empecemos.

30

Shibani comenzó a desnudar a Laura mientras David estaba de pie, observando. Ella abrió un poco los parpados al notar el aire deslizándose sobre su piel, pero enseguida se quedó dormida de nuevo.

—¿Es necesario quitarle toda la ropa? —preguntó David, visiblemente molesto.

Ella ignoró la pregunta y señaló la bolsa que había llevado consigo

—Dámela.

David obedeció. Ella sacó una sábana y extendió la tela sobre el cuerpo desnudo de Laura. Luego tomó el cráneo y varios frasquitos de vidrio.

Empapó el cráneo con líquidos y aceites. Luego, con un puñado de guijarros, lo frotó con fruición. Cuando terminó, lo envolvió con vendajes.

—Tráeme una piedra pesada que pueda utilizar como martillo. Y deja de refunfuñar. Sé lo que estoy haciendo.

Asintió. Caminó de vuelta al sendero y buscó entre los arbustos algo que ella pudiera utilizar. Se acuclilló en un lugar donde los espesos arbustos crecían junto al camino y cogió una piedra.

—Límpiala en el río —le ordenó Shibani en tono apremiante.

David se agachó y la puso bajo el agua. Una vez limpia de tierra, la secó y se la tendió.

—Doy por sentado que tú no profesas ninguna religión —le comentó Shibani empapando la piedra de líquidos y aceites como antes había hecho con el cráneo.

—Así es —dijo David agachándose junto a Laura.

—No la toques —espetó con tono autoritario—. De hecho, quiero que permanezcas a un lado.

David hizo caso.

—Como la mayoría de los españoles, nací en una familia cristiana católica, pero no soy practicante —explicó él.

—Ah, entonces eres de esa clase —replicó Shibani con cinismo

—¿Qué clase?

—Los frágiles, los que poseen el defecto de la honestidad espiritual.

David sonrió, pero no pudo evitar una expresión desagradable.

Cuando volvió hablar lo hizo con evidente disgusto.

—Que no vaya a la iglesia a rezar ni siga los ritos católicos no me hace ser débil como persona. Al contrario, tengo unas convicciones férreas.

Shibani habló con tranquilidad y sin levantar la voz.

—David, no quiero que seas cristiano católico, protestante o judío. Pero esa falta de convicciones hace que la sociedad de tu país de origen no tenga ninguna barrera con la que protegerse.

—No sé qué quieres decir.

—Que acaban siendo influenciados por otras agendas e ideologías cuyos fines son la destrucción de tu cultura y tradiciones.

David asintió. La verdad es que no se encontraba cómodo hablando de aquellos temas teniendo a su amiga ahí tumbada con posibilidades de no sobrevivir al amanecer.

—Sí —murmuró él algo irritado.

Ella se giró y esbozó de nuevo su pícara sonrisa.

—Te molesta la conversación, ¿verdad?

Él pareció rumiar una contestación, pero prefirió no seguir hablando. Esbozó un «no» silencioso con la cabeza.

—Tan solo piénsalo. Si tus compatriotas españoles tuvieran fe religiosa, no se convertirían en seres abandonados como lo son ahora, poseerían una fuerza interior para enfrentarse a sus miedos. La ceguera del nihilismo acabará con la sociedad occidental.

De repente, guardó silencio, cerró los ojos y comenzó a recitar mantras. Trascurrido un breve tiempo, abrió los párpados. Con la piedra rompió en trozos pequeños el cráneo. Quitó la sábana. Sobre algunos puntos del cuerpo desnudo de Laura, que escogía con extrema meticulosidad, iba colocando los restos.

Mezclando en un cuenco tierra con aceites y líquidos que vertía de sus frascos, hizo una pasta espesa en un cuenco. Esparció un poco en los ojos cerrados de Laura y lo extendió por diversas partes de su cuerpo.

Con lo que sobró hizo una figura que convirtió en un grotesco muñeco añadiendo trozos de huesos rotos del cráneo y pegando los guijarros que antes había utilizado para frotarlo.

—Ahora, para que su espíritu participe en su liberación, rememoraré el instante en el que vosotros dos visteis por primera vez el cráneo sostenido por la persona que la ha hechizado. —Se giró hacia David—. No te alteres si me ves convulsionando o moviéndome de manera alterada. Lo que haré será encontrar las negras emociones que la cautivaron en ese crematorio. Para mí será como nadar en un pantano viscoso, pero creo que conseguiré ver en imágenes lo que ella retiene en su memoria y es la causa que altera su espíritu y alimenta el hechizo.

David asintió en silencio.

Acto seguido, Shibani inició una serie de canticos védicos al tiempo que movía una pequeña campanita, que resonaba con tintineos metálicos, por encima del cuerpo de Laura.

Unos escuadrones de nubes ensombrecieron el cielo formando un complot de oscuridades. Daba la impresión de que llegaba una tempestad. El viento avivaba la hoguera, consumiendo los troncos de madera, y un montón de cenizas se elevaba veloz hacia el cielo.

Se escucharon unos sonidos extraños, algo parecido a gañidos, tal vez monos, como langures salvajes, pero que no dejaban de ser aullidos de terror.

David vio que las aguas del río, antes calmado y sosegado, se enrarecían y se volvían espumosas.

A lo lejos se formó un vendaval sobre las aguas, como un ciclón. Sin embargo, aquel violento clima parecía una puesta en escena dirigida y mantenida a raya por Shibani.

Entonces, el corazón de Laura se desbocó y comenzó a latir con intensidad al mismo tiempo que una angustia ascendía desde lo más profundo de su ser. Iba a vomitar. Alzó la cadera como si algo la hubiera pinchado en la espalda, como si algo la estuviera ahogando en silencio. Todo el malestar, todo el terror, todo el mal, salió.

Laura levantó los párpados y, con los ojos como platos mirando hacia el cielo oscuro de la noche, emitió un grito de dolor.

Shibani puso a la altura de su rostro el lúgubre muñeco que había fabricado al tiempo que pronunciaba palabras ininteligibles.

El clima cambió de repente, volviendo a ser sosegado y tranquilo. Las piernas de Laura se mantenían firmes, pero fuertes temblores le recorrieron los brazos; los dientes castañeteaban con violencia. Gotas de sudor le caían sobre la frente.

Se relajó. Shibani hizo un gesto a David para que la tapara con la sábana.

—El muñeco ha absorbido el maleficio —dijo en voz alta, levantándolo al aire—. Ahora el mal está atrapado aquí.

Sin esperar, extendió una tela en el suelo, puso el muñeco encima y con la piedra lo rompió hasta que perdió su forma. Luego, cogió las esquinas de la tela y las ató para dejar todos los pedazos en el interior. Se levantó del suelo de un salto, se aproximó a la orilla del río y lanzó el hatillo con fuerza a las aguas.

El cuerpo de Laura se calmó, aunque seguía tenso, crispado. Abrió los ojos y miró alrededor, sorprendida de estar donde estaba. Al ver a David a su lado, le extendió la mano.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él, sosteniendo su mano con delicadeza.

—Me duele todo —contestó con un tono de voz muy débil. Se

aclaró la garganta, respiró hondo y exhaló, pero no logró disipar sus emociones—. Como si me hubieran despellejado viva.

David la mantuvo cubierta con la sábana.

—Ahora necesitas recobrar las fuerzas —dijo Shibani poniéndola en pie—. Te voy a dar algo para que recuperes el vigor. Ya verás, querida, en pocas horas estarás tan bien como antes, quizá incluso mejor.

Antes de iniciar el camino de vuelta, Shibani le pidió a David que lo arrojara todo al agua, los frasquitos, la bolsa e incluso la ropa con la que iba vestida Laura.

—Todo resto de los fetiches debe de ser eliminado —ordenó, y luego esbozó una sonrisa al tiempo que extendía su brazo sobre los hombros de Laura, cubriéndola aún más con la raída sábana—. Todo ha terminado. Estás a salvo.

PARTE CUATRO

EXPERIMENTO DE TERROR

31

Shibani cocinó muy rápido en un hornillo de gas. Durante la espera ofreció a Laura un vaso de leche de vaca con un trozo de mantequilla casera, semillas de comino tostado, hojas de cilantro verde, un poco de sal y un poco de jengibre rallado.

No había muebles. Se comía y se dormía en el suelo. La vida de una asceta hindú era muy austera.

Cuanto más pasaba el tiempo, mejor se encontraba Laura. Ya no tenía la palidez en el rostro. Se había duchado con cubos de agua templada y puesto la ropa que David había cogido de su habitación del hotel.

Shibani le tendió a Laura un plato lleno de arroz blanco y carne. David se sorprendió.

—Pensé que eras vegetariana.

—Ni hablar —contestó ella soltando una carcajada—. Los nutrientes de la carne son imprescindibles, es una fuente necesaria de proteínas, hierro y vitaminas. —Señaló al segundo plato, que llenaba de comida, y se lo tendió a David—. Pero ojo, es carne de búfalo, no ternera. —Sentándose al lado de Laura, preguntó—: ¿Cómo te encuentras?

—Aún me zumban las sienes.

—Dentro de unas horas estarás como nueva. Pero quiero que sepáis que la magia negra que esa persona vertió sobre ti no se ha ido.

David dejó el plato a un lado.

—Y ahora, ¿qué se supone que quiere decir eso?

—Que el exorcismo no está completado.

Laura también parecía sorprendida. La miró con aire circunspecto.

—Dijiste que todo había terminado

—Sí, así es. Pero siempre hay posibilidades de retorno mientras quien haya creado el maléfico siga existiendo.

—El doctor Faraz —susurró David.

Shibani alzó el pulgar al aire.

—Mientras esa persona siga con vida hay posibilidades de que los síntomas surjan de nuevo.

Laura y David se miraron. Ella asintió dando su parecer de liquidar al iraní cuanto antes.

Al amanecer se despidieron de Shibani.

—Quiero que sepas que siempre te estaré agradecida por salvarme la vida —dijo Laura.

Shibani le puso la mano en la frente y pronunció unas palabras de bendición.

—Agradéceselo a tu amigo. Sin su ayuda, yo no hubiera podido hacer el ritual para quitarte el maleficio. Nos volveremos a ver.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Laura.

—Ve al hotel. Descansa un rato. Luego volved aquí. Os estaré esperando. Voy a hacer todo lo que esté en mis manos para saber dónde podéis encontrar a esa persona. Este maleficio es raro y solo pueden hacerlo las personas que se consagran al demonio. El hombre al que perseguís es un desquiciado y para mí es un deber destruirlo.

David juntó las palmas de las manos y pronunció con respeto la misma palabra que la primera vez que la vio: «*Pranam*».

De vuelta al hotel, Laura se sintió renovada. Se tumbó en la cama. El aire acondicionado estaba en una temperatura correcta.

Varun les hizo una videollamada. David presionó el botón verde de aceptar. Laura le puso al día con un somero relato de su encuentro con Shibani. No omitió ningún detalle.

—Ahora mismo no tengo fiebre ni dolor alguno. Me encuentro mejor que nunca. Descansada, despejada y con muchas energías.

—Creo que debéis acabar de una vez por todas con el doctor Faraz y sus jueguecitos con niños —dijo Varun.

—¿Sus prácticas de magia negra con niños? —preguntó Laura.

David negó con la cabeza.

—Concretamente, el asesinato de menores.

—¿Qué quieres decir?

—El doctor Faraz ha estado experimentando su mundo de espíritus no solo con adultos, sino sobre todo con niños. Desaparecen jóvenes intocables que viven en las cercanías de las vías del ferrocarril, en las zonas de descarga de basura, debajo de los puentes. Son raptados, drogados de noche, de madrugada, con un simple trozo de tela empapado de cloroformo, para más tarde inyectarles otra droga. La misma que utilizaron contigo.

Varun intervino.

—Tiene la mente enferma. Es un criminal.

—¿Pero con qué fin? —preguntó de nuevo Laura—. ¿Cuál es el propósito?

—Acometer sus horrendos actos de brujería —contestó Varun.

—¡Pero por dios! Estamos en el siglo XXI. ¿Por qué la gente no sale a la calle? ¿Los medios de comunicación no dicen nada? ¿Nadie protesta por el número de desaparecidos?

—¿A quién le importa la vida de niños *dalits*? —respondió David —. Son los que, en la escala de las castas hindúes, se consideran más

bajos, los intocables. No tienen voz.

—Es muy duro de entender.

—Laura, tal vez en un futuro muy lejano, pueda cambiar algo la sociedad de la India. Aun así, yo no lo veo. Igual se estrecharán las diferencias entre castas.

—¡Castas!

—Sí, y además hay una jerarquía entre ellas. Los niños que están desapareciendo son *dalits*, unos intocables. Este régimen de castas define a la India. Desde hace muchísimos años funciona así este país. Los brahmanes eran los sacerdotes encargados de los ritos y cultos hindúes; los *vaishias* eran los artesanos y comerciantes; los chatrias eran los guerreros que protegían las fronteras; y los *sudras* eran los obreros y campesinos. Todo son eslabones de una cadena.

—Y ¿no convivían por entonces en el respeto mutuo?

—Quizá sí. Pero tras el paso de los siglos, ya te puedes imaginar, el corazón de los hombres se pervierte y esas castas se fragmentan en subcastas que, con los años, son aún más numerosas. Y hoy a los intocables se los considera como la hez de la sociedad.

—Pero estos son a los que Gandhi dio voz.

—Bueno, es algo más complejo. Él estaba apoyado por las castas bajas, que eran las más numerosas y, a la vez, las más fáciles de manejar, de engañar y de halagar. Pero Gandhi no actuaba ni luchaba por la grandeza de la India. Es curioso cómo después de vivir tantos años en este país conoces la opinión de la gente sobre esa figura histórica que en Occidente ponen en un pedestal, pero que aquí no todos admiran. De hecho, la otra cara de la moneda fue Subhas Chandra Bose, que, a diferencia de Gandhi, creía en la necesidad de la lucha armada para liberar a la India del dominio colonial británico.

Varun, desde la pantalla, intervino dejando escapar una forzada tos contundente.

—Quizá podéis dejar la conversación sobre la historia y la sociedad de la India para otro día y momento, ¿no os parece?

Ambos sonrieron.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Laura.

—Voy a la habitación del doctor Faraz y…

—No está, David. Aún no ha llegado —le interrumpió Varun mirando una pantalla anexa a la que mantenía la videoconferencia.

—Pues lo espero.

—Sugiero que vayáis a la ONG Woodland —dijo Varun—. Ahora mismo mando al móvil de Laura la ubicación. Se dedican al rescate de niños abandonados. Sin embargo, desde ahí hacen desaparecer a críos pequeños. Y tengo un terrible presentimiento de que han colaborado con el doctor Faraz dándole algún menor para sus experimentos.

—Si estás de acuerdo, vamos —comentó Laura a David—. Cuando

volvamos podemos ir de nuevo a la habitación del doctor Faraz y ponerla patas arriba.

Él asintió.

—Sí, tal vez allí podamos conseguir alguna información que nos ayude a conocer más sus macabras actividades.

Varun añadió con rapidez:

—Poneos en movimiento. No tenéis mucho tiempo para hacer de Sherlock y Watson. Acabo de ver que tiene billete de vuelta para Teherán mañana por la noche. Cuidaos. Espero que todo vaya bien —afirmó en tono sincero antes de finalizar la llamada.

32

Las calles de Calcuta estaban atestadas a aquella hora del día. David hacía gemir el embrague y se metía por calles trasversales para evitar el tráfico. En ocasiones, el amasijo de peatones era tan grande que obstruía la circulación.

—Debe de ser hora punta —comentó Laura.

David señaló hacia arriba.

—El semáforo no funciona. —Aprovechando que estaba parado, miró de nuevo la ubicación de la ONG en la pantalla del móvil de Laura—. Si diera una vuelta por la periferia tardaríamos aún más. Estamos cerca.

La dirección estaba en una zona de la era colonial mal mantenida donde las fachadas de los edificios se caían a pedazos. En la mayoría, la pintura estaba desconchada y el color original se había perdido.

Se bajaron del coche y se aproximaron a la entrada. David movió el picaporte de la verja y entraron a un jardín exuberante y descuidado con varios cocoteros y palmeras sin podar. La hierba, altísima, se extendía ante un edificio de tres pisos. En un lateral había un coche cubierto por una lona de plástico o, más bien, era el anuncio de unas galletas que alguien había arrancado de una valla publicitaria y utilizado para proteger el vehículo.

El lugar estaba bañado de cierto misterio. El graznido de los cuervos era ensordecedor debido a que un perro callejero se llevaba corriendo un ave muerta entre sus dientes.

Ninguna luz se filtraba desde el interior. David dio unos golpes a la puerta principal con los nudillos. Laura se giró al escuchar un ruido inesperado. Solo era otro perro callejero que salía de su guarida atemorizado.

Los dos se quedaron impresionados del silencio que envolvía la casa.

David volvió a golpear la puerta con más fuerza. No se apreciaba ninguna señal de movimiento.

—Un lugar donde deben escucharse gritos de niños jugando y corriendo de un lugar a otro. Que haya este denso silencio es un mal augurio.

—A lo mejor dejó de estar activo hace un tiempo.

—No.

—¿Por qué estás tan seguro?

David se giró y señaló a lo lejos, hacia el coche cubierto por la lona de plástico.

—Porque, de lo contrario, ese anuncio de galletas que tapa el coche estaría cubierto de agua por las recientes lluvias. Alguien lo acaba de poner. No hay ni una hoja encima.

—Entonces, me temo lo peor.

—Estamos perdiendo el tiempo. Será mejor que la abramos por la fuerza.

David sacó del cinto la pistola; con la culata golpeó el pomo de la puerta de teca reforzada con hierro, que chirrió cuando la empujó.

Ante ellos partía un pasillo oscuro. No se veía nada. La única luz era la que entraba del exterior por el vano de la puerta.

—¿No hay interruptor? —preguntó Laura tanteando la pared.

—La luz debe de estar cortada.

El rostro de Laura se ensombreció y entonces se le empezó a acelerar el pulso.

—¿Notas un olor raro? —preguntó en voz muy queja.

David asintió con la cabeza.

—Sí.

—Es un olor intenso.

Él señaló hacia arriba, frunciendo el ceño.

—En el piso superior —dijo David, presagiando lo peor. El hedor a descomposición y muerte era ya indudable.

Una gran escalera conducía a la planta superior.

Al llegar al primer piso encontraron varias habitaciones habilitadas como aulas, vacías pero limpias y ordenadas.

A Laura le dio un vuelco el corazón.

—El olor viene de más arriba —comentó.

Una expresión de alarma cruzó el rostro de David.

—¿Por qué no te quedas aquí y voy yo? Después de lo que has pasado, no quisiera que tuvieras…

—¡David, por favor! —exclamó ella volviéndose hacia él, mostrándose repentinamente enfadada.

Laura tomó la iniciativa. Subió los escalones con paso decidido.

Cuando vio el espectáculo, se quedó paralizada. David, que caminaba tras ella, vio una escena difícil de olvidar.

Ante ellos había una veintena de niños pequeños, todos degollados como si fueran animales. El suelo estaba impregnado de sangre. Al fondo, un grupo de ratas negras mordisqueaban algo. Una ola de calor golpeó el rostro de Laura y se sintió desfallecer. David la cogió del brazo.

—Vámonos de aquí —dijo él, sosteniéndola por los hombros mientras bajaban juntos las escaleras.

Al llegar a la planta principal, Laura pegó la espalda a la pared y dejándose caer se acurrucó en el suelo.

—Esto es una masacre, David —dijo; algo, en lo más profundo de su ser, se había roto para siempre. Estaba acostumbrada a enfrentarse a la muerte, pero aquello había superado cualquier experiencia pasada —. Es inconcebible que aún puedan suceder este tipo de crímenes contra seres indefensos.

—No creo que llegue a trascender a la opinión pública. Harán desaparecer los cuerpos y demolerán este edificio. Así se solucionan las cosas en este país. Los asuntos molestos se arreglan con simple y puro olvido. Mañana será otro día.

—Una infamia.

David salió. Observó el lugar donde estaba el vehículo y se aproximó. Laura se levantó del suelo y lo siguió: había comprendido qué podían esperar encontrar debajo de esa lona.

Con el corazón palpitante, pensando que podría ver el cadáver de un niño, David agarró la lona y tiró de ella con brusquedad. El olor era nauseabundo. Acurrucado en la parte de atrás había un cuerpo de adulto calcinado.

—Debe de ser quien dirigía esta ONG —dijo Laura, a su espalda—. Sabría demasiado.

David abrió la puerta con el faldón de su camiseta para evitar dejar sus huellas. Ahora el olor era atroz. Observó el bulto negruzco.

—No creo que haya muerto antes de ser quemado —resopló David. Cerró la puerta con el pie y observó el edificio—. Vámonos cuanto antes de aquí.

Ambos caminaron por el jardín. Laura observó algo brillar bajo una capa de hojas de palmeras secas. Había encontrado algo.

—Un bidón de gasolina —dijo tocando con el pie el objeto de hojalata, haciendo resonar el metal vacío.

—Esta ONG debió de quedarse sin licencias y cerrar. En el pasado ofrecería críos como víctimas para los experimentos del doctor Faraz. Su hermano, desde Irán, le informaría de tu presencia en la India y este ha querido eliminar a quien pudiera relacionarlo con los asesinatos de niños. Está borrando sus delitos antes de marcharse a su país.

En ese momento Laura recibió en su móvil un mensaje de Varun donde les informaba que el doctor Faraz se encontraba en la habitación.

—Creo que es hora de mantener una reunión con él —dijo Laura mirando a David fijamente a los ojos—. Lo secuestramos y nos lo llevamos a algún lugar donde interrogarlo y terminar con su existencia.

Él asintió.

33

Cruzaron el vestíbulo y se dirigieron a la zona de los ascensores.

—Según Varun, está armado —dijo ella leyendo la pantalla de su teléfono móvil.

Unas voces en el pasillo perturbaron la concentración de David e hizo que Laura se guardara el móvil en el bolsillo. Ambos se dieron la vuelta alertados por aquella algarabía.

Un grupo de extranjeros acababa de llegar en un autobús. Llevaban bolsas de yute e identificaciones colgadas del cuello. Eran alemanes e italianos y se escuchaba a alguien hablar en español. Habían estado en una feria internacional de textiles. Varios extendían en el suelo de mármol las muestras que habían obtenido de los proveedores.

Un guía indio levantó el brazo y anunció en voz alta un receso antes de salir a realizar una visita por la ciudad. Con risas, voces y gritos, el grupo se dirigió en tropel a la cafetería.

La puerta del ascensor se abrió. Laura y David ascendieron hasta el piso de la habitación 408.

Laura quiso adelantarse, pero David la retuvo para que permaneciera en retaguardia.

—Quédate atrás. Soy yo quien está armado para hacerle frente si se pone la situación peligrosa.

Caminaron por el pasillo. Una señora del servicio de limpieza salió de una habitación. Se quedó doblando unas toallas blancas enfrente de la 408.

El doctor Faraz salió de su cuarto en ese momento. Al mirar a la derecha vio a dos personas que se dirigían hacia él y sintió el peligro.

Apenas una fracción de segundo antes de que David pudiera hacer nada, el doctor Faraz se abalanzó contra la empleada del hotel. Cogiéndola del cuello, la usó como protección. La joven profirió un grito histérico. El rostro del iraní permanecía oculto en todo momento detrás de ella.

—Déjela —le ordenó David.

Él se limitó a sujetarla por la garganta, ahogando su voz. Al llegar a la puerta de emergencia la empujó con todas sus fuerzas hacia adelante. La extrema violencia del golpe que recibió la mujer contra la pared hizo que rebotara y cayera en brazos de David. Laura corrió tras el doctor Faraz.

Mientras el iraní bajaba a toda velocidad por las escaleras perseguido por Laura, David dejaba a la señora tumbada en el suelo y corría de vuelta hacia los ascensores.

A Laura le sorprendió la agilidad y rapidez del doctor Faraz, que desde abajo lanzó un disparo hacia arriba. La bala se incrustó en la pared.

Alertados por el ruido en las escaleras, dos empleados de recepción empujaron la puerta de emergencia justo cuando el doctor Faraz descendió los últimos escalones. Una sonrisa malévola estiró durante unos breves segundos los labios del iraní antes de disparar a ambos hombres.

Perseguido por Laura, el doctor Faraz continuó su marcha hacia el exterior corriendo por el vestíbulo, casi patinando sobre el recién encerado suelo de mármol.

David salió del ascensor y corrió en su dirección por detrás de Laura.

En el pórtico, alertados por el ruido, los fornidos porteros se dieron la vuelta e intentaron obstaculizar el paso a la primera persona que se les venía encima. Sin embargo, al ver que iba armado no tardaron en lanzarse al suelo y dejarle paso.

Una motocicleta frenó en el pórtico. El conductor era una persona de gran envergadura. Antes de que Laura pudiera alcanzarlo, el doctor Faraz se había sentado en la parte de atrás y huido del lugar.

Sin aminorar la velocidad, David corrió hacia el aparcamiento y Laura hizo lo mismo. Abrió el coche de Kamal, se sentó frente al volante y ella se colocó en el puesto del copiloto. Arrancaron e iniciaron la persecución.

No pudieron llegar lejos. A pocos metros quedaron atrapados en el denso tráfico.

—¿Y ahora qué?

—Ahora vuelves al hotel pretendiendo que acabas de llegar de un paseo, vas a tu habitación y coges todas tus pertenencias —dijo David, girando el volante y aparcando junto a la acera. La maniobra tardó varios segundos, ya que otros vehículos no le daban paso—. Yo te espero aquí. Date prisa, antes de que la policía inicie el registro de todas las habitaciones.

—¿Y la del iraní?

—Si te da tiempo, revísala.

Una vez que se hubo ido Laura, dejó la mirada perdida en un punto más allá del cristal del coche. «¿De cuántas muertes de niños habrá sido culpable el doctor Faraz en la India?». Todos sus pensamientos se centraban en él. Quería encontrarlo a toda costa y borrarlo de la faz de la tierra por ser tan dañino.

34

Laura no tardó en volver.

—Qué pronto —dijo David.

Ella tomó asiento y cerró la puerta.

—Solo he cogido mi pasaporte. La habitación del doctor Faraz estaba hecha. Solo ha dejado su maleta sin nada importante. Por cierto…

—Había un cadáver en el baño y una serpiente muerta —le interrumpió David.

—Sí.

—Esa persona me ayudó a encontrarte y a llevarte a Shibani. En el baño es donde tenía escondido el doctor Faraz el cráneo.

El teléfono móvil de Laura sonó. Ella lo saco de su bolsillo. David cerró las ventanas para ahogar el ruido del tráfico y accionó el aire acondicionado. Era una videollamada de Varun. Laura apoyó el teléfono sobre el salpicadero.

—Ya he visto el jaleo que se ha organizado en el hotel. La policía acaba de llegar y comenzará a investigar lo sucedido. Dejaré pasar unos días para hacer ver que tu habitación está ocupada y luego contactaré a una empresa de transportes para que se lleven tu equipaje. Pero ahora mismo procedo a borrarte del listado informático de huéspedes, modificando tu nombre y nacionalidad. También manipularé las imágenes de vosotros dos captadas por las cámaras de seguridad.

—¿Has descubierto algo interesante en las notas que te pasé? —preguntó Laura.

—Sí, por eso os llamaba.

—Menos mal, porque seguimos sin tener ni la más remota idea de sus intenciones ¿Por qué hace estas locuras? —dijo ella de nuevo, alzando la voz.

—Creo que hemos dado con esa información, querida amiga —anunció Varun—. Escuchadme con atención.

Comenzó a contar cómo los símbolos planetarios que parecían inconexos fueron tomando forma según iba analizando las fotografías de los cuadernos que Laura le había enviado cuando inspeccionó la habitación del doctor Faraz.

Al comienzo vio dibujado un símbolo de la Luna sin aparente

sentido, pero según decía, estudió el significado en la cultura astrológica.

—La Luna es portadora de males e incluso de la muerte, contraria a la vitalidad, como es en la India la diosa Kali, asociada a la muerte y a la destrucción, la madre de la oscuridad y de la vida eterna. Es evidente que Durga y ella son la misma deidad. Kali es la parte oscura de Durga; de ella salió para vencer a un casi invencible demonio y sus huestes. Por eso el doctor Faraz tiene tanta obsesión con la India.

David se cruzó de brazos, como un estudiante terco que no quiere entender.

—¿Astrología? —preguntó incrédulo levantando la mirada hacia el tráfico; un hombre empujaba a un carro de madera lleno de fruta.

—Por encima de charlatanismo, polémicas e ignorancia sobre este campo, no hay que olvidar que son muchos siglos de historia en los que se ha estudiado la astrología aportando datos, razones y pruebas.

—Pero tú hablas de cartas astrales y el doctor Faraz realiza brujería… —intervino de nuevo David.

—Sí y no. Lo que yo he podido analizar se basa en el aspecto científico, filosófico y técnico. Esto es lo que os quiero explicar. No podemos desestimar los apuntes del doctor Faraz sobre la astrología porque hay ciertas evidencias sobre la materia desde hace muchos siglos, así como sobre sus relaciones con otras ramas del conocimiento y de la sensibilidad humanas.

—El doctor Faraz es musulmán chiíta —comentó Laura—. Resulta bastante raro que creyese en la interpretación de los astros en el sistema solar.

—Ahí voy.

Laura observó un ruidoso autobús que pasó rozándolos. Dos ambulancias circularon en sentido contrario en dirección al hotel, seguidas por furgones de la policía.

—Varun, no podemos quedarnos aquí, dentro del coche, por mucho tiempo —apremió David—. Vete al grano, por favor.

—Hubo papas en el Vaticano que se entregaron a la magia negra para revitalizar lugares importantes, como la Basílica de San Pedro. De hecho, ¿qué es sino el catolicismo? Es como un chamanismo. Obedece a leyes mágicas. Y dentro hay numerosas sectas. Voy al grano, voy al grano. Cuando un sacerdote católico oficia misa y administra los sacramentos, ¿qué hace? ¿No está llamando a unas fuerzas que lo superan?

David esbozó una fina sonrisa.

—Pero, Varun, no puedes comparar el catolicismo con la brujería.

—Sí en las prácticas. Yo soy de origen indio, vivo en España. Tengo una interpretación de esas costumbres religiosas en el altar distintas al español de a pie. ¿Qué percepción tendría un español si lo

llevaras a un templo hindú en la India donde un sacerdote brahmán está haciendo sus ritos? Si veo yo en España al sacerdote católico elevando una copa de vino mientras dice que es la sangre de Cristo, ¿qué voy a pensar? En mi país de origen, Kali se bebía la sangre de sus oponentes, de cada demonio que mataba, y absorbía todos sus poderes. Yo concluyo, y esta es mi opinión, que todas las religiones son brujerías.

Laura resopló.

—Varun, no te desvíes. ¡El doctor Faraz!

—El doctor Faraz es un musulmán de la secta de los malamatiyya, pero vista desde una tradición mística islámica. Según lo que he analizado de lo que me mandó Laura, y os resumo a grandes rasgos, el doctor Faraz cree fervientemente en que el buen musulmán malamatiyya es aquel que llega a ser piadoso en extremo hasta llegar a los límites de una pureza de asceta ordinaria.

—No lo comprendo —dijo Laura con firmeza.

—Que justifica su barbarie asesinando a críos pequeños de ambos sexos porque debe salir de una zona de confort moral y ética visible para lanzarse a hacer ciertos actos que considera meritorios.

—Es decir —dijo de nuevo Laura—, en psiquiatría dirían que esa persona necesita sacar sus tormentos del inconsciente a la luz para así justificarse que se está librando de ciertos deseos asesinos.

—Eso es. Es como justificarse comer caramelos o galletas de chocolate hasta reventar para luego odiarlos. El doctor Faraz hace esos aberrantes ritos con niños pequeños porque cree que purifica su alma.

Laura puso cara reflexiva.

—Creo que leí hace tiempo algo parecido sobre los seguidores de Satán, la secta de adoración al demonio y al mal.

David seguía pensativo.

—De acuerdo, ahora entendemos que hace esas prácticas de magia negra y ritos porque los considera actos meritorios para sanar su alma. Pero ¿qué tiene que ver con la astrología y con que en el Cervantes estéis tan interesados en él? Ya me comentó Laura que es el hermano del jefe del servicio secreto iraní. Si se analiza bien toda la información que has compartido, existen demasiadas sombras, quedan agujeros por cubrir, veo ciertas incoherencias.

—¿Cómo qué?

—Por ejemplo, lo más crucial: ¿cuál es el peligro que habéis encontrado en él? Porque creo que hay algo más detrás de todo esto.

Varun comenzó a explicar, de manera atropellada pero lo más claro posible, cómo en las fotografías que Laura le había mandado se veían dibujos, símbolos, diagramas y garabatos relacionados no solo con la astrología científica, sino con la esotérica.

El doctor Faraz se interesaba desde hacía años por la relación

mágico-simbólica del ser humano con las lejanas estrellas y de las galaxias, la vinculación entre seres y cosas sin relación causa-efecto: la existencia de casualidades significativas a las que Jung llamaba «hechos de sincronismo».

Varun comentó los orígenes de la familia parsi del doctor Faraz, creyentes del zoroastrismo, la que llamaron por entonces «la religión de los magos», de los sacerdotes de la religión de Zoroastro importados a Grecia, que fue tenida en ciertos momentos de la Historia como la más preciosa de todas las artes y la reina de las ciencias. Y continuó explicando cómo el doctor Faraz había estudiado los signos zodiacales de una manera casi enfermiza. Acabó por utilizar y manipular a su antojo, por un delirio místico, hasta los símbolos religiosos de sus antepasados con la intención de encontrar alguna relación esotérica.

Puso el ejemplo de las anotaciones de encuentros con escenarios zodiacales a lo largo de la historia, como el que tuvo lugar durante el comienzo de la era cristiana: la llamada conjunción neptunoplutoniana.

—He averiguado que, desde esa conjunción de Neptuno y Plutón, esto solo ha ocurrido cuatro veces más y siempre han tenido lugar hechos decisivos para la historia de la humanidad.

Continuó explicando la relación de esas conjunciones astrales con las consecuencias de un nuevo orden. También la repercusión que habían tenido sobre la inteligencia del hombre, su curiosidad y su pensamiento.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Laura, incrédula.

—En la segunda mitad del siglo X sucedió una oleada de pavor colectivo, la «psicosis del milenarismo».

Varun mostró en pantalla varios dibujos de las fotos que Laura tomó de las anotaciones del doctor Faraz donde se relacionaban importantes hechos históricos con momentos astrológicos tras haber hecho, mediante números y símbolos, una exhaustiva interpretación.

—Entonces, es un obseso de la simbología de los planetas —dijo Laura—. De las posiciones y alineaciones planetarias en relación con sucesos relevantes en la historia. Pero ¿a dónde nos lleva todo esto?

—El doctor Faraz quiere presagiar un nuevo orden, como en su día sucedió con la caída del Imperio romano en el año 476 por la conjunción de Plutón y Neptuno en Cáncer.

David soltó un sonoro bufido y se retuvo de dar un golpe al volante con la palma de la mano.

—El eje nuclear —dijo—. Está estudiando patrones para detectar un momento decisivo para algún tipo de era nuclear en Irán. Y, basándose en esa paranoia, está haciendo magia negra utilizando cuerpos de niños pequeños como sacrificios. Por medio de sus

ensalmos y ritos demoniacos, quiere conocer aquello que por medios normales no puede lograr un ser humano porque lo impiden las leyes de la naturaleza. ¿A cuántos niños habrá asesinado hasta ahora?

—Ningún país ha manifestado como Israel el odio que siente hacia Irán y las ganas de aniquilarlo por completo —añadió Laura. Mirando a la pantalla, preguntó—: ¿Sabes algo de Lior?

—Lo siento, Laura. No sé nada. Tampoco los israelís. Tenemos que asumir lo peor.

David observó por el espejo retrovisor que se aproximaba un *jeep* de la policía aproximándose. Colgaron abruptamente la videollamada con Varun.

Arrancó el coche y se integró en el tráfico con el fin de salir de la zona lo antes posible.

—Vamos a ver a Shibani. Nos dijo que haría sus averiguaciones.

—Estoy segura de que ella nos indicará el camino para encontrar a esa encarnación del mal.

35

Se encontraban en la periferia de Calcuta cuando comenzaron a caer gotas de lluvia, en un primer momento espaciadas pero grandes. David encendió el limpiaparabrisas.

Un violento relámpago iluminó el entorno y el paisaje adquirió una tonalidad misteriosamente blanca. Y entonces comenzó a diluviar.

Aparcaron cerca del templo y salieron corriendo hacia el interior, donde se guarnecieron de la lluvia. Un intenso aroma a incienso los recibió en la penumbra, así como muchas velas de aceite y cirios prendidos bajo la imagen de la enorme diosa Durga.

—¡Shibani! —llamó David en voz alta.

Hubo silencio.

Laura aguzó el oído y le hizo una señal. Por una de las galerías, construidas con piedras sin tallar, se escuchaban lejanos murmullos.

Cruzaron la enorme estatua de la diosa de la muerte, adosada al muro. En aquella ocasión, David tuvo la extraña sensación de que la efigie esbozaba una sonrisa diabólica.

Conforme se acercaron a la galería escucharon con claridad un eco de voces y sonidos, como gañidos.

—¿Será ella? —preguntó Laura.

—Puede que sí. Parecen canticos.

Una luz lejana titilaba al final del corredor. Caminaban despacio, atentos ante cualquier sorpresa. Ahora las voces iban siendo algo más claras; sonaban como mantras hindúes.

De repente, comenzaron a cantar y gritar; parecían imitar los maullidos de los gatos o quizá leopardos, los ladridos de los perros y los aullidos de los monos.

Llegaron al final de la galería. David hizo un gesto a Laura para que se agachara. Por encima de una roca vieron a Shibani, desnuda en una sala empañada por vapores de incienso y humo, salmodiando palabras incomprensibles pero aturdidoras. En medio había un pozo de piedra de donde salían las llamas de un gran fuego.

—Dios mío, David, ¿qué está haciendo esta mujer?

Él le hizo un gesto con el índice puesto en los labios para que guardara silencio.

Como si fuera una obra de teatro ensayada, cuatro hombres con turbante y largas barbas, vestidos con túnicas blancas hasta los

tobillos, aparecieron por distintos pasillos.

Shibani se encontraba de pie frente al fuego. Las llamas iluminaban su piel desnuda. Ella no dejaba de recitar cánticos.

Uno de los hombres transportaba una cabra en una jaula. La sacó. Tenía las patas atadas con cuerdas, no dejaba de moverse y proferir balidos. Otro hombre se acercó y con una mano la sostuvo de la cabeza. Sin mediar palabra, con una inusitada rapidez, con la otra mano sacó del interior de su túnica un cuchillo y le rebanó el cuello. Se oyeron horribles estertores de agonía. Un tercer hombre sujetaba un cubo donde caía la sangre. Poco a poco, el animal dejó de moverse.

—Esto es espantoso —susurró Laura.

David alzó las cejas, haciéndola cómplice de sus sentimientos.

—Quizá será mejor que la esperemos en la entrada.

Shibani se sentó en la posición del loto, con las piernas entrecruzadas y los brazos extendidos sobre las rodillas, manteniendo las palmas de las manos hacia arriba.

—No, espera. Quiero ver qué hace.

Las voces en una extraña lengua, el fuerte olor a incienso y el humo de la hoguera ascendían hasta el lugar donde estaban situados, embriagándoles de aquel fantástico espectáculo más propio de siglos pasados.

El cuarto hombre metió las manos en el cubo y comenzó a rociar con la sangre el largo cabello de Shibani, que alzó aún más el tono de su voz, pero, en esta ocasión, recitaba otro tipo de cántico en sánscrito.

Enseguida bajó el volumen y comenzó a echar sobre el fuego ceniza y trozos pequeños de hojas, cárcamo y coco y arena. Luego, quedó en silencio. Otro asistente apareció y la cubrió con una sábana. Ella se levantó.

—Creo que ha terminado —murmuró David, haciendo un gesto con la cabeza para indicar que era el momento de marcharse.

Volvieron sobre sus pasos, recorriendo de nuevo la larga galería hasta la nave principal del templo.

Laura, ansiosa por volver al aire libre, salió y respiró hondo. Tenía ganas de liberarse de los vapores que sentía impregnados en su ropa.

La lluvia caía con menos intensidad. Se escuchó un relámpago en la distancia. La tormenta se alejaba.

David se puso a su lado.

—Dime, ¿crees que esta mujer es capaz de hacer el mal para combatir el mal? —preguntó Laura.

—Buena pregunta —respondió él—. Yo creo en el trabajo que tú y tu equipo en el Cervantes hacéis. Vosotros sois los guardianes del bien. Lo que hemos visto es algún tipo de rito de magia negra que estoy seguro tendrá su significado, por muy desagradable que nos haya

parecido.

—Después de presenciar esta práctica que junta a la muerte con magia, sacerdocio, brujería o lo que sea que haya hecho esa mujer ahí dentro… —Se interrumpió, se giró hacia David, y asintiendo con la cabeza, añadió—: Creo que necesito una cerveza bien fría.

Los dos rieron. Una ráfaga de viento agitó ruidosamente las enormes hojas de las palmeras.

—¿Sabes? Voy a tener que sacar el tema —continuó Laura.

David le dedicó una sonrisa cargada de ironía.

—¿De qué hablas?

—Saber que me has visto desnuda me crea un vínculo especial contigo.

David sonrió.

—Creo que los dos llevamos un tipo de vida que hace difícil aferrarse a algo estable, sobre todo a las relaciones…

Al percibir el tono de su voz, Laura lo interrumpió abrazándolo con fuerza. Guardaron silencio, disfrutando de aquel instante. Solo escuchaban las hojas de las palmeras chocando entre sí. Era embriagador el olor a fresco de la lluvia.

—Me gusta que lo entiendas así —comentó ella acurrucándose más entre sus brazos.

Al detectar un movimiento con el rabillo del ojo, David la apartó con brusquedad. Sin mediar palabra, uno de los hombres que habían visto antes corría hacia ellos de forma agresiva con la mano dentro del faldón de su túnica. Cuando estuvo cerca, sacó un cuchillo con hoja curva.

David sacó de inmediato la pistola y, apuntándolo a la cabeza, le explicó que eran amigos de su jefa y que solo estaban esperándola.

El hombre desistió del ataque, se quedó varios segundos observándolos y volvió a desaparecer por una de las galerías.

Shibani no tardó mucho. Llevaba el cabello mojado, recién lavado. Estaba exuberante. Iba vestida con una bata negra muy escotada. Sonrió primero a David y después, de manera algo más distante, a Laura.

Los invitó a que tomaran asiento en el suelo, al pie de la estatua de la diosa Durga, donde había muchas velas de aceite y cirios y, a pocos metros, un pequeño fuego de leña.

—En alguna ocasión he practicado el *maithuna* o sexo ritual ancestral del tantra, en el que se hace el amor como si fuese algo supremo, trascendental, sagrado, pero esta vez he necesitado una disciplina más psíquica que física, una forma hechicera, negra, del tantra.

—La verdad es que ha sido muy impactante verte.

—Es una magia roja, querida —dijo Shibani sonriendo—. Se

mezcla magia de sangre animal. Según nuestra sabiduría, la sangre tiene sus misterios, unas fuerzas propias en las que están incluidas distintas energías como el deseo carnal, pero también el dolor y el miedo. Me he atrevido a franquear varias puertas.

—Pero ¿con qué finalidad?

—¡Cómo que con qué finalidad! Yo te he quitado el maleficio, pero durante el proceso me he manchado de ese mal.

Laura frunció el ceño.

—¿Pero con sangre?

—Sí, de un animal. No hago sacrificios con seres humanos. Creo que en Occidente se hace algo peor.

Un estremecimiento helado recorrió el cuerpo de Laura al venirle a la mente las palabras de Varun Grover sobre el punto de vista de un indio en España con relación a las prácticas religiosas.

—¿Qué quieres decir?

—Los católicos se comen el cuerpo de su dios y absorben su sangre.

Laura miró de reojo a David, y este intervino.

—Shibani, con todos mis respetos. No quiero llevarte la contraía, pero debo informarte de que eso que refieres son solo símbolos cristianos. El sacerdote católico no comete actos abominables. No bebe sangre de inocentes. Es vino, zumo de la uva.

Ella levantó el dedo al aire.

David lanzó una mirada hacia Laura, indicando que debían cortar aquella conversación que no los llevaría a ningún lado excepto a elevar la crispación entre ellos. Conocía muy bien a los santones hindúes y su cerrazón en ciertos temas y aquel era uno muy punzante.

Shibani alzó la voz esta vez. Su expresión era seria y su rostro no tenía nada de agradable.

—¿El sacerdote católico es o no es un teófago comiéndose el cuerpo de su dios y bebiendo su sangre? Porque, si no lo es, está interpretando una mentira, estaría engañando. Ah, no. En los actos de fe no hay medias verdades.

En el campo de batalla de la racionalidad pura, los ascetas indios siempre se posicionaban de forma inexpugnable, sin manera de poder contradecirlos. No había espacio para el debate.

Laura sonrió.

—Si practicas el *maithuna* con tanta fogosidad como defiendes tus ideas, resultará difícil para un hombre no participar en él.

Shibani estalló en una carcajada franca y sincera. El ambiente se apaciguó. Laura y David rieron también.

—La persona que buscáis cree que purifica su alma al bañarse con la sangre de otros. Invoca a espíritus malignos para entregarles como ofrenda cuerpos de niños. Desconozco qué pretende, cuál es su fin.

Pero un experto en esoterismo, teúrgia o *ars goetia*, como queráis llamar a la brujería o magia negra, podría creer que esto puede desembocar en resultados sorprendentes.

—¿Y es verdad? —preguntó Laura.

—No. Está jugando con la vida de inocentes. Ese hombre cree que puede leer el porvenir o descubrir un secreto de naturaleza mágica.

—¿Dónde podemos dar con él? —inquirió David.

Shibani sacó una pequeña campanita del bolsillo y la hizo sonar. El estridente sonido hizo eco en las galerías. De las sombras surgió de nuevo el hombre del turbante y se inclinó ante su jefa, acercando su oído a la boca de ella. Luego, él le susurró algo. Ella asintió levemente y lo despidió con un movimiento al aire de su mano derecha.

—Hay una antigua fábrica textil llamada Dilbahar. En la parte de atrás hay unas ruinas de un antiguo palacio de un maharajá. El lugar está cubierto por vegetación, abandonado, y casi nadie lo conoce. La gente de allí no se atreve a acercarse porque dicen que rondan las serpientes y los leopardos. Como las ruinas están en un terreno privado, las autoridades de Calcuta nunca se han atrevido a inspeccionar el lugar.

—Pero el hombre que buscamos es iraní, ¿cómo…? —comentó David.

Shibani lo interrumpió.

—Según mis averiguaciones, tiene el aspecto de un bengalí y habla el idioma con fluidez. Él mantiene alquilado ese antiguo palacio. —Quedó en silencio un instante—. ¿Sabéis qué es el *Kali-yuga*? —Laura y David se miraron y luego a ella, negando con la cabeza. Shibani continuó su explicación—: Es un demonio apocalíptico, como a mí me gusta definirlo. Es una época oscura, de dolor. Los hombres estarán amenazados por la enfermedad, el hambre, el miedo y terribles calamidades. Reinará la censura y en las ciudades se formarán asociaciones de criminales que gobernarán. Los hombres se matarán entre sí y matarán también a los niños, a las mujeres y a los animales. Los intelectuales, los sabios y gente como yo, ascetas hindúes, seremos condenados a muerte.

Volvió a quedar en silencio.

Los dos estaban cautivados por sus palabras, la energía que desprendía su presencia y por el tono de voz que modulaba con absoluta maestría para atraer la atención.

Shibani recogió del suelo un delgado tallo seco, lo partió por la mitad y lo arrojó al fuego, lo que produjo una columna de chispas amarillas que se dispararon al aire, iluminando la escena. Prosiguió, con la mirada puesta en la hoguera y sintiendo una ligera tensión en el pecho.

—El *Srimad Bhagavatam* es un compendio de textos sobre filosofía,

religión, sociología, antropología, historia, ciencia, política, psicología y astronomía. —Sonrió con la mirada puesta en ellos—. Son muchas cosas a la vez, ¿verdad? Por eso lo llaman la enciclopedia de la verdad absoluta. Ahí se describe la historia del universo en diferentes *yugas* o eras. Una de ellas es la Era de Hierro o *Kali-yuga*. —Se mantuvo callada un instante y prosiguió dando más énfasis a sus palabras—: Ese hombre está buscando en las cartas astrales cuándo se producirá una conjunción de los planetas que active el inicio de una nueva era.

Los dos volvieron a mirarse. Varun había acertado en sus conclusiones.

—¿El apocalipsis? —murmuró David, en voz baja pero grave.

—Efectivamente. En un verso del *Srimad Bhagavatam* se dice: «En la Era de Hierro o *Kali-yuga*, solo la fuerza bruta va a decir lo que es correcto y lo que es incorrecto». Y viene a explicar las buenas cualidades del hombre civilizado. Este apartado está ligado a lo que os atañe con ese asesino de niños.

—¿Qué quieres decir? —volvió a preguntar David.

—Que el texto hindú, en aquel apartado, puede interpretarse como que los hombres poderosos exhiben con orgullo sus últimos inventos en la ciencia de matar; en esta ciencia sí que son unos expertos, pero en la ciencia de dar vida no conocen nada; no pueden construir siquiera un diminuto insecto autónomo, con patas y ojos, pero sí pueden matar a millones de seres en un segundo.

—¡La bomba atómica! —exclamó Laura mirando a David.

—Es una locura —replicó él.

—Pero las locuras dirigen el mundo —sentenció entonces Shibani, con aire contrito.

36

Guiados por la aplicación móvil, llegaron a la fábrica.

Era un amplio recinto con un tejado alto de metal oxidado, los cristales rotos y las paredes exteriores llenas de pintadas descoloridas.

La luz de una próxima farola pública se filtraba por unos vitrales en el techo de la nave desde donde goteaba el agua de la reciente lluvia. El suelo estaba empapado.

En un lateral del interior se amontonaban pilas de tejidos doblados llenos de polvo y carcomidos por las ratas. En medio había una serie de mesas de patas altas donde los empleados se mantendrían en pie mientras inspeccionaban y trabajaban el textil; las superficies estaban repletas de excrementos de pájaros y charcos de agua. El almacén, en bastante mal estado, parecía estar abandonado desde hacía años.

—Desde luego, bastante tenebroso —dijo Laura pasando por encima de un charco.

—Esta vieja fábrica se ha convertido en algo extraño, muy misterioso —comentó David, observando el lugar con atención.

En otro tiempo se escucharía el runruneo de los telares, el raspado de las tijeras sobre los tejidos, los chirridos de los pedales y los ruidos de las máquinas de coser. Ahora, decrépito y abandonado, parecía inundado de miles de secretos e innumerables recovecos donde explorar.

David se fijó en unas huellas en el suelo de cemento. Encendió la linterna de su móvil. Las suelas mojadas por la lluvia habían dejado marcas sobre el suelo lleno de polvo.

—Este es nuestro hombre —dijo él.

Siguieron caminando por el interior. La humedad era agobiante. Los dos tenían la camisa empapada de sudor. Laura se tropezó con una caja de madera; el sonido hizo que graznara un pavo real, que alzó el vuelo.

Llegaron al final de la nave. David empujó la puerta y salieron a la parte de atrás. Lo que tenían enfrente era un antiguo palacio invadido por la vegetación salvaje.

Los maharajás habían conservado sus privilegios gracias a la colaboración con los británicos, que no veían en ellos más que a dóciles líderes que obedecían sus políticas. Los británicos, a cambio de que mantuvieran a la población india controlada, cuidaban de que los

maharajás no perdieran poder y sus fortunas siguieran intactas.

Todo cambió tras la independencia de la India en 1947. Cuando aquellos reyezuelos perdieron sus privilegios autocráticos se tuvieron que despojar de sus joyas y trajes de seda.

Del que fuera un emblemático edificio solo quedaban las ruinas boscosas de una época desaparecida. Lo que tenían enfrente semejaba una ciudad sumergida en la que hundía sus raíces un triste paisaje decrépito cubierto de gigantescas plantas, zarzas, palmeras y árboles.

—Una tiene la impresión de encontrarse en una especie de cementerio —comentó Laura.

—O de matadero, más bien —dijo David, sacando la pistola de detrás de su pantalón—. Estate atenta. Puede que el doctor Faraz no esté solo.

Se adentraron en el espeso follaje. Sus ojos, habituados a la oscuridad, distinguieron un sendero. Se movían en silencio. Ruidos lejanos y extraños sonidos de animales se oían alrededor.

Atravesaron una extensión de césped donde dormían pavos reales y pasaron por una zona asilvestrada. Luego siguieron a lo largo de un laberinto de bambús. Por fin accedieron a la entrada del edificio.

El lugar estaba rodeado de columnas. Había muchas sombras. De repente, como si una estatua hubiera tomado forma humana, un gigante empujó a Laura, que cayó al suelo a varios metros. Al mismo tiempo, de un golpe en la mano consiguió que David se desprendiera de la pistola.

Era el mismo hombre que lo había recibido en el edificio donde acabó drogado. También quien había ayudado al iraní a escapar en el hotel conduciendo la motocicleta. Su actitud tranquila de aquella primera vez se había transformado en colérica.

David se echó hacia atrás para guardar la distancia y disponerse a defenderse de su adversario. Aquel hombre, que superaba los dos metros de altura, parecía un monstruo de feria, todo músculo, con barba muy negra y el cabello trenzado sujeto a la cabeza. Su excepcional corpulencia no lo limitaba, se movía con vivacidad.

David se lanzó a recoger la pistola, pero el gigante, como un rayo cayendo de las alturas, lanzó la mano y lo sujetó de la garganta, levantándolo varios metros del suelo.

Laura corrió a ayudarlo y le dio una patada al gigante en el escroto. El hombre se dobló instintivamente y dejó ir a David. Pero giró en redondo y sacó un cuchillo de su espalda, dispuesto a descargarlo contra Laura.

David rodó por el suelo, agarró la pistola y efectuó un disparo que impactó en la frente del gigante. Soltó el cuchillo y se desplomó de espaldas.

—Ya sabemos que el doctor Faraz previó nuestra llegada y puso a

este guardián del umbral —dijo Laura, soltando un bufido.

—Démonos prisa —urgió David.

Caminaron a paso ligero. Entraron en las ruinas del palacio, inundado por la vegetación salvaje. De pronto, un movimiento irregular que agitaba las enormes hojas de una planta llamó la atención a David. Le hizo un gesto a Laura para que se aproximara de frente.

Cuando lo hizo, un niño cubierto de harapos salió corriendo por el lado opuesto. David lo agarró del brazo. El pequeño estaba tan asustado que David tuvo que calmarlo hablándole muy despacio en hindi pero con palabras sueltas en bengalí. Era uno de tantos críos desaparecidos de las calles, sin dejar rastro, sin que nadie se preocupara de su paradero y por su suerte.

Le explicó que venían a salvarlo y a castigar al hombre malo. El niño no podía articular palabra. David detectó el miedo en sus ojos y algo le tocó la fibra sensible, enterrado bajo el cieno de su pasado.

—¿Hay más niños como tú? —le preguntó alborotándole el pelo.

El pequeño asintió.

—¿Están vivos?

Negó con la cabeza, pero luego asintió. Aquel gesto decía que habría muertos, pero también supervivientes. Laura tenía el corazón en un puño viendo a aquel pequeño aterrorizado.

—¿Dónde los ha guardado el hombre malo?

El niño miró hacia un lateral y levantando el brazo señaló a una construcción anexa al palacio.

—¿Dónde está el hombre malo?

Señaló hacia la misma dirección.

—Ahora te vas por el sendero y nos esperas en la entrada de la fábrica, ¿me entiendes?

El niño, tembloroso, asintió. Enseguida se quedó quieto, indeciso. David comprendió su temor.

—No te preocupes. El hombre grande está muerto. Nadie te podrá hacer ningún daño.

El niño se marchó corriendo.

Avanzaron juntos hasta la construcción anexa al palacio. Franquearon la entrada. Frente a ellos había una habitación toda de piedra sin nada más que unos anchos peldaños que descendían en el suelo.

David se asomó a la escalera. Se podía ver luz al fondo. Antes de descender, le hizo una señal a Laura: él iría por delante y ella se quedaría detrás, guardando la retaguardia.

—Estate atenta en todo momento —le advirtió con un susurro.

Bajaron por las escaleras de piedra hasta un rellano de donde partían dos pasillos. Había una bombilla en el techo, protegida por un

armazón de alambre, que proyectaba una luz opaca. En los dinteles de ambas entradas había representaciones de monstruos y otras extrañas figuras.

Prestaron atención. Se escuchaban extraños sonidos, pero no conseguían identificar de dónde procedían. Decidieron entrar en el pasillo de la izquierda.

Conforme caminaban y escudriñaban la penumbra con los ojos entrecerrados, tenían la sensación de que los muros se estrechaban y el techo se hacía cada vez más bajo.

—David, esto tiene forma de embudo —dijo Laura a su espalda—. Creo que debemos volver.

David se paró y se giró.

—No te muevas.

—¿Qué pasa?

—¿No lo notas?

—¿El qué?

—El agua.

David sacó el móvil de su bolsillo y alumbró el suelo con la linterna. El pasillo estaba surcado por un canal estrecho con un líquido estancado.

—Parece sangre —espetó Laura.

—Sangre y agua —dijo David—. En estos surcos tira la sangre, que irá a parar al alcantarillado.

—Aquí debe de haber un matadero.

David se volvió hacia ella.

—Regresemos.

Desanduvieron lo andado. Al llegar al rellano, entraron en el pasillo de la derecha.

Caminaron en silencio hasta llegar a una sala de altas bóvedas. Excepto por el chisporroteo de la lluvia, cuya agua penetraba por los muros, el silencio era denso, absoluto.

Laura le hizo un gesto. Él iluminó con la linterna del móvil al fondo de la sala. En el suelo habían dibujado unos círculos zodiacales, bosquejados con signos y símbolos que desconocían. En el extremo parecía haber un enorme agujero. Se aproximaron. En el fondo habría una veintena de ataúdes de madera.

David le dio el móvil y saltó al interior del foso, que tenía metro y medio de altura.

Levantó la tapa de un ataúd y la dejó caer al suelo, lo que produjo un ruido seco y levantó una nube de polvo.

Laura, desde arriba, alumbró el interior.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó con el corazón latiéndole deprisa.

Durante un rato permanecieron inmóviles, estupefactos. Era el cadáver de una niña de apenas diez años.

—Parece que han vertido sobre ella un líquido y polvos para retrasar el deterioro —dijo David estudiando el cuerpo.

Abrió otro ataúd y vieron otro cadáver igualmente reseco, esta vez de un niño.

La mirada de Laura pasaba de un cuerpo a otro intentando comprender qué les habían hecho a aquellos desventurados pequeños.

David abrió un tercer ataúd y otro más. Aquel salvajismo le provocó escalofríos.

—Parecen muertos recientes —hizo notar—. De hecho, han utilizado un proceso muy antiguo de desecación para drenar todos sus fluidos.

Laura tenía la garganta seca y el corazón convulso.

—Esto es inhumano.

David continuó hasta abrir todos los ataúdes.

—Algunos tienen fragmentos de tejido adherido a la piel debido a ese compuesto químico con el que los han rociado —señaló un cadáver—. Aquella niña lleva un bordado de los uniformes de un colegio local.

Se escuchó un sonido que puso a ambos en alerta. Laura alumbró al otro extremo de la sala. Había una trampilla en el suelo.

David saltó fuera del foso, se acercó y tiró de la anilla. Acurrucados, apretados unos contra otros, montones de niños estaban encerrados ahí abajo en silencio sepulcral.

Todos los miraron con miedo y terror. A ellos se les encogió el corazón.

Eran niños y niñas de entre los cinco y doce años. David les habló en hindi, presentándose como un policía bueno que venía, junto con su ayudante policía, a liberarlos de los malos.

Los ayudaron a salir uno a uno. En total, unos treinta chiquillos. Se encontraban en buen estado de salud, aunque muy delgados y sucios. Algunos presentaban heridas y contusiones en el rostro y otras partes del cuerpo. Nadie lloró ni abrió la boca. Estaban obnubilados.

Ninguno hablaba inglés, pero todos escuchaban con atención a David; su aspecto físico, con su peculiar pronunciación del hindi, que forzó para que los cautivara, y las palabras sueltas que utilizaba en bengalí los dejaba asombrados. Además, se mostraban cohibidos ante la presencia de una mujer extranjera.

Una niña pequeña se plantó ante Laura, puso una enorme sonrisa en su cara y alargó las manos para que ella la cogiera en brazos.

Laura mantuvo la serenidad a pesar de tener el corazón encogido. Era consciente de que, si se paraba a pensar en las cosas tan terribles que esos niños habrían visto, se derrumbaría.

—Vamos a llevarlos a salvo fuera de aquí —dijo David, abriendo la marcha.

37

Salieron con paso acelerado. La lluvia caía más fuerte, más sonora, en pesadas cortinas. Volvieron a entrar al palacio. Pasaron corriendo al lado del cadáver del gigante.

Un niño se paró y lo señaló.

—¿Qué sucede? —preguntó David.

—El diablo lanzó un veneno a mi amigo y él lo recogió —contestó muy despacio. Su voz temblaba; era evidente que estaba muerto de miedo—: Yo lo vi. Luego no recuerdo qué pasó. Me desperté aquí. Mi amigo no sé dónde está.

Ahora se comprendía por qué usaba la cerbatana el doctor Faraz. La cargaba con un somnífero para poder secuestrarlos de la manera menos violenta y sin despertar alarma.

David pasó la mano por su fino cabello negro y se lo revoloteó.

—Ahora nadie podrá hacerte daño. Vamos.

Prosiguieron. La lluvia caía a cántaros. El agua se deslizaba sobre el follaje salvaje. Corriendo a través de los charcos, cruzaron la zona selvática por el sendero y el pasillo de bambúes. Empapados, entraron todos en tropel en la fábrica.

El ruido de la lluvia era el único sonido que llegaba del exterior. Las gotas martilleaban el techo metálico y en varios lugares de la nave el agua caía como una cascada.

Acurrucado en el suelo vieron el cuerpo del pequeño que minutos antes se habían encontrado. Tenía el rostro cubierto entre los brazos, una larga mancha de orina se extendía por su entrepierna. David lo alumbró con la linterna del móvil y le dio la vuelta. La sangre le traspasaba la ropa. Su corazón ya no latía. Los ojos los tenía en blanco. Degollado. Los rasgos del rostro parecían dar a entender un intenso sentimiento de terror.

Por las marcas de sangre fresca en la pared, el niño se había debatido y, en un intento por sobrevivir, se había apoyado en el muro.

—¡Maldito seas! —gritó David.

Los niños se apretujaron unos contra otros, pegados a la pared. Los mayores daban la mano a los más pequeños. Todos miraron con tristeza al pequeño asesinado. Algunos rompieron a llorar.

Laura se fijó en un dardo pequeño que impactó en una mesa de madera podrida, donde se quedó incrustado.

—¡Al suelo! —gritó.

Se escuchó un ruido en un lateral de la nave. Alguien había tropezado con algo debido a la penumbra.

Laura le hizo una señal a David, indicándole una sombra que se movía pegada al muro, hacia la puerta.

—¡Alto, doctor Faraz! —gritó David, poniéndose en pie.

La sombra corrió al exterior.

—Quédate aquí con los niños —le dijo a Laura e inició la persecución blandiendo su arma.

David se lanzó tan rápido como pudo al exterior, animado por un feroz deseo de venganza. Seguía lloviendo a raudales y se hallaba empapado. Aun así, se abría paso entre la espesura.

Las ramas que el doctor Faraz había roto en su huida se veían bien. Franqueó corriendo un terraplén fangoso evitando los charcos.

Apartó matorrales y entró en un calvero circular; en el centro, un banco de piedra. Justo al lado vio un agujero cubierto por una trampilla. Pensando que podría ser otra fosa llena de cadáveres, con el corazón desbocado, se acercó.

El banco de piedra estaba lleno de manchas secas, mezcla de sangre y químicos. Era ahí donde hacía los rituales, donde mataba a los niños drogados, indefensos. Mientras su corazón se aceleraba como si fuera a explotar, observó el suelo: la lluvia, roja y espesa, igual que la sangre, formaba charcos sobre el barro.

Arrugó la nariz y tiró de la trampilla. Tuvo que apartar de un manotazo una nube de moscas cuando se agachó para ver el interior. A pesar de que la cal viva se había ocupado del tufo de los cuerpos en descomposición, hedía a matadero y estaba empantanado. Era un estanque de agua infecta, una caverna sin luz. Dejó caer con fuerza la pesada tapadera.

Se quedó quieto. El agua seguía cayendo sobre su rostro, empapándole la ropa. Observó alrededor.

Escuchó la fuerza de un soplo a través de un tubo. David, instintivamente, levantó una mano a la altura del rostro y, en un acto de reflejo, apretó el gatillo con el arma apuntando a donde creía que estaba escondido su agresor. La bala se perdió entre la vegetación.

Agachó la mirada. Un diminuto dardo se había quedado incrustado en su mano. El doctor Faraz había utilizado la cerbatana. Se lo quitó. Fuera lo que fuese el veneno, ya estaría en su organismo.

David era el cazador y, de repente, se sentía presa. Le faltaba aire para respirar, le dolían los pulmones, las piernas le estaban fallando. Sintió un nudo en la garganta. Se ahogaba. Cayó al suelo. Su corazón latía desbocado. Irguió el cuerpo, ensanchando la espalda y tomando tanto aire como pudo.

La tormenta se alejaba. El agua que se resbalaba por su rostro le

hizo bien. Abrió la boca para beber y aliviar su lengua y su garganta.

Hizo ávidas y frenéticas aspiraciones e inspiraciones. Debía recomponerse antes de que aquel diablo se aprovechara de su debilidad. De repente, dejó de llover.

Se levantó y continuó caminando con todos sus sentidos en alerta. Tuvo la sensación de haber vivido ya aquel instante. Sus propios recuerdos, subiendo las escaleras del hotel Taj Mahal Palace de Bombay en busca de su mujer.

Todos sus esfuerzos resultaron infructuosos. Un zumbido ascendió a sus sienes. Alelado, cayó al suelo de espaldas, corroído por un sentimiento de impotencia absoluta.

Hacía demasiado tiempo que se había habituado a estar cerca de la muerte y era sensible al peligro y capaz de calibrarlo. Tumbado sobre el barro, hizo un esfuerzo por ponerse de pie. Tenía que evitar ser presa de aquel malvado ser.

Una figura apareció frente a él, a escasos metros de distancia. Tenía el rostro alargado y lampiño: el doctor Faraz, al fin. David intentó levantar el brazo para dispararle, pero parecía inmovilizado, no reaccionaba a la orden de su cerebro. Tenía la extraña sensación de que la mitad de su cuerpo estaba sedada.

El hombre se rio ante su impotencia.

—No sé quién eres —le dijo con voz imperturbable en un inglés de peculiar acento—. Pero, aunque te reconozco cualidades excepcionales, en realidad no eres más que un ser patético y sentimental. Y el porvenir no pertenece a los sentimentales como tú. Habéis sido espectadores privilegiados de mi trabajo, esto me ha hecho enfurecer. Sudé sangre para mantener mi secreto bien guardado, pero tu amiga se entrometió. Cuando acabe contigo, a ella la descuartizaré viva, poco a poco, muy despacio.

Estiró su sonrisa malévola al decir las últimas palabras, dio unos pasos hacia adelante, lo agarró del cabello y lo tiró con una fuerza diabólica hacia atrás. Una fuerza animal que turbaba, pues tenía el aspecto temible de una serpiente. Sus ojos rasgados y de una tonalidad verde claro eran muy parecidos a los de una cobra, una cobra real como la que David había matado en el hotel.

La hoja del cuchillo buscaba su carótida. David se levantó, desesperado, peleando por su vida, recuperó sus fuerzas lo suficiente para agarrar a su adversario. Con una llave de judo, consiguió lanzarlo por encima de su hombro.

El doctor Faraz se levantó, blandiendo el arma. Sonreía. Ahora, David lo comprendía; no le sonreía a él, sino al demonio que lo alimentaba, al mismo que estaba ofrendado su vida.

De repente, Laura apareció corriendo. Entonces, el doctor Faraz huyó internándose en la espesa vegetación.

—¡Los niños, Laura! —gritó David—. Ese hombre está loco. Va a hacerles daño.

Ella lo ayudó a levantarse y ambos corrieron por el sendero. David jadeaba detrás de Laura.

Cuando llegaron a la puerta de la fábrica, lo que oyeron desde el interior no fue un grito de terror; era casi inhumano, un grito de puro pánico que a los dos españoles, acostumbrados a las escenas trágicas, les heló la sangre.

El doctor Faraz se retorcía en el suelo como una serpiente atacada por miríadas de mangostas. Sobre él, todos los niños, que le golpeaban con rabia y saña. Le sacaron los ojos, le arrancaron el pelo, le rompieron los huesos mientras que el iraní trataba inútilmente de debatirse.

Un niño cogió una piedra. Laura hizo ademán de detenerlo, pero David la cogió del brazo. El niño se acercó despacio y estampó la piedra en la cabeza de doctor Faraz con todas las fuerzas que aún le quedaba. Los demás dejaron que siguiera golpeándolo una y otra vez como un cazador asiste a la encarna de sus perros.

Los niños no pararon de castigar el cuerpo de aquel diablo hasta que su cadáver fue descuartizado. La piel arrancada desvelando los nervios, los tendones y los músculos expuestos.

Entonces, un niño, que había estado hurgando en un cajón empotrado de la fábrica, apareció con un bidón. Roció el líquido sobre el cuerpo roto del doctor Faraz y lanzó una cerilla. Todo se inflamó, iluminándolo todo como una enorme hoguera.

—¡Muere, diablo! —profirió un niño, la primera vez que hablaba desde hacía mucho tiempo.

Enseguida, los demás, con los rostros iluminados por las llamas, se animaron y comenzaron a corear las mismas palabras con más intensidad.

Un pérfido olor a carne quemada envolvió el lugar.

El fuego se estaba extendiendo. David tenía la frente fruncida y los labios apretados. Daba la impresión de que se estaba forzando para encontrar las palabras.

—Hay que sacar de aquí a los niños cuanto antes —dijo entrando a la fábrica.

Los llevaron al otro extremo de la nave, donde estaba la entrada principal. Las llamas se extendieron en todas direcciones, entre las ruinas y los escombros, para propagarse con rapidez al palacio y a la edificación anexa.

Alertados por el fuego, los vecinos de los suburbios cercanos corrieron a ver qué sucedía. Llegaron casi al mismo tiempo los bomberos. En poco tiempo quedó todo reducido a cenizas.

Antes de que la policía hubiera puesto un cordón de policía, Laura

y David habían desaparecido tras asegurarse de dejar a los niños en buenas manos. Hubo padres que encontraron a sus hijos desaparecidos.

Los días siguientes, los medios de comunicación dieron mucha cobertura sobre el secuestro de menores en las calles de Calcuta y el negocio de las mafias.

En sus testimonios, los niños hablaron de dos adultos con aspecto extranjero, pero las fuerzas del orden nunca supieron quiénes eran. La gente de la zona que acudió al suceso tampoco pudo distinguir sus rasgos ni identificarlos. En poco tiempo, las fuerzas del orden dieron carpetazo a la investigación, ya que el gobierno, por temas electorales, no quería que aquel suceso tuviera más publicidad.

El trauma que sufrieron estaba tan arraigado en las mentes de los pequeños que no hablaron de sus salvadores con más detalle ni tampoco de quién era y cuál fue el fin del demonio que los había tenido secuestrados.

Los que no pudieron reunirse con sus padres fueron confiados de manera provisional a familias de pequeñas comunidades rurales, donde se les enseñaría un oficio y crecerían con un próspero futuro.

38

Shibani pidió que le relataran lo sucedido mientras preparaba un brebaje de propiedades curativas para la intensa fiebre causada por el dardo envenenado que hirió a David.

La mujer asceta escuchó a Laura sin expresar impaciencia ni sorpresa. Mientras, en un mortero de piedra molía semillas con diferentes polvos y trozos secos de algún tipo de fruta. Añadió una pizca de un polvo rojo y otro amarillo y vertió la mezcla en un pequeño hervidor de agua, llenando el ambiente de una olorosa nube de vapor.

Después de la cocción, se dirigió a David y le entregó un cuenco de cerámica con un líquido espeso.

—Creo que tienes mucha suerte —dijo Shibani con fría formalidad —. Considérate afortunado. No hay muchos hombres extraordinarios como tú. Puedo ver una predestinación.

David se bebió el brebaje curativo de un largo trago. Tenía un sabor muy dulce.

—¿Con qué fin? —preguntó, tendiéndole de vuelta el cuenco vacío.

—Lo siento —respondió ella con aspereza—. No te puedo desvelar nada de momento. Lo descubrirás tú mismo algún día.

David sacudió la cabeza de forma admonitoria y señaló a Laura.

—¿Y qué me dices de mi amiga?

—Hay muchas cosas que os separan y os diferencian —dijo Shibani. Sus ojos brillaron sombríamente—. Pero hay otras que os unen, como la voluntad de luchar por las personas más indefensas, los inocentes, la humanidad.

Al volver a Madrid, Laura García sintió que la lección que había aprendido en su breve pero intensa estancia en la India había reforzado su convicción de que el bien no podía contentarse con ser una virtud pasiva: debía seguir luchando con fiereza contra las fuerzas que amenazaban a diario con destruirlo. «Sí, aunque para ello tuviera que utilizar métodos condenables», reflexionó mientras conducía.

El dolor de haber perdido a Lior era muy profundo e intenso y no descansaría hasta vengarse.

Aparcó su motocicleta de alta cilindrada en el aparcamiento subterráneo del Cervantes. Puso el caballete y se bajó de la moto.

Colgó el casco del manillar, cerró el seguro, se alborotó el cabello y, entonces, recibió un mensaje en su teléfono móvil. Miró la pantalla. Era Varun. «Tengo localizado a Masoud Kahani, el Inspector. Te espero arriba».

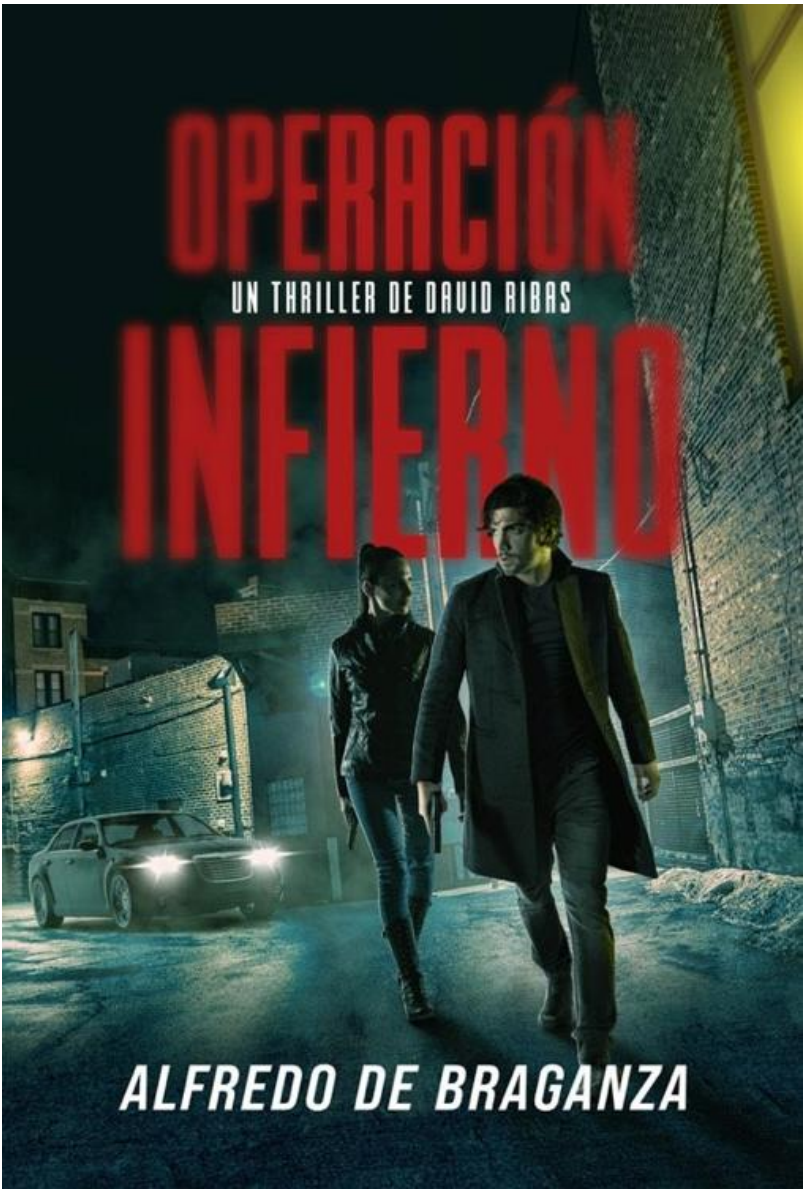
DE VUELTA EN BOMBAY, David Ribas percibió que el tiempo había refrescado sutilmente, señal de que la época del año de más calor ya había pasado, dando paso a la época más placentera, aunque la humedad persistía.

Abrió de par en par la ventana de su pequeña habitación; el cielo amenazaba tormenta. Se tendió en la cama bajo las furiosas aspas del ventilador de techo. Respiró hondo. Un olor penetrante le llenó la nariz. Humedad, calor. La vida estaba ahí. Ni era una bendición ni un regalo. Había aprendido que debía tomarla como se presentaba y no perder el tiempo tratando de penetrar su misterio.

La tormenta profirió muchas amenazas, pero no ejecutó ninguna. David cayó en el sueño.

FIN

David Ribas regresa en la decimoséptima novela de la serie:
OPERACIÓN INFIERNO. Obtenla pinchando **AQUÍ**



Puedes encontrar todas las novelas de la serie David Ribas aquí:
Serie David Ribas

NOTA DEL AUTOR

Quisiera mencionarte que mi mejor recompensa como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de esta novela. Para mí es de suma importancia tu opinión, ya que me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer mi obra.

Si estás de acuerdo conmigo, te agradeceré que publiques una valoración y opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

Amazon.com
Amazon.es
Amazon.com.mx

Muchas gracias.
Alfredo

ÍNDICE

Créditos
Prefacio

I. LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

II. EL DOLOR: UN INEVITABLE SUFRIMIENTO
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

III. EL SUSURRO DE LA MUERTE
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30

IV. EXPERIMENTO DE TERROR
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Nota del autor